CHRISTINE ANGOT

Viaje al este



Índice

Conocí a mi padre en un hotel de Estrasburgo que no sabría situar. El edificio tenía unos cuatro pisos. Delante había algunas plazas de aparcamiento. Se entraba a través de una puerta acristalada. La recepción estaba a la izquierda. Al fondo había un ascensor. Una escalera de madera con una alfombra que recorría los peldaños y amortiguaba los pasos. La fachada era más bien moderna. La piedra, blanca. Tenía bajorrelieves de forma geométrica. Eso creo. Era durante las vacaciones de verano. Yo tenía trece años. Acababa de terminar quinto curso. A mi madre se le había ocurrido que hiciéramos un viaje al este de Francia. Salimos de Châteauroux a principios de agosto. Nos detuvimos en Reims, en Nancy y en Toul. Llegamos a Estrasburgo un día de entre semana, a última hora de la mañana.

Mi habitación estaba en el segundo piso, y daba a la calle. La de mi madre estaba en el piso de arriba, en la parte lateral. La mía debía de mirar al este o al sureste, porque la luz era muy intensa. El papel pintado era amarillo. Tenía mi cuarto de baño y mi aseo. Por lo general, mi madre y yo compartíamos la misma habitación. Mi padre había hecho la reserva y nos había llamado por teléfono. Mi madre me lo pasó. Me eché a llorar al oír su voz.

Estaba sentada en la cama, ansiosa. Llamaron a la puerta. Entró mi madre.

–Vale, acaba de llamarme. Sale ahora de la oficina y estará aquí en veinte minutos. ¿Prefieres esperar aquí, o abajo en recepción?

–Aquí.

Me aposté delante de la ventana.

El corazón me latía con fuerza.

–¿Qué coche tiene?

–La última vez un DS, pero ya hace tiempo. Debe de haberlo cambiado desde entonces.

–¿De qué color?

–Bueno, hmm..., azul, quizá.

Yo no tenía el menor recuerdo de él. Ni decía que quisiera conocerlo. Cuando me preguntaban dónde estaba, contestaba que había muerto.

–No te quedes ahí, Christine. Ven. Ven a sentarte a mi lado.

Había visto una sola foto de él, tomada antes de que yo naciera. Llevaba una camisa blanca remetida en unos pantalones con cinturón. Estaba delgado. Tenía el pelo castaño, llevaba gafas.

La figura masculina de mi infancia era mi tío. Un año le di el regalo que hicimos en el colegio por el Día del Padre. Un estuche para peines de imitación cuero que se podía deslizar en el bolsillo de una

chaqueta. Porque a él le gustaba ir bien vestido y perfumarse, y yo no me atreví a enviárselo a mi padre. Me sentí incómoda al dárselo. Nunca le vi utilizarlo.

Mi abuelo venía a Châteauroux una vez al año. Un judío europeo nacido en Alejandría que hablaba diez idiomas. La relación entre mi madre y él era muy difícil.

Había pocos hombres en mi entorno. Los contactos eran distantes, las conversaciones se limitaban a la cortesía. Los comerciantes. Los padres de mis compañeras. Todos mis profesores eran mujeres. Iba al colegio privado de la ciudad. Los sábados, los padres esperaban a sus hijas a la salida. Los veía de lejos, sentados al volante del coche, casi siempre un DS, o me cruzaba con alguno en el pasillo de un piso cuando me invitaban a una fiesta de cumpleaños.

Llamaron a la puerta. Entró mi padre. La imagen que me había hecho a partir de la foto no se correspondía con la realidad. Solo había visto hombres así en la televisión o en el cine. Un aspecto elegante y relajado, sin corbata, el pliegue del pantalón sobre la punta del zapato, el pelo muy negro, un poco largo en la nuca, un mechón a un lado. Me eché en sus brazos, llorando, con la respiración entrecortada por los sollozos.

–Me alegro de conocerte. Estoy llorando porque estoy contenta. Estoy contenta...

–Yo también, Christine.

Me rodeó con los brazos. Mi madre me puso una mano en la nuca y me dijo palabras tranquilizadoras.

La habitación estaba llena de luz.

Mi padre había reservado una mesa en el bufet de la estación, que aparecía en la guía Michelin y ofrecía especialidades alsacianas.

–¿Te gusta el chucrut?

–No mucho, no.

–Veo que tienes personalidad, en todo caso.

Mi madre dijo, con los ojos brillantes y la comisura del labio levemente alzada:

–¡De tal palo, tal astilla, Pierre!

Él sonrió.

Una sonrisa muy particular. Los labios finos y muy estirados.

En el ascensor, sostenía un cigarrillo entre los dedos. Sus manos tenían la misma forma que las mías. Me sorprendió que mi madre no me hubiera dicho nada de esa semejanza.

Luego pasamos por delante de la recepción. Visualicé la imagen que dábamos, y aceché las miradas con esa imagen en la mente. Sentí una oleada de orgullo. Una sensación de ligereza, y a la vez de

importancia.

En el aparcamiento, él caminaba delante de mí. No estaba tan delgado como en la foto. Acababa de cumplir cuarenta y cuatro años. Todo indicaba confianza en sí mismo. La manera de alargar el paso, el balanceo de los hombros, la forma en que estos se movían bajo el ancho de la chaqueta, la cabeza erguida, la espalda recta. Mi madre no se quedaba atrás. Falda blanca, blusa verde, collar de marfil, pendientes. Él señaló una dirección extendiendo el brazo, con las llaves del coche en la mano:

–¿Veis el blanco, allí?

La radio empotrada se encendía con un gran botón azul. Un revoltijo de mapas de carretera y de guías Michelin desbordaba de la guantera. La cerró con un golpe seco. Su pulgar tenía la misma curvatura que el mío, la uña respingaba de la misma manera. Apretó un botón en el salpicadero.

–¿Qué es?

Yo estaba sentada en la parte trasera, él se puso de perfil y acercó el extremo rojizo del mechero a su cigarrillo. Movió el pomo del cambio de marchas, bajó la ventanilla y apoyó el codo en la puerta. Arrancó. No recuerdo el trayecto. Mientras cruzábamos un puente, dijo que en el mapa el Bajo Rin estaba encima del Alto Rin, que eso parecía sorprendente, pero que no lo era. Porque el nacimiento estaba al norte. El cielo era muy azul. Habló del clima continental, de las tierras alejadas del mar, de los vientos marinos bloqueados por las montañas, del aire seco de la llanura de Alsacia, que anunciaba el de Europa central. Mi madre habló de los orígenes de su padre, y de su deseo de visitar Europa del Este.

–Así que no echas mucho de menos París... Te has adaptado bien a Estrasburgo...

Yo llevaba una camiseta roja con tres botones pequeños, comprada en una tienda a la que solían ir las niñas de mi clase. Mi madre se esforzaba, en la medida de lo posible, por reducir la distancia entre ellas y yo.

La sensación que había tenido al pasar ante la recepción del hotel se repitió al atravesar el salón del restaurante. Yo acechaba las miradas, con la imagen de los tres en la cabeza.

Por la mañana, mi madre me había advertido:

–Si dices algo por decir, cuidado... Te va a pedir que lo justifiques, cuando discutes con él hay que saber argumentar.

Yo había preparado temas de conversación.

El nombre del establecimiento estaba inscrito alrededor del borde de los platos. Era un nombre compuesto. Los... algo. Eso creo. Estaba sentada al lado de mi madre, frente a él. Pensé que nadie en el restaurante imaginaba lo que representaba para nosotros aquella

comida.

Él preguntó por mi tía.

–Édith tiene tres hijos, que ya están crecidos. Ahora vuelve a trabajar.

–¿Qué hace?

–La metí en el hospital donde yo trabajo..., en las cocinas.

Mi madre había empezado como mecanógrafa en el Fondo de Seguro Médico Primario, y había ido ascendiendo en el escalafón. Era secretaria de dirección y jefa de personal de un hospital gestionado por la Seguridad Social.

–Pero a lo mejor nos vamos de Châteauroux.

–¿Adónde?

–A Champaña. Quizá.

El viaje al este se apoyaba en tres motivos. La candidatura que ella acababa de presentar a la Seguridad Social de Reims. El apartamento en Toul que le había prestado una amiga. Y la nueva ley de filiación, que permitía al padre, con el acuerdo de su legítima esposa, reconocer *a posteriori* a un hijo natural.

–Tu madre me ha dicho que eres una buena estudiante.

–Sí, pero no me gustan las matemáticas. Prefiero los idiomas y el francés.

–En realidad, las matemáticas son un tipo de expresión lógica muy fácil, deberías prestarles un poco más de atención. ¿Qué idiomas te enseñan en el colegio?

–De momento, solo inglés. En cuarto curso empezaré alemán y latín. ¿Y tú qué haces exactamente en el Consejo de Europa, traduces lo que dice la gente?

–Esos son los intérpretes que hacen traducción simultánea, la mayor parte del tiempo en cabina. Yo dirijo el servicio de traducción. ¿Sabes lo que son las lenguas indoeuropeas?

Siguió explicando.

Me sentía abrumada por la abundancia de información. Empezaba a dudar de mi talento para los idiomas, y a mirar con ironía mis ambiciones y a mí misma.

–¿Tus hijos son bilingües?

–Su madre habla con ellos en alemán desde que nacieron...

–¿No tienen acento?

–Hablan como alemanes, es muy gracioso.

–¿Cuántos idiomas hablas?

Citó una cifra entre veinte y treinta, diciendo que era aproximativa.

–Me gustaría mucho conocer a tus hijos.

–Bueno, todavía son pequeños.

–Eso no importa. ¿Hablas también chino y japonés?

–Christine, deja respirar a tu padre.

Él contestó que no era especialista en esos idiomas, que los practicaba y leía los diarios. Uno de sus colegas ocupaba el mismo puesto para chino y japonés que él para lenguas indoeuropeas. Añadió con una sonrisa:

–Encajamos bien en el perfil.

Por la tarde, mi madre y yo dimos un paseo por los muelles de la Pequeña Francia. El barrio que él nos había aconsejado visitar.

–Es genial, mamá.

–Ya ves que no elegí a uno cualquiera.

Que la abandonase cuando se quedó embarazada después de haber querido tener un hijo con ella, la marginación resultante en la sociedad de la época, que se casara con una alemana unos años más tarde en circunstancias parecidas, todo estaba olvidado, relativizado, justificado.

–Y me encanta su sentido del humor, fue muy divertido cuando dijo «encajamos bien en el perfil...».

–¿Dijo eso?

–Sí, cuando habló de la persona que hace el mismo trabajo que él pero en lenguas asiáticas, en el Consejo de Europa.

–Ah, sí. Lo dijo con un tono socarrón.

–Y me gusta cómo viste.

–Eso no es su principal distintivo.

–Me encanta su estilo.

–Debe de ser su mujer la que se encarga de eso, creo yo.

La última vez que se habían visto, en París, hacía años, él había comprado un globo terráqueo hinchable mientras la acompañaba a la estación, y se lo dio para mí. Por la noche, en el restaurante, lo mencioné:

–Está en mi mesita de noche. Lo miro cada vez que me voy a la cama, ¿verdad, mamá?

Nos acompañó de regreso al hotel. Entró en el ascensor con nosotras. Yo salí en mi piso, ellos siguieron.

La idea de la sexualidad de mi madre no me pasaba por la cabeza. En el curso de una larga conversación que tuve con ella hace algunos años, me dijo que esa noche volvieron a hacer el amor. Y añadió:

–Pero no se quedó mucho tiempo. Volvió a su casa.

Al día siguiente, mi madre y yo nos fuimos a Gérardmer. Hacía muy buen tiempo. Íbamos con las ventanillas del coche abiertas. Yo llevaba vaqueros y una blusa de indiana. Descalza, con los pies en el salpicadero, el pelo al viento.

El hotel daba al lago. Una escalera de piedra unía los pisos. Desde mi cama veía la puesta de sol. Y tenía una lamparita para leer. Me

gustaban los libros de Caroline Quinn, los de Gilbert Cesbron y la serie de *Los 6 Amigos*.

Ya habíamos estado de vacaciones en esta ciudad. Había una foto mía a orillas del lago. Llevaba una muñeca en brazos, una cinta en el pelo, un collar de perlas de plástico, de distintos colores, que encajaban unas en otras. Recuerdo el nombre de mi muñeca, recuerdo mi vestido, incluso la sensación de los tirantes en los hombros. Mi padre había venido a vernos. Habíamos ido a dar un paseo en un bote de pedales por el lago. De eso no recuerdo nada.

Vino a visitarnos el sábado. Dimos un paseo por un parque. Utilizó la expresión *satt grün* para la intensa luz que caía sobre la hierba verde, explicando que *Ich bin satt* significaba «estoy satisfecho» en alemán. Su cara se iluminó al pensar en la armonía entre las palabras y el color de la hierba. Era así. Un verde satisfecho, saciado, colmado. Buscó un equivalente en francés. No dio con él. Contó un chiste: Un hombre se lamentaba de la reputación del idioma alemán, que se consideraba duro y entrecortado, comparado con el francés, del que se decía que era suave y armonioso. Para demostrar que esta reputación no tenía fundamento, el hombre dijo con voz aflautada: *«Die Vögel singen in den Wäldern»*, y después, con voz gutural: *«loSSpáJJaRRos cantttan enn la aRRboleda»*. Me reí con ganas.

Un poco más tarde, tumbada en mi habitación, leía. Sonó el teléfono.

–Tu padre ya se va. Quiere darte algo, ¿puede pasar a verte?

Me dio una bolsa de plástico que contenía un diccionario de alemán, una gramática alemana y otra italiana.

–... Oh, gracias. Muchas gracias.

Me sentía conmovida y halagada.

Él estaba de pie al fondo de la habitación, a contraluz.

–Eres tan diferente de mis otros hijos...

–¿Por qué?

–Contigo todo es fácil, tengo la impresión de que puedo ser yo mismo. Loulou es un encanto...

–¿Loulou?

–Sí, Louise, todo el mundo la llama Loulou. Es adorable, y Antoine es un chiquillo muy simpático. Pero, por ejemplo, nunca me hacen preguntas, ¿sabes?

–Sin embargo tienen suerte de vivir contigo, a mí me habría encantado. Estoy orgullosa de tener un padre como tú. No podría imaginar uno mejor.

–Para mí también es un encuentro extraordinario, Christine.

Me miraba a los ojos. Dio un paso adelante y me besó en la boca.

La palabra incesto me vino de inmediato a la cabeza. Pensé: «¿Qué? ¿Me está pasando esto? ¿¡A mí!?»

Bajamos la escalera. Lo que más sentía era decepción. Mi madre nos esperaba abajo, en la recepción. Alzó la cabeza y nos sonrió. En el exterior seguía haciendo una temperatura muy suave. Estuvimos fuera unos instantes, el tiempo de despedirnos.

–Te llamo antes de que os vayáis...

–Si quieres, Pierre.

La voz era clara, como cuando se tiene un nudo en la garganta y se hace un esfuerzo para disimularlo.

–Voy a pedirle cita a mi notario.

–Sí. Estaría bien. Para Christine sería una buena cosa.

La nueva ley de filiación permitía modificar el libro de familia, sustituyendo la mención «de padre desconocido» por el nombre del padre. La modificación se hacía en el ayuntamiento donde había nacido el descendiente. Se acompañaba con la inscripción notarial en el documento de sucesión, que le reconocía los mismos derechos que a los hijos de la pareja legítima.

El sol había teñido de rojo toda una parte del cielo, sobre el lago.

El coche de mi padre se alejó.

La relación sexual que mis padres habían reanudado en Estrasburgo había destruido los esfuerzos que mi madre hacía para olvidarlo. Estaba angustiada. No veía ningún futuro. Estaba confusa. Durante la larga conversación que tuve con ella hace algunos años, me dijo que estaba triste al verlo irse, que yo me di cuenta y que le apreté el brazo.

Yo no le dije nada del beso en la boca. Lo traté como algo único que no volvería a suceder. Me dije que lo había malinterpretado. Me lo quité de la cabeza. La imagen aparecía en mi mente. Era fugaz. No quería que existiera. No me detenía en ella. Me quedé con el impulso de los primeros días, como una cantante que sostiene la nota. Me concentré en las conversaciones y en mi admiración por él. La lectura de los libros de gramática era difícil. Me distraía. Me invadía una sensación informe, difusa, incomprensible, desagradable, dominada por la inquietud sobre mi porvenir y mi futura vida amorosa. Actuaba como si esa inquietud fuera infundada. Me centraba en los aspectos positivos. Puse el beso en la boca entre paréntesis. Lo consideré un episodio aislado al que no había que dar mayor importancia. Esperaba volver a ver a mi padre. Me guiaba esa esperanza. La perspectiva de volver a la época en la que lo creía muerto me parecía impensable. Y si intentaba besarme otra vez, le diría que no quería.

Nos llamó por teléfono la víspera de nuestro regreso a Châteauroux. Yo estaba sentada al borde de la cama, con el auricular pegado a la oreja. Un teléfono grande, de plástico negro. Ya no sé si estábamos en la habitación de mi madre o en la mía. Estaba de espaldas a ella. O quizá había salido un momento. Todo lo que había alrededor desapareció. La voz de mi padre era suave, cercana.

–¿Estás contenta de volver a casa?

–Sí, pero me habría gustado crecer en la misma casa que tú.

–Lo más probable es que te hubieras cansado.

–Me sorprendería.

–Me gustaría tanto contarte lo que siento… Nunca le hago confidencias a nadie, ¿sabes? Pero seguro que te aburriría.

–Al contrario.

–No quiero trastornarte la vida.

–Imposible. Conocerte me ha hecho tan feliz…

–Nunca he sentido por nadie lo que siento por ti.

–Tus hijos…

–Nada que ver. Contigo tengo la impresión de haberme reencontrado con mi otro yo. En pocos días te has convertido en la persona más importante de mi vida.

–Yo también siento eso. ¿Crees que es porque nos parecemos?

–Puede ser. Te voy a guardar en mi corazón, voy a pensar en ti. ¿Quieres?

–Claro, yo también.

–¿Sabes lo que pasa cuando oigo tu voz por teléfono, así, como ahora?

–No.

–Se me pone duro el sexo.

–…

–¿Sabes lo que quiere decir eso?

–No.

–Que te quiero. Tanto como es posible querer. Y que no puedo evitarlo.

Colgué el teléfono. No pensé nada. No sentía nada. No pensaba. Hay que ver el esfuerzo que puede hacer una persona para no pensar y no sentir nada.

Dimos un último paseo por la orilla del lago. Subimos al coche y emprendimos el regreso. Charlamos. Cantamos. Hablamos de mi entrada en cuarto curso.

–Si nos mudamos a Reims, sería tu último año en Sainte-Solange...

–No me apetece ir a un colegio público, si es eso lo que quieres saber.

–¿Por qué? ¿Crees que no te adaptarías?

–Encima de cambiar de ciudad, tener que ir a un colegio mixto...

–¿Vas a estar solo con chicas toda tu vida? ¿Qué vas a hacer en la universidad?

–Todavía no he llegado ahí.

Me daban miedo los chicos. No conocía a ninguno. A los cinco años, tuve un compañero de juegos que se llamaba Jean-Pierre. Había una foto tomada en el barrio donde vivíamos entonces. Me empujaba a la carrera en una carretilla roja que iba dando tumbos mientras yo me agarraba a los bordes, riendo. El miedo a los chicos empezó uno o dos años después, cuando nos mudamos a la zona de urbanización prioritaria.

Los árboles desfilaban al otro lado de la ventanilla a intervalos regulares. Yo pensaba en cómo hablarle a mi madre del beso en la boca. Pero seguía siendo una idea. Veía la silueta a contraluz de mi padre en la habitación. Su cara en el momento en que sus labios tocaron los míos. Quería decirlo. La intención estaba clara. La forma era imprecisa. Quería comunicarlo. No veía cómo. No encontraba las palabras adecuadas. No venían. La frase no se formaba. La intención estaba ahí. Se hacía trizas contra un vacío. Cerré el paréntesis, esperando que se volviese a abrir.

Esa noche cenamos en casa de mis tíos. Había un paisaje nevado colgado en la pared. La pendiente de los tejados de un blanco inmaculado, los surcos de un camino trazados con pequeños retoques, con huellas de barro sobre el blanco. Mi tío pintaba los domingos. Sotobosques. Pueblos con campanario. Hacía pequeñas esculturas de madera. Un personaje con sombrero y una horca al hombro. Un anciano con la espalda curvada, apoyado en un bastón. Trabajaba en las Nouvelles Galeries, y su sueño había sido estudiar Bellas Artes.

–¿Ha ido todo bien, la niña está contenta?

–Todo muy bien, Jacques. De verdad.

Jugué con mis primos en su habitación. Les hablé de mi padre. Les dije que tenía un hermanastro y una hermanastra.

Châteauroux seguía siendo una ciudad obrera. Estaba la fábrica Boussac, las Cent Mille Chemises. Los almacenes Balsan llevaban cien años dirigidos por la misma familia. La Fábrica de Tabacos aún seguía funcionando. Se veían hombres con mono azul de trabajo en bicicleta por las calles, incluso en los días festivos. Yo estaba matriculada en Saint-Solange. Perfectamente integrada. Delegada de clase. Tenía mi grupo de amigas. Entre los padres había un industrial, un cirujano, un abogado, un director de empresa y un arquitecto.

Recibí una carta de mi padre. Me costó descifrarla. Las vocales eran minúsculas y los palos desmesurados.

«Mi querida Christine:

»Está claro que ahora nos une un hilo invisible, que no puede romperse, porque es inmaterial. Mira, te voy a contar un sueño, o casi un sueño, el rastro de un sueño. Desde que nos separamos, tengo la impresión de ser un buzo hundiéndose en las aguas, respirando a través de un largo tubo el oxígeno que le hace llegar desde la superficie una marinera que se llama Christine. Veo las cosas y a la gente que forman mi vida como a través del ojo de buey de una escafandra. Los objetos están mudos, la gente gesticula y abre mucho la boca, como los peces. Un día, uno de los dos tirará de la cuerda y volveré a la superficie antes de sumergirme de nuevo.

»Pero solo es un sueño. Tú tienes mejores cosas que hacer que esperarme en la superficie, y la vida es lo bastante adulta como para saber adónde va sin cargar con nuestras ilusiones.

»Dale un beso muy fuerte a tu madre de mi parte. Escríbeme.

»Tu padre.»

Le contesté.

«Mi querida Christine:

»Tu carta prolonga nuestro encuentro y añade algo más a la imagen de ti que me has dejado, y lo que descubro me gusta tanto como lo que ya sabía. Primero, sobre las preguntas que me haces:

»Sí, estoy preparando un libro, pero no de lingüística pura, más bien un estudio literario sobre un tema muy específico, la literatura catalana.

»Sí, leí *Poquita cosa* más o menos a tu edad, pero las *Cartas desde mi molino* y los *Cuentos del lunes* son pequeñas obras maestras de psicología, de sutileza y de sensibilidad, y me gustan más.

»No, my novel is not out. In fact, I suppose you meant to say short story (cuento), *not really novel* (novela). *Besides, it's neither a novel nor a short story, it's simply a small article on a linguistic subject. I hope it will be published in the September issue, but I'm not sure. You may ask for* Vie et Langage *in a bookshop this month if you are interested (two francs), but it's not to be found in every bookshop*.

»Nadie me había enviado nunca un poema, ¿sabes? Eres la primera persona que lo hace. Me encantan tus versos, Christine, son los latidos de tu corazón.

»Yo también querría estar siempre contigo.

»Quiero mandarte una enorme sonrisa para ver si asoman tus dientes blancos. Sí, los veo. Un beso en el párpado por el esfuerzo. Un beso para tu madre de mi parte. Escríbeme.

»Tu padre.»

No contesté enseguida.

Tenía mi vida y mis actividades en Châteauroux.

Mi madre recibió una carta desde Inglaterra: «Viaje de negocios a Londres por unos cuantos días, veo que el clima es fantástico. Por lo menos en este final de septiembre. ¡Cuidaos mucho! Pierre.» Luego, otra desde Estrasburgo. La he vuelto a leer hace poco. Tras sopesar varias cosas, me llamó la atención este párrafo:

«Le doy vueltas y vueltas al calendario en todos los sentidos para ver si podría encontrar un hueco para ir a veros. Es muy difícil. Además, hay que preparar el terreno. Me gustaría saber si mi visita sería bien recibida. Por ti, por las dos. Apenas si me atrevo a preguntarlo, porque ya parece una especie de compromiso. Pero tengo que saber cuál es vuestra opinión. No olvides que hace mucho que no he recibido ninguna carta tuya o de Christine, y que, en un caso así, uno tiene tendencia a construir hipótesis alarmantes.»

Una ausencia temporal de correspondencia debió de hacerle temer que yo hubiera dicho algo. Estoy segura de que ese era el sentido de las «hipótesis alarmantes». A lo mejor yo había hablado del beso en la boca. O contado lo que me había dicho por teléfono la víspera de su

partida.

No era el caso.

Al contrario. La presencia de Gérardmer se difuminaba en mi memoria. La escena de la habitación se alejaba. Solo me quedaban unas pocas imágenes. Su silueta a contraluz. El momento en que se acercó a mí. Ya no intentaba hablar de aquello. Contar lo que había ocurrido perdía su urgencia. El paréntesis que había cerrado cuando no encontraba palabras, con la esperanza de que volviera a abrirse, no se había abierto. Las cartas habían reforzado las cualidades de mi padre, y la esperanza de poder decirles a mis compañeras que existía.

Supongo que mi madre clasificó las «hipótesis alarmantes» como una preocupación imprecisa, el deseo de que lo tranquilizaran, cosas que ella misma podría haber sentido. Que se preocupara debió de conmoverla. Supongo que pensó que el tiempo y la distancia enturbian la comunicación.

Le contesté a mi padre. Él me volvió a escribir. Utilizaba papel de cartas con el membrete del Consejo de Europa. Dos trazos cruzados en el ángulo de las hojas indicaban el comienzo del párrafo.

«Mi querida Christine:

»Tienes que escribirme en cuanto te apetezca hacerlo, siempre espero tus cartas con impaciencia. Mañana es el Día de los Muertos. Seguro que pensarás en tu abuela, y yo estaré contigo en el pensamiento para compartir tu pena.

»Apruebo totalmente tu selección de cantantes y actores. Añadiría a algunos italianos, como Marcello Mastroianni y Vittorio Gassman, porque el cine italiano me gusta mucho.

»En cuanto a los escritores, si te parece bien seguiremos hablando, porque es una elección difícil. No conozco *Los 6 Amigos*. ¿Puedes decirme quién es el autor?

»Me hablas en tu carta de la señorita Debuchy, pero no hentiendo lo que enseña. Ya me diras en tu prosima carta. La descrición de la ropa que yebabas el dia que me mandavas la ultima me gusto mucho, me recordo tus vonitos divujos.

»Ya ves, ¡puedo escribir con más faltas de ortografía que tú!

»Te doy las gracias de todo corazón por el precioso edelweiss, que es como tu viva imagen en la montaña, y tu dulce firma.

»Trabaja bien.

»Te adoro. Escríbeme.

»Tu padre.»

Vino a Châteauroux unos días antes de Navidad. Le esperé fuera al caer la noche. Busqué la forma de un DS en el resplandor de los faros encendidos. Luego oí una puerta cerrarse en el aparcamiento. Y una

silueta avanzó hacia mí. Llevaba un abrigo largo de color beige.

Mi madre había puesto la mesa del comedor. Yo no conseguía decir ni Pierre ni papá. No sabía cómo llamarlo. Formé una frase en mi cabeza, busqué sus ojos y empecé sin más:

–¿Podré conocer a tus hijos?

Él puso una foto sobre el mantel. El niño tenía los mismos labios estirados que mi padre. Llevaba un anorak de color azul cielo; la niña, un abrigo de cuadros escoceses. Ella estaba sentada en una bicicleta de tres ruedas, las manos en el manillar, los pies en los pedales.

Mi madre había preparado una cama en el sofá del salón.

Al día siguiente las sábanas estaban arrugadas, la almohada usada.

Fueron juntos al ayuntamiento. Modificaron mi estado civil.

En el restaurante, por la noche, hablaron sobre mi futura matrícula escolar. Como si fueran un matrimonio.

–¿Qué opinas, Pierre?

–Mis hijos van al colegio municipal en Estrasburgo, y va todo muy bien.

El tono era seco y la mirada, fría.

El trasfondo era: Si crees que basta con matricular a tu hija en un colegio privado para pertenecer a las capas sociales superiores, estás muy equivocada. Y lo que oyes en mi voz es el desprecio que siento por tus esfuerzos para que te acepten en un mundo que no te aceptará nunca.

La elección del término «municipal» echaba el cerrojo al mecanismo, y daba una última vuelta de tuerca.

No recuerdo que mi padre dijera o hiciera algo especial en esa ocasión. Se comportó con normalidad. Creo.

El camión de mudanzas llegó el 30 de diciembre. El 30 y el 31, mi madre y yo dormimos en casa de los padres de mi tío. En Nochevieja, mi tía dijo:

–Christine, ¿te acuerdas de Jean-Pierre? ¿Tu amiguito Jean-Pierre, con el que jugabas en la calle de l'Indre? ¿Lo recuerdas?

–Claro.

–Pues fíjate, lo he visto. Trabaja en un garaje en la calle Ledru-Rollin.

Mi madre sonrió.

–Qué curioso... ¿Y qué hace, es aprendiz?

–Supongo. Christine tiene trece años, así que él debe de tener quince.

Salvo una hora de catequismo a la semana, NotreDame impartía las mismas asignaturas que los colegios públicos. Sus programas eran los de la Educación nacional, sus profesores tenían los mismos estudios, habían pasado los mismos exámenes, sus progresos seguían el mismo baremo, recibían el mismo salario, y les pagaba el rectorado. La única diferencia, además de que solo había niñas, era la selección que hacía el dinero, puesto que era un colegio de pago, y cómo se concentraban tras sus paredes los hijos de la burguesía. Las familias cuyos nombres veíamos en las botellas de champán llevaban a sus hijos a Saint-Joseph y a sus hijas a Notre-Dame. Su champán no era tan famoso como el de las familias Lanson, Taittinger o Henriot, pero les bastaba para vivir en una especie de pequeño castillo en la montaña de Reims. Era una colina, a quince minutos de la ciudad, cuyas laderas estaban cubiertas de viñas. Ser consciente del nivel social e intelectual de mi padre me ayudaba a mantener cierta posición. Llevaba su nombre. Ya no decía que había muerto. Explicaba que mis padres estaban separados, que él vivía en Estrasburgo y trabajaba en el Consejo de Europa.

Recibía cartas suyas con regularidad. Siempre tenían un poco de humor y de poesía. Los sentimientos estaban en el corazón del asunto.

«Siempre espero noticias tuyas con impaciencia, y Estrasburgo se llena de pequeñas Christines que surgen de improviso delante de mí: junto a un árbol que no quiere decirme su nombre para recordarme el pésimo botánico que fui durante nuestro paseo por la Orangerie; en lugar de una niña de tu edad con ojos maliciosos que habla por los codos, para recordarme que no tienes ni esos ojos ni pelos en la lengua; en el aeropuerto esperando el avión a Londres, para susurrarme al oído: "¿Por qué no me llevas? ¡Me gustaría tanto ver Inglaterra!"»

Añadía, en posdata, que después de haber cerrado el sobre lo había vuelto a abrir para contarme la emoción que había sentido al escribir al dorso las letras de mi nombre, que ahora era también el suyo.

Yo recibía correo varias veces por semana. Mis amigas de Châteauroux me escribían. En febrero, por mi cumpleaños, me llegó un paquete que contenía un servilletero con mis iniciales grabadas en plata maciza que mis amigas habían comprado en la mejor joyería de la ciudad, y un álbum sobre la adolescencia, *Virginia a los catorce*. Hablaba de las transformaciones del cuerpo, del aparato genital, de los cuidados de la piel, de la forma de vestirse y decorar la habitación, de las relaciones con los padres y de los primeros amores. Había

historias, testimonios, consejos. Lo guardé durante mucho tiempo. Lo hojeaba para relajarme, o en busca de alguna información específica.

Mi padre hizo una primera visita a Reims a finales de febrero. Le esperé con una mezcla de impaciencia y aprensión. DS blancos giraban en la isleta central de la plaza de Erlon. Mi madre todavía estaba en la oficina. Yo tenía que guiarle hasta el piso donde vivíamos, en la periferia. Le enseñé mi habitación y el globo terráqueo hinchable que tenía en mi mesilla de noche. Mi madre llegó y se dejó caer en el sofá. Él nos propuso ir a cenar fuera. Fuimos al Continental.

Puede que haya olvidado algunos detalles. Es posible que confunda dos visitas. Puede que la lógica de los acontecimientos se haya ido escapando a lo largo del tiempo. Que su sucesión se haya desplazado en mi memoria. Intento reconstruir el orden tal como fue. Hay puntos fijos, sobre los que no tengo la menor duda. Otros momentos están dispersos, separados entre sí. A veces, la lógica temporal es borrosa, está difuminada, desvaída, pero el dibujo está ahí. La forma está ahí. Lo que es nítido, preciso, seguro, lo que recuerdo perfectamente, sin duda alguna posible, son mis sentimientos. Lo que sentí. Lo que me decía a mí misma. Nunca lo anoté. Nunca se lo conté a nadie. Pero los recuerdo con toda precisión. Los entresijos. Las oposiciones. Los contrastes. Sopesar las cosas. Podría rehacer la lista de los pros y los contras. Las esperanzas. Las decisiones. Las resoluciones. Las concesiones que conseguí arrancar, y las que creí arrancar. La construcción de los argumentos es diáfana. La recuerdo a la perfección. Como ciertas imágenes, escenas, diálogos. Puedo reproducir y recitar de memoria algunas frases. No podría imitar los tonos de voz, pero los recuerdo. Puedo describirlos. Lo que tal vez falte, la carencia, es el aspecto histórico. El orden. La secuencia técnica de las escenas. La lógica de algunos gestos. Tal fin de semana o tal otro. Es más difícil garantizarlo. A veces lo consigo. Gérardmer, la boca. Le Touquet, la vagina. El Isère, el ano. La felación llegó pronto. No hay fecha. Llegó pronto. Entre Gérardmer y Le Touquet. La intercalación no siempre es fiable. Puede que sea aproximativa y reconstruida. El punto de vista en tal o cual momento permanece intacto. Cuando digo que no pensaba, es en el sentido de un pensamiento en libertad, que pudiera compartir, decir, pero tenía un punto de vista. Veía la situación como desde fuera. Sabía lo que pensaba de ella. Quería que aquello se acabara. No sabía cómo hacerlo. Nunca tuve confianza. Tenía miedo. Siempre he tenido miedo. Estaba en guardia. Tenía los ojos abiertos. No me abandonaba. Esperaba días mejores. El punto de vista, nítido. El cuerpo, en estado de alerta. Había una diferencia entre yo y mi persona. Me mantenía a distancia de mi persona. Sabía lo que pensaba de la situación. Era

cristalina. La desaprobaba. Eso que llamamos «yo» desaprobaba. El resto..., ¿qué resto? ¿Era mi cuerpo el resto? No lo sé. No solamente. El resto no pensaba. El resto esperaba. Con la esperanza de que aquello pasaría. El resto no existía. El resto estaba bloqueado. No lo sentía. No pude conservar el resto. No pude hacer nada. Lo intenté. A veces creí haberlo logrado. Creía que había salvado algunos pedazos. No funcionó. Era ilusorio. Había puesto barreras para no pensar. No consigo recuperarlos. Fueron sacrificados. Es demasiado tarde. Si recupero algo, es desagradable. A veces me ocurre mientras hago el amor. Hace que me sienta muy incómoda.

En este punto, me entran las dudas. ¿Recopilar las piezas dispersas, con ayuda de la trama narrativa, y presentar un entramado reconstruido y lógico? ¿O colocar las piezas unas junto a otras, como las de una vasija hallada en una excavación, para permitir a los demás que sepan lo que ocurrió? ¿Y que puedan reconstruir el conjunto? En mis libros anteriores he utilizado ambas opciones. Lo que nunca he hecho, o querido hacer, o considerado útil, es basar toda la arquitectura narrativa en la solidez de mis puntos de vista, sucesivos, en su evolución, en su coexistencia. Añadir una palabra, un movimiento, un paisaje cada vez que fuera posible. Como una vida normal, lineal, no fragmentada y tampoco imaginada. Podría haber un paisaje en Niza, y lo que allí pasó. Lo que se dijo. Lo que se pensó. En aquel lugar. Lo recuerdo. Lo sé. Todos los puntos de vista están ahí. Lo que entendí un día en una colina, durante una conversación. Habría que poder escribirlo al ritmo de la vida para que funcionara, para que fuera correcto, para que fuera verdad. Es difícil escribir la verdad tal como es, y tal como fue, cuando en aquella época no la veía, e infiltrarla con naturalidad en la trama, sin fricción, sin colisión, como si fluyese, ni imaginada ni fragmentada. La reconstrucción. Habría que poder integrar los puntos de vista en la sensación de algo que fluye. Y también habría que introducir lo que para mí no existía, el cuerpo, la percepción. El punto de vista se completa, se define, se afina, se enriquece, y eso lleva toda una vida. Por ejemplo, esa primera visita a Reims. Mi madre había preparado una cama en el salón. Esa vez. La primera visita. Creo. Pero ¿no durmió en el hotel? El sofá cama intacto, ¿sería la siguiente vez? No. Quizá pasó una noche en casa y otra en el hotel. Creo que es eso. ¿Qué hotel? ¿El Hotel de la Paix, que estaba en la plaza de Erlon? ¿El Hotel Crystal, en la acera de enfrente? La primera noche en casa, la segunda en el Hotel de la Paix, o en el Crystal... ¿Estoy confundiendo el Hotel Crystal con el restaurante del Crystal? Fui con él una o dos veces allí. ¿O fui con Pierre, un chico al que conocí más tarde, y que bajaba en el Hotel Crystal? Es posible. ¿Importa? Sí. Para reconstruir el hilo de los hechos. Para la reconstrucción. Ese restaurante tenía ventanas de cuarterones y

muebles de madera. El salón era muy grande, de colores cálidos. Daba al mismo patio que el Hotel Crystal. Comimos en una mesa junto a una ventana. Mientras esperábamos los platos, él leyó *Le Monde*, desplegando las páginas entre ambos.

Mi madre vuelve de la oficina. Se deja caer en el sofá. Él nos propone que cenemos fuera. Ella prepara una cama en el salón.

Fuimos al Continental. O al restaurante del Hotel de la Paix, que tenía un aviario. Se oían cantos de pájaros. Había pájaros pequeños y de distintos colores. Las paredes eran de un vivo azul. Ellos tomaron ostras. Yo, salmón ahumado por primera vez.

Al día siguiente, el sofá cama del salón no estaba deshecho. Se oía correr el agua en el cuarto de baño. Mi madre cruzó la habitación. Se detuvo y me acarició la mejilla. Yo me eché a llorar.

–Pero bueno, ¿qué pasa?

–Como la cama no está deshecha, me parece raro que mi padre no haya dormido en el sofá. No es nada. Es una tontería. Perdóname.

–Esto no es fácil para ti...

–No, soy yo la que se equivoca. Llorar es estúpido. Un padre y una madre que duermen en la misma habitación es normal, es completamente normal. Al contrario, estoy contenta. Está bien. La tonta soy yo.

Ella dijo, al salir:

–Hasta la tarde. Que disfrutéis del paseo.

Fuimos a Amiens. En el coche, le hice una pregunta sobre la escuela de interpretación de Ginebra. Me dijo que era excelente, pero difícil. Atravesábamos un paisaje corriente. Llanuras. Cielo gris. Él llevaba un pantalón de terciopelo. Ambas manos en el volante. Me puso una en la rodilla.

Yo hice como si no pasara nada. No se me ocurría qué decir, ni cómo. No dije nada. Miraba el paisaje delante de mí. El parabrisas. Los limpiaparabrisas, horizontales en la parte de abajo del cristal. La mano iba y venía por mi muslo. Se desplazó hacia arriba. Yo era completamente consciente de su posición en todo momento. Mi actitud era la de alguien que no tiene nada concreto que decir. Y que por lo tanto ni dice nada ni hace nada. Mi estado interno era todo lo contrario. Estaba nerviosa. Lo que sentía merecía ser dicho, si me hubiera sentido capaz. Disimulaba mi incapacidad con un comportamiento sin aspavientos. Los movimientos de la mano me desazonaban. El recorrido me daba miedo. Temía que cada vez fuera más difícil pretender que no había cruzado la raya. O pretender que no me parecía mal que la cruzara. No me gustaba ese recorrido. Era necesario que no cruzase cierto límite. Porque sabía que, llegado ese

caso, no sabría qué decir. No dejaba de razonar. No tenía la mente en blanco. Vigilaba. Tenía una función. La vigilancia. Una vigilancia de todos los instantes. Cercana. Enfocada en el movimiento. El desplazamiento de la palma de la mano. O incluso de un dedo bajo la tela de mi pantalón. No pasaba nada por alto. Vigilaba, vigilaba, vigilaba. Mi función me ofuscaba. Más aún porque corría el riesgo de resultar inútil, y lo sabía. Lo sentía. Lo preveía. No me sentía bien. Si se cruzaba el límite, que estaba fingiendo poder soportar, como no iba a poder decir nada, estaba perdida. Era consciente de que no iba a saber reaccionar. Y que tal vez tendría que soportar más todavía. Mi razonamiento se bloqueaba antes. No llegaba hasta ahí. Seguía interpretando los movimientos de la mano como algo anodino, me aferraba a su inocencia. Había un problema. Lo sabía. Las cosas iban mal. Habría preferido que no me tocase. Y preferí pensar que no había cruzado la raya y que todo iba bien. En caso contrario, no habría sabido cómo reaccionar. Preferí hacer una interpretación favorable de lo que ocurría. Durante todo el tiempo posible. Sabiendo que no tenía otra solución. Amplié varias veces el límite de lo aceptable. Estaba ansiosa por salir del coche. Por mezclarme con la gente que pasaba.

Entramos en la catedral. Me ayudó a descifrar las inscripciones en latín. Me sentí privilegiada. Visitamos los *hortillonnages*, los pequeños jardines. Almorzamos en un restaurante de las afueras, patrimonio nacional. El jefe de comedor me ofreció nata fresca con el salmón ahumado.

–No gracias, me va más con limón.

Cuando se fue, mi padre me preguntó:

–¿Por qué le has dicho «me va más»?

–Porque lo prefiero.

–Entonces di «lo prefiero». «Me va más» es una expresión aborregada que pretende ser original, es una estupidez. Como esos periodistas que escriben «juro y perjuro» creyendo que quedan bien cuando en realidad están usando un tópico. Si yo fuera periodista...

Alzó la mano como si sostuviera una estilográfica.

–... Si fuera periodista...

Dejó caer la mano con brusquedad sobre el mantel:

–Escribiría «juro». Punto. Y esa sería, precisamente, la originalidad.

Las puertas del DS se cerraron con un ruido sordo. Dentro, uno se sentía aislado del mundo. Había un puñado de cintas grabadas sobre el salpicadero.

–¿Puedo?

Metí el adagio de Albinoni en la ranura del aparato, recosté la espalda contra el asiento y la coronilla contra el reposacabezas.

–¿Estás cansada? ¿Quieres tumbarte en mis rodillas?

–No, estoy bien así.

–Puedes apoyar la cabeza en mi hombro…

–No. Estoy bien.

No insistió.

Pensé: «Ya ves, basta con decir no.» Estaba sentada en mi asiento. Él tenía las manos en el volante. Yo era consciente de que podían volver. Tenía miedo de que lo hicieran. Mi actitud no reflejaba mi miedo. Pensaba una cosa y expresaba otra. Cuando digo que no pensaba, es porque estaba pensando algo todo el tiempo. Tenía la mente ocupada constantemente. Lo vigilaba todo. Era una vigilancia incesante, sin bajar la guardia. Los gestos, las expresiones. Rastreaba los indicios de la evolución. Controlaba lo que era efectivo. Temía lo que podía ocurrir. Así que no pensaba. No podía. Era imposible. No tenía tiempo. Tenía que juzgar, afinar el juicio, ver en qué punto estábamos, vigilar la situación. Tenía que adaptar mi punto de vista a cada momento. Hacerlo más preciso. Estaba continuamente vigilando algo sobre lo que no tenía el menor control. No pensaba en mí, en la adolescente que era. No tenía tiempo. Tenía otra cosa que hacer. Identificar lo que él sentía, para limitar sus avances. Considerar mis defensas. Imaginar cómo ponerlas en práctica.

La vigilancia no cambiaba nada. Los gestos ocurrían. Vigilancia. Barricadas. Controles. Cuando llegaban los gestos, había que fingir que no era grave. Fingir se había convertido en una actitud general. Un automatismo. Aplicable a todo. Que impregnaba todas mis relaciones. La actitud que tenía que adoptar con él determinaba mi forma de hablar de él a los demás. Tenía que haber coherencia. No podía pasar de un estado de ánimo a otro según con quién hablase. Con él, o con los demás. Con él, o con mi madre. Con él, o con Véronique. Tenía que ser coherente. Con todo el mundo. Bloqueaba el acceso a los puntos negativos, con él y con los demás. Insistía en los puntos positivos. Los acumulaba. Construía con ellos una fortaleza en cuyo interior lo que existía no existía. Atravesábamos un bosque, con el adagio de Albinoni como fondo sonoro. Me sentía bastante bien. Mi rodilla estaba libre. Él volvió a ponerle la mano encima. Yo lo estaba esperando. Sabía que lo iba a hacer. No había bajado la guardia. Seguía en estado de alerta. Bajo la mano, los músculos de mis piernas estaba tensos. El estado de alerta no cambiaba nada. No podía impedir nada. Pensé que tenía que asegurar una dosificación, y vigilarla. Para que las caricias de la mano no debilitaran demasiado la relación normal. Ese riesgo me preocupaba. Sabía que la mano se iría. Que la pondría otra vez sobre el volante. Me concentraba en ese horizonte. Era una meta. Como cuando se mira la costa desde un barco. Estaba impaciente por alcanzarla. Miraba el salpicadero de madera encerada. Los mapas apilados en la guantera. El botón azul de la radio. El paisaje desfilaba por la ventanilla lateral. Mirar de lado me ayudaba:

una llanura gris, fundida con el cielo.

–Como paisaje, no es muy bonito...

Interiormente, debatía conmigo misma. Una de mis tesis era: me siento incómoda por falta de costumbre. Es probable que estos gestos se puedan integrar en una relación normal padre-hija. No creía en mis propios argumentos. Eran forzados, traídos por los pelos. Sabía que no era eso. La probabilidad no era nula, existía. Era una de mis tesis.

La segunda era que las caricias de la mano usurpaban, se arriesgaban a usurpar la relación normal padre-hija. No era ingenua, lo sabía. Pero seguían siendo gestos anodinos. No los apreciaba de manera personal. Una mano en una rodilla. Comparado con el ideal, era una decepción. Los gestos me causaban temor. Pero no era grave. Esa era la segunda tesis.

Había una tercera opción. La incertidumbre. La interpretación no tan evidente. No tan clara. Me aferraba a esa incertidumbre, me culpaba por sentirme incómoda, me acusaba de ser tonta, ridícula, una cría.

La carretera cruzaba una llanura. Yo intentaba fingir que no notaba la mano, y que no tenía importancia. Fingir, imaginar, mentirme a mí misma eran mis recursos. Así que estaba concentrada. Tenía que estarlo.

–¿Tienes las guías Michelin de todas las regiones?

Una parte de mí estaba ocupada hablando, la otra vigilando. Él puso ambas manos en el volante y me preguntó qué hacían los padres de Véronique.

–Son viticultores. A ella le encantan los idiomas, le gustaría conocerte.

La lluvia se deslizaba por el cristal que barrían los limpiaparabrisas. Él me puso de nuevo la mano en la rodilla. Yo reanudé la vigilancia. A nuestro alrededor, todo era gris. Campos llanos, un horizonte brumoso, pueblos. Pensé que la rigidez de mis músculos corría el riesgo de indicar temor. Tensión. Me dio miedo que él lo notase. Los relajé. Mis muslos se aplastaron con normalidad contra el asiento. Estaba cansada. Se relajaron dentro del pantalón ceñido. La carne aplastada contra el tejido. Pensé: «Qué se le va a hacer, relajo los músculos. Espero que no vea cómo se expanden mis muslos en el asiento, que eso no le provoque una reacción, que no sea algo que le atraiga.»

–¿Qué haces con el muslo?

–Nada.

–Anda, sonríe..., enséñame esos dientecillos blancos.

Giré la cabeza sonriendo.

–Eres guapa. Muy guapa. Mi madre también tenía unos grandes ojos negros, como los tuyos.

–¿La querías mucho?

–Cuando era niño sí, claro. Ahora se ha vuelto bastante irritante.

–Mamá no es natural contigo, no es así todos los días, ¿sabes? Contigo intenta hablar bien, hace esfuerzos. Me saca de quicio. Ayer me puso muy nerviosa.

–No seas tan severa con tu madre, es muy cariñosa, y adaptar el lenguaje a las personas a las que uno se dirige es una prueba de inteligencia, al contrario de lo que piensas.

Aparcó en la linde de un bosque. Quería andar un poco por la naturaleza. Tomamos un sendero. La manga de su abrigo rozaba la mía.

Alzó la cabeza hacia las copas de los árboles.

–Mira, son hayas.

Cogió una hoja del suelo y me enseñó las nervaduras.

–¿Estás bien? ¿Te gusta este silencio?

–Sí.

–Christine... Me gusta decir tu nombre. Ocupas todo el espacio de mi corazón, ¿sabes? Ya no hay sitio para nadie más.

Puso su boca sobre la mía.

–Abre los labios... Un poco más.

Sonrió con ternura.

–No, así no...

Con ternura y cierta diversión.

–No..., hay que respirar por la nariz...

El beso en la boca de Gérardmer había sido rápido, justo tocar con los labios y retirarlos, pero este fue húmedo, blando, resbaladizo, largo. Me sorprendió su saliva. Desbordaba por la piel. Yo tenía el mentón mojado. No me atrevía a secarlo por miedo a ofenderle. Me cogió por la cintura, bajo el abrigo, para acercarme más a él.

–Mamá nos va a esperar, tendríamos que volver.

–Esta noche me voy a quedar en el hotel.

Tenía una cita en la Biblioteca Nacional al día siguiente, muy temprano.

Cuando regresamos, llamé a mi madre. Le dije que iba a cenar con él en el restaurante del aviario. Él no tomó postre. El gorjeo de los pájaros le daba dolor de cabeza. Quería subir a su habitación para estar en penumbra.

–¿Me llevas antes a casa?

–Tengo que tumbarme unos minutos. ¿Llamo a un taxi?

–No hace falta. Te espero.

Me pidió que le pusiera la mano en la frente.

–Hmm..., qué fresca está...

Y que me tumbase a su lado.

Deslizó una mano bajo mi jersey. Sobre mi piel desnuda. En aquella época, yo no usaba sujetador.

Una hora después, en el coche, en el aparcamiento debajo de mi casa:

–¿Querrás que vuelva a verte?

–Sí.

–¿Estás segura?

–¿No subes a despedirte de mamá?

Le expliqué a mi madre que tenía que irse pronto al día siguiente. Y me encaminé a mi habitación.

–¿No te quedas un poco conmigo?

–Tengo que hacer los deberes para el colegio…

–Vale…, me las arreglo para hacer la compra al salir de la oficina y que podamos cenar los tres en casa, porque ese era el plan al principio, y me llamas en el último momento para decirme que os vais a cenar al restaurante. Reconoce que no es muy agradable. Claro, no soy tan interesante como él. Estoy de acuerdo. Estoy muy de acuerdo. Pero tampoco estoy a vuestro servicio. Y no lo voy a olvidar la próxima vez.

–¿Puedo irme a la cama, o tenemos que hablar de esto ahora?

Me fui a mi habitación. Cerré la puerta. Mi madre llamó pocos minutos después.

–Sí, ¿qué pasa?

Estaba llorando de pie en el vano:

–No estoy muy bien en este momento, perdóname. Y no he tenido un día fácil en la oficina. Quería relajarme cenando con vosotros, me quedé un poco decepcionada, no es nada grave. No es nada. Todo va a ir bien. Pero tú y yo no tenemos que enfadarnos, ¿vale? ¿Y tú, te lo has pasado bien?

–¿Sabes lo que me ha dicho? Que tenía los ojos de su madre…

–Ah, entonces todo viene de su parte, si lo he entendido bien. ¿Te ha dicho si iba a volver pronto?

–A lo mejor vamos a París la próxima semana.

Para hacernos saber que pensábamos la una en la otra, dábamos tres golpecitos en la pared que separaba nuestras habitaciones. Lo hice. Ella contestó. Apagué la luz.

No conseguía dormir. Reflexionaba.

Me decía que había cometido errores, y enumeraba mis equivocaciones. Él había propuesto llamar a un taxi. En lugar de decir «Sí», yo había dicho «Te espero». Él me había pedido que le pusiera la mano en la frente; eso no me lo reprochaba. Pero pensé que cuando me pidió que me acostara a su lado, tendría que haberme negado.

Juzgué mi comportamiento incoherente, no podía acostarme junto a él y esperar que entendiera que yo quería unas relaciones normales. Consideré que habría podido evitar tal gesto, tal movimiento, que eran errores por mi parte. Y había sido consciente de ellos en su momento. Durante todo el día había tenido una neblina de culpabilidad en el fondo de la mente.

Antes que verme como alguien que sufre de manera pasiva sin hacer nada, preferí imaginar que tenía una parte de responsabilidad. Me construí una culpabilidad. Pensé que mi comportamiento podría haber cambiado el curso de la velada. Así razoné tras dar tres golpecitos en la pared, así esquivé la realidad. Sabía lo que los actos de mi padre significaban. Preferí verme como alguien con su propio carácter, sus propios errores, alguien que se arrepiente de ellos mientras intenta dormir.

Al día siguiente, en el recreo, Véronique y yo hablamos de las profesiones que nos gustaban, de los idiomas que queríamos aprender y de nuestros padres. Me dijo que el suyo se parecía a Jacques Brel. Hablamos de ese tipo de físico, de su clase de atracción.

–¿Y cómo es tu padre?

–Moreno, de mediana altura, con el pelo un poco largo en la nuca.

–¿Cuándo sale su libro?

–Todavía falta, es largo. Hay que verificar todas las hipótesis. Tiene que ir a Carcasona para ver inscripciones en unas tumbas, a lo mejor me lleva. Y también está preparando un libro sobre literatura catalana.

–Tienes suerte de tener un padre así. Me gustaría conocerlo.

–Vuelve la semana que viene. Te lo presentaré.

Hicimos una lista de las chicas que iba a invitar a su cumpleaños, cuya fecha se acercaba. Yo anotaba los nombres que ella citaba.

–Fabienne...

–Ah, no. Fabienne, no.

Pelirroja, de piel blanca, con granos en el cuello y un nombre ridículo, objeto de burlas cuando los profesores la llamaban, Fabienne era el chivo expiatorio de la clase.

–Sí. Pero para reírnos.

Véronique propuso que fuéramos con ella a un bosque que había cerca de su casa y que la dejáramos allí, perdida, para que tuviera miedo y llorase.

Al fin de semana siguiente, mi padre vino a buscarme al colegio. Habíamos quedado en el aparcamiento de la plaza Godinot. Yo habría preferido esperarlo delante de la verja, para que todo el mundo lo viera. No había ningún DS blanco. Recorrí el aparcamiento con un

nudo en el estómago. Pero estaba al volante de un CX. Con la ventanilla abierta, el codo en la puerta, fumando.

–¿Puedo ir a buscar a Véronique? Le gustaría mucho conocerte.

Corrí hasta la verja.

–Ven, está en la plaza Godinot.

Los presenté. Véronique se marchó.

Para evitar las idas y venidas del hotel al piso, él había reservado dos habitaciones. Después de cenar, me acompañó a la mía. Entró en el cuarto de baño. Salió desnudo de cintura para abajo. Yo nunca había visto el sexo masculino. La realidad no se correspondía con lo que había imaginado. Estaba sentada en la cama. Se acercó a mí. Me enseñó las palabras erección y felación. Me tocó los pechos a través del jersey. Me cogió la mano y la puso en su pene. Me enseñó cómo hacerla ir y venir sobre él para acariciarlo.

Volví a casa el domingo por la noche. Mi madre había estado sola todo el fin de semana. Había ido al cine.

–¿Era buena la película?

–Bueno, no es muy divertido. Todo son parejas y tú estás allí sola, como una imbécil.

–Pero la película, ¿era buena o no?

–Ni fu ni fa. De todos modos, ahora mismo estoy deprimida. No te preocupes, se me pasará. ¿Y a ti, cómo te ha ido?

–Muy bien.

Distorsionar la realidad (a un lado, un apagón total; al otro, una iluminación excesiva) me costaba mucho. Había que ignorar secciones enteras de la realidad, alumbrar los puntos positivos, fingir que había olvidado ciertas escenas, mantener a flote cierto nivel de orgullo. Tenía un período de referencia. Los ocho días entre el encuentro en Estrasburgo y el beso en la boca en Gérardmer. Una unidad de medida. La alegría que había sentido entre ambas fechas. Un método. Tenía que fingir ante mí misma que estaba contenta. Tenía que convencerme a mí misma. Había que tratar las escenas de más con desprecio, considerarlas como desechos que debía retirar.

A él le apasionaba la aviación y asistía a cursos de piloto. Consiguió la licencia. Vino a buscarme en avión para ir a Le Touquet. En el aeródromo, mi madre le preguntó si era seguro. Hicimos con él nuestro bautismo de vuelo. Ella se fue. Despegamos. El avión era rojo y blanco. Un avión de turismo, pequeño, de hélice. El ruido del motor resonaba en la cabina. Él utilizaba el alfabeto aeronáutico para comunicarse con la torre de control. Entre los términos empleados estaban Bravo y Delta. Hice algunas fotos con una cámara Instamatic. El cielo estaba despejado. Líneas geométricas separaban las superficies cultivadas. Las alas rojas se recortaban contra el cielo azul.

Sentí náuseas. Me concentré en el paisaje para no pensar en ello.

–Tengo angustia.

–No te oigo.

Grité por encima del ruido del motor.

–TENGO. ANGUSTIA.

–¿Angustia? ¿Qué quieres decir?

–Aquí.

Me froté con la mano la zona del diafragma.

–¿El corazón? Eso es grave...

–No, pero no me siento bien, tengo angustia.

–No entiendo esa expresión.

Me pregunté si nadie decía eso en Châteauroux.

–Tengo ganas de vomitar.

–¿Náuseas?

–Sí, eso.

–No digas que tienes angustia, es absurdo. Aguántate. Si supieras lo que cuesta alquilar un avioncito como este...

Le hice una foto en la pista de aterrizaje. Miraba al objetivo sonriendo, con una mano sobre el avión y las caderas ligeramente ladeadas.

El hotel estaba en la calle de Paris, a dos pasos de la calle Saint-Jean, en el centro de la animación. Un bulevar costeaba el mar. Una mujer paseaba por la playa. A él le pareció conmovedora la forma en que trastabillaba. Me señaló, un poco más lejos, a un hombre que caminaba plantando ambos pies en la arena, y se mostró sorprendido por las diferencias entre los sexos.

–¿Te gusta ser mujer?

–Sí.

–¿Y por qué te gusta ser mujer?

No se me ocurrió qué contestarle. No encontré una justificación. No

pude explicarlo.

Por la arena corrían carros a vela, propulsados por el viento. Nos paramos a mirarlos. Un hombre le gritó a otro que andaba por la playa:

–Ven, te llevo. ¡Es fantástico!

El otro dijo que no con la mano.

–Venga, hombre, sube. Es extraordinario.

Mi padre le gritó al hombre:

–¿Me lleva a mí?

El hombre lo miró con cara de arrogancia.

–No se lo he pedido a usted, sino a un amigo.

Tuve dos pensamientos paralelos:

Este hombre no se da cuenta de que ha perdido la oportunidad de conocer a alguien sumamente inteligente.

Toma, en plena cara. Te viene bien encajar un fracaso, por una vez.

Dije en voz alta:

–Podría haberte llevado a dar una vuelta, por lo menos...

Nunca me opuse a él de manera frontal. Siempre entraba en su lógica. Nunca hice valer argumentos contrarios a los suyos. Ni siquiera sobre asuntos secundarios. Guardaba mi opinión para mis adentros. Frente a él, tenía miedo de ser una persona. Miedo de que aplastase mi punto de vista. Nunca tuve fuerzas para exponer una idea distinta.

Había un café muy concurrido en la esquina de la calle de Paris y la calle Saint-Jean. Estábamos cerca del ventanal. Me señaló a dos hombres que almorzaban al fondo de la sala.

–¿Ves a esos dos hombres?

–Sí.

–Son pareja. ¿Sabes cómo hacen el amor dos hombres?

–No.

–Uno penetra con el pene el ano del otro. Una vez estuve a punto de tener una experiencia homosexual, conocí a un hombre e íbamos a encontrarnos por la noche en una caravana... Fui, pero él no apareció. Lo siento, porque la ocasión no volvió a presentarse. Hay que tener experiencias. No hay que hablar sin saber.

Hacía buen día. La gente paseaba por la calle. Había parejas y familias.

–¿Damos un paseo?

–Pilotar uno de esos aviones cansa, ¿sabes? Tengo que descansar un poco.

Leía tendida en la cama. La luz del día inundaba mi habitación. Llamaron a la puerta. Fui a abrir.

–¿Salimos?

Me cogió la mano y la puso en su pecho.

–¿Notas cómo me late el corazón por ti?

Se tumbó en mi cama. Pensé en el tiempo que nos quedaba para pasear por la ciudad.

–Ven a mi lado, pero antes baja un poco las persianas.

Deslizó la mano bajo mi jersey.

–¿Por qué haces eso?

–Porque te quiero, Christine –susurró–. Sonríeme, ¿quieres?

Acercó la boca, me pellizcó los labios con los suyos, los mordisqueó. La saliva resbalaba por mi barbilla. Me bajó la cremallera del pantalón. Me lo quitó. Me dejó desnuda de cintura para abajo.

Me miró, apoyado en un codo:

–Eres preciosa.

Metió la cabeza entre mis piernas. Era una situación que yo nunca había imaginado. Comentó la forma de mi sexo, el color, el olor. Lo acarició.

–Es raro, me suda el sexo.

–No es sudor. Es porque tú también me quieres.

Hizo comentarios sobre el sabor. Metió un dedo en mi vagina. Lo hundió.

–¿Sabes? Para un hombre es difícil desear a una mujer durante horas. Sin poder liberarse. Mira mi sexo. ¿Ves? Tócalo. ¿Quieres tocarlo?

Nunca vi una mirada de sospecha o de asombro entre el personal de los hoteles. Fuimos al cine del Casino. Vimos una película del Oeste italiana con Terence Hill. *Mi nombre es Ninguno.* Le pareció divertida. Los menores de edad no podían participar en los juegos de mesa. Él desapareció en una sala. Lo esperé en un enorme vestíbulo iluminado, sentada en una banqueta, sola. No había nadie más de mi edad.

Al día siguiente dimos un paseo por un pinar salpicado de villas lujosas. Él daba un paso atrás, fingiendo valorar una, y comparaba la estimación con la cifra de ventas que su libro tendría que alcanzar para poder permitírsela. Yo me echaba a reír y corría hacia otra villa.

–¿Y esta?

–Ah, esta... Esta es fantástica...

En el restaurante, su zapato tocaba el mío. Me miraba con fijeza.

–Estoy empalmado.

–¿Y si mi vida se echa a perder?

–Al contrario. No arriesgas nada con un hombre que te quiere.

–¿Por qué al contrario?

–Ganarás tiempo. Las mujeres se quejan mucho de los problemas que tienen con los hombres. La mayoría no tienen cuidado con ellas. No saben hacerles el amor. No saben lo que les gusta. Tú tendrás una

experiencia y un punto de comparación.

–Entonces, ¿por qué todo el mundo dice que es peligroso? ¿Y por qué está prohibido?

–No siempre ha sido así. En algunas sociedades, muy evolucionadas, era un signo de distinción, de superioridad. Casarse con la propia hija era un privilegio concedido a los faraones, y en ciertas civilizaciones, marca de la más alta aristocracia.

–Sí, pero nosotros no vivimos en una de esas civilizaciones.

En Touquet, o en alguna otra parte, vi sus ojos abrirse al despertar, ver mi cara en la almohada, y parecía enamorado. Probablemente tenía algunos sentimientos. No puedo achacarlo todo a la manipulación. Sería demasiado fácil.

Mi madre me recogió en el aeródromo de Reims. Habló un momento con mi padre. Él volvió a despegar hacia Estrasburgo.

Por la noche había un programa con Gilbert Bécaud. Un cantante que a mi madre y a mí nos gustaba mucho, y cuyo padre estaba invitado por ser también cantante.

–Cuando se tiene una pasión, debe de ser genial tener un hijo que hace el mismo trabajo que tú –dije.

–Sí. Y a veces el hijo es mejor que el padre, ¿sabes?

–¿Por qué me dices eso? Lo que yo haga nunca será tan bueno.

–Eso no lo sabes.

–No te das cuenta del nivel que tiene. No eres consciente de lo difícil que es aprender un idioma. Y el nivel que hay que alcanzar para convertirse en intérprete. No tiene sentido decirme que voy a hacerlo mejor que él, porque no es posible. No soy bilingüe. Nunca he estado en Alemania. Nunca he estado en Inglaterra. ¿Cómo quieres que sea tan buena como él?

–Podrías hacer otra cosa. Y lo que hagas en tu campo, podría ser mejor que lo que él hace en el suyo.

–No lo entiendes, ¿verdad? No quiero trabajar en otra cosa. Lo que me interesa son los idiomas. Eso es lo que me gusta. Ese es el campo que me interesa.

–Habla con alguien que te entienda. Él volverá pronto.

En Semana Santa, fuimos a Châteauroux. Pasamos por el garaje de mi amigo Jean-Pierre. Llevaba un traje manchado de grasa. Fue mi madre la que habló. Él y yo apenas nos miramos. Parecía avergonzado. Yo sentía lo mismo.

Al día siguiente, la familia se reunió en casa de mis tíos. Alguien le preguntó a mi madre:

–¿Y el trabajo?

–Me ponen todo tipo de trabas.

–¡Lo conseguirás, Rachel, con lo inteligente que eres!

–Christine piensa que soy estúpida.

–¿Tú? Ah no, seguro que no.

Todas las miradas se volvieron hacia mí, cargadas de reproches. Pensé que habrían visto lo que era la inteligencia si mi padre hubiera estado sentado con nosotros.

Llevaba un vestido camisero rojo con un pañuelo indio en torno al cuello. Tendí la mano hacia un plato lleno de figuritas de chocolate.

–Vaya, Christine, veo que te sigue gustado el chocolate –lanzó mi tía.

Vomité de regreso a casa. Inclinada sobre una zanja. La mano de mi madre me sujetaba el pelo en la espalda.

En el coche, pensé que si me hacía una pregunta en ese momento, si decía algo que me diera pie, intentaría contarle lo que pasaba con mi padre. Era incapaz de hacerlo directamente.

En Reims, mi madre empezó a tener amigos. Un pequeño grupo de personas un poco solas o recién llegadas a la ciudad. Una anticuaria, un empleado de seguros, un ingeniero químico de origen hindú, una mujer de su edad que tenía dos hijas. El ingeniero químico le gustaba. Pero pensaba que era demasiado joven para ella. Él tenía treinta y un años. Ella, cuarenta y dos.

Mi padre me llamó por teléfono durante una misión en la Unesco, para pedirme que me reuniese con él en París.

–Me gustaría tener una relación contigo como la que otros hijos tienen con sus padres. Me gustaría saber cómo es. De verdad. Lo necesito. ¿Estarías de acuerdo?

–Por supuesto que sí. Eso no es lo más importante entre nosotros.

Lloré de alegría por teléfono.

–Temía que no quisieras...

El hotel estaba en la calle Richelieu. Se entraba por una puerta de doble cristal. Un felpudo con la inscripción «Hotel de Malta» cubría la anchura del umbral. Llevé la bolsa de viaje a mi habitación. Él me esperó en el vestíbulo. Giramos a la derecha, hacia el Sena. Yo iba cogida de su brazo. Al cabo de unos metros, me dijo:

–¿Te das cuenta de lo que estás haciendo?

–¿Qué?

–¿No te das cuenta de que estás apretando el pecho contra mí?

–No.

–¿Seguro que no es a posta?

–Claro que no.

–¿No lo haces a propósito?

–Te aseguro que no.

–En cualquier caso, deberías saber que me la pones dura.

Todo está grabado en mi memoria. La sensación de mi altura en el espacio. La relación entre la altura de los edificios y la anchura de la calzada. Los cincuenta metros desde la puerta del hotel hasta el final de la acera. Había un ensanchamiento y luego un estrechamiento. Los sentimientos que tenía. El miedo. La tristeza. Contrarrestados por la alegría de pasear por París. La esperanza de estar fuera el mayor tiempo posible. Y la obsesión por verlo todo.

Mi habitación tenía dos grandes ventanas que daban a la calle. Con

una mirada emocionada, él golpeaba el extremo de su sexo en la entrada del mío. Le puse la mano en el pecho.

–Espera un momento. Quiero decirte algo.

Él rodó hacia un lado.

–Preferiría que no entraras en mi vagina. Y que no fueras tú quien me desflorase. ¿Te importaría?

–No te preocupes, me quedaré en el borde. Déjame un poquito más. Es una delicia...

–No vas a entrar, ¿verdad? Si no, a mí no me va a quedar nada por descubrir después, cuando esté con un chico.

–No te preocupes.

Pensé: «Tal vez me he equivocado con él. En realidad no es egoísta. Se preocupa por mi futuro. No piensa solo en sí mismo. Tal vez lo he juzgado con demasiada severidad. No confío lo suficiente en él. Y eso no está bien. Es un error mío.»

–Nunca te impondría algo que no quieras hacer. Y tendremos todo el tiempo del mundo para hacerlo después.

Pensé que había renunciado a un punto importante para él. Consideré que había ganado una batalla. Vi este acuerdo como una victoria. Un pacto. Un convenio entre dos partes que han tratado en igualdad de condiciones. Tras una negociación que yo había dirigido. Pensé que había sido inteligente, que me había defendido bien, que había conservado algo esencial para mi futuro. Estaba orgullosa de haber salvado una parte de mi cuerpo y de mi intimidad. No pensé que podía estar actuando en su propio interés en caso de denuncia y de un examen médico. La victoria no era total. Era parcial. Me daba cuenta de ello. Sabía que habría daños. Durante todo el fin de semana, tuve la impresión de que dos manos me apretaban la garganta.

El comité de empresa de la Seguridad Social organizó un viaje a Ámsterdam. Mi madre nos apuntó. Los demás participantes eran parejas. Yo era la única adolescente. Fui desagradable con ella. Llevaba un vestido floral sobre fondo azul marino. Hicimos fotos en el muelle de un canal. Cuando volvimos y las revelaron, me enseñó una:

–¡Mira qué cara ponías!

Tenía el rostro inexpresivo. Había ganado peso. Estaba horrible.

En verano pasé tres semanas con una familia alemana, en la que había una chica de mi edad. Hablábamos con chicos por la noche al pie del edificio. Una amiga de Châteauroux me invitó a Saint-Jeande-Monts. Su familia tenía una casa junto a la playa. A finales de agosto, me reuní con mi padre en Londres. El hotel estaba en Marble Arch. Las ventanas daban a Hyde Park. Me habló de una estudiante de Ciencias Políticas de la que estaba enamorado. Se llamaba Marianne. Para hacerme entender lo que era el encanto, puso el ejemplo de los lunares que salpicaban su cuerpo, y que no le molestaban, aunque por lo general era algo que no le hacía gracia. Dijo de sus pechos:

–Los pechos pequeños pueden ser conmovedores.

Almorzamos en un asador de la avenida que iba a la City. Fleet Street.

–Marianne ha adivinado las relaciones que tenemos.

–¿Cómo?

–La forma en que le he hablado de ti, supongo.

–¿No tienes miedo de que se lo diga a alguien?

–En absoluto.

–¿Y no dijo nada?

–No. Pero nos sonreímos con mucha ternura.

–Tal vez no lo entendió.

–Es una chica muy inteligente. Con una sexualidad muy libre. La sodomía no le molesta en absoluto, todo lo contrario. Y es maravilloso hacerlo con ella. También se acuesta a veces con negros, solo por complacer.

–¿Y si lo cuenta de todos modos?

–Lo negaré. Seré formal. Diré: «No, por supuesto que no, en absoluto.»

Solo había reservado una habitación. Quizá porque estábamos en el extranjero. Cuando llegamos, se quitó la ropa.

–¿Por qué estás siempre empalmado? Ni siquiera sé cómo es el sexo de un hombre sin una erección. Nunca he visto uno.

Rió como un adulto que reacciona a la frase de un niño.

–A muchas mujeres les gustaría estar en tu lugar, si pudieran oírte. En general, más bien se quejan de lo contrario. Les gusta que un hombre las desee. Te mimo demasiado…

Me pidió que me acostara encima de él boca abajo, con los pies hacia la almohada y la cabeza hacia el otro extremo de la cama, para que mi vulva estuviera frente a su cara y mi boca sobre su sexo:

–Baja un poco más. Perfecto. Así… Ahora te lo metes en la boca. Un poco más. Ten cuidado con los dientes. Mmm…

Cenamos en un restaurante italiano en el Soho. Con la fachada pintada de azul. Un bonito azul desvaído.

–¿Podré conocer a tus hijos pronto?

–No todos los escolares son como tú, por desgracia. Antoine acaba de pasar a sexto grado por los pelos, y Loulou repite año. Su madre está muy preocupada.

–¿Por eso no puedo verlos?

–Astrid teme que el encuentro trastorne sus estudios, creo.

Se sentía pesado. Se quejó de no tener tiempo para sentir hambre entre las comidas.

En el hotel, se encerró en el baño. Yo estaba de pie frente a la ventana. Miraba los árboles de Hyde Park. Le oía suspirar como alguien que tiene problemas para evacuar. Pensé que me daba asco. Era una sensación clara en mi mente, que no me provocaba sentimientos de culpa.

Mi madre vino a recogerme a la estación.

–Me alegro de estar de vuelta. Estaba harta.

–¿Te decepcionó la ciudad?

El paso de las palabras estaba bloqueado. Un nudo se estaba formando en el fondo de mi garganta. El contenido seguía comprimido en mi cabeza. La ventaja era que las palabras no entraban en la casa. Mis estudios se desarrollaban con normalidad. Había debates sociales. El lugar de las mujeres, el aborto, la pena de muerte. Me interesaba. Un médico vino a dar una conferencia sobre la anticoncepción a las clases de tercero. Comparó la píldora con un guijarro que se introduce en la vagina de un camello. Le di un codazo a Véronique.

–Vamos, salgamos de aquí.

Se encogió de hombros. Salí del aula. Sola. Nadie me siguió.

Mi madre solía almacenar los comestibles en la despensa, al lado de la cocina. Comí Choco BN, Petit Beurre, biscotes. Terminé los paquetes. No podía parar. Tosté un poco de pan del día anterior en la llama de la cocina. Lo unté con mantequilla.

Mi padre siempre llamaba en horario de oficina. Nunca en fin de semana o por la noche. El teléfono sonó. Había encontrado una casa en un pueblo de Isère para las vacaciones de febrero.

Al llegar, mi madre fue a la cocina y abrió la puerta de la despensa:

–¡Te has comido un paquete entero de tostadas! ¿Tanta hambre tenías? Es demasiado, Christine. Pero vas a cenar un poco, ¿no? Tienes que alimentarte con cosas sanas. Estaba pensando en hacer endibias con jamón.

Estaba a punto de cumplir quince años. Mi cumpleaños caía en la semana de vacaciones. La idea de celebrarlo con mi padre me hacía feliz. Iba a ser la primera vez. Se llegaba a la casa por un callejón sin salida, prolongado por un sendero que subía a la montaña.

El día de mi cumpleaños fuimos a Grenoble. En el coche, señalando las vertientes de un valle, me enseñó las palabras solana y umbría. Yo había puesto una cinta de Albinoni en el radiocasete del coche. Pasamos una hora en una librería. Luego entramos en una joyería. Elegí un reloj pequeño de metal bañado en plata.

En el camino de vuelta, iba tumbada entre su asiento y el mío. Él conducía con una mano, y con la otra me acariciaba las nalgas. Paramos en un pueblo que señalaba la guía Michelin, y admiramos los tejados de laja cubiertos de nieve. Fuimos a comprar a la tienda de comestibles. Visitamos la iglesia. No había nadie. Me pidió que entrase con él al confesonario y que se la chupara. En el coche, dije:

–Se supone que no hay que tener estas relaciones con un padre. Tengo miedo de que me trastorne la vida.

–Al contrario.

–Siempre dices eso. ¿Y si no es así?

–No te preocupes.

Guardé la compra en la cocina, él estaba en el cuarto de baño. Me pidió que le llevase una clementina. Sentado en la taza, completamente desnudo, puso unos gajos en su sexo erecto para que yo me los comiera, de rodillas entre sus piernas abiertas, y me quitó la camiseta para tocarme los pechos al mismo tiempo. Dos expresiones se alternaban en su cara. La risa, la alegría. Y el éxtasis.

Su habitación daba al jardín. La mía, al callejón sin salida. Vino por la noche. Se acostó pegado a mí. Me subió el camisón hasta la cintura.

–Estoy durmiendo.

–Te deseo.

Estaba encima de mí. Su sexo daba golpecitos en la entrada de mi vagina.

–No...

–Ven bajo las sábanas, entonces.

Eyaculó en mi boca. Escupí el semen en el baño. Volví a la cama. Una vez hecho, no pensé más en ello. Como un trabajo que tienes que hacer y que ya te has quitado de encima. Fingí no darme cuenta de que no iba a acabar ahí.

En esa ocasión, siguieron varios intentos de sodomía.

Estuve sola con él toda la semana. No hubo descanso, aparte de algunas comidas en el restaurante.

Le hice una foto en el jardín, al sol. Llevaba un jersey Shetland marrón claro que se le ceñía al vientre, y miraba al objetivo con una sonrisa.

Véronique había ido a La Plagne con sus padres y su hermano. Habían esquiado.

–Y tú, ¿dónde estuviste con tu padre?

–En un pueblo, en Isère, y fuimos a Grenoble por mi cumpleaños.
Levanté el brazo con el reloj en la muñeca.
De repente, tuve un arrebato emocional.
–Realmente eres mi mejor amiga, Véronique.
Ella no contestó.
–Me gustaría que nos siguiéramos viendo cuando seamos mayores, incluso dentro de veinte años. Cuando trabajemos y tengamos hijos.
–...
–¿A ti no? ¿No te gustaría?
–No sé qué estaré haciendo dentro de veinte años...
Ya no recuerdo con exactitud lo que pensé. Era una sensación desagradable. La ahuyenté de mi mente.
El sábado, mi madre y yo fuimos a Faux de Verzy con su grupo de amigos. Un bosque de hayas en las montañas de Reims. El domingo, en el cine, nos encontramos con el director de la Seguridad Social y su hijo. Un joven alto y delgado con el pelo largo, de quien ella me había hablado. Era un alumno brillante. Sus padres y sus profesores querían que estudiase Ciencias Políticas. Él quería ser profesor de inglés.
Mi padre me invitó a Estrasburgo para las vacaciones de Pascua. Su esposa e hijos no estaban. Me enseñó el piso de la familia. Al abrir una puerta, sonrió:
–La habitación conyugal...
Daba a la Orangerie.
Me enseñó la habitación de su hijo, que tenía nueve años. La de su hija, que tenía siete años. Yo había pensado en dormir en una de las dos. Las camas eran pequeñas, el espacio estaba abarrotado de juguetes.
Había un sofá cama en el salón.
–¿Puedo dormir aquí?
Buscó sábanas en los armarios. No encontró ninguna.
Estuve sola todo el día. Aparté algunos libros y películas. Sabía que no iba a tener tiempo para leerlo y verlo todo. Todo se coloreaba de insuficiencia.

El sábado, cuando despertó, se quedó deslumbrado mirando mi rostro.
–Eres preciosa.
Se puso encima de mí. Su sexo estaba duro entre mis muslos.
–Eres tan guapa... Podrías estar con hombres muy atractivos.
Suponiendo que yo tuviera algunas cualidades físicas, esta predicción no me satisfizo en absoluto. La sorpresa se mezclaba con una indefinible sensación de malestar.
–Túmbate boca abajo.
Me lubricó el ano con vaselina, hablándome al oído.

–Ya verás, va a ser muy agradable. Relájate.

Empujó su sexo hacia delante. Me hizo daño.

Él se detuvo, molesto.

–Puede que no tengas la oportunidad de volver a hacerlo, ¿sabes? Hay hombres a los que no les gusta y no lo hacen. Puede que no lo vuelvas a hacer. Puede que tu marido o tus amantes no te lo hagan.

Lo intentó otra vez.

Me hacía daño. Se retiró.

Volví a tumbarme de espaldas, con las piernas abiertas. Él miraba mi sexo. Lo lamió. Dijo, con un mohín de disgusto, que el de su mujer olía a pescado podrido, y que tenía que fingir cuando ella le pedía que lo hiciera, para no ofenderla.

–Y ya sabes hasta qué punto es falso.

Un día de la semana, después del almuerzo, propuso ir a dar un paseo. Yo me alegré de salir. En el rellano, cerré la puerta detrás de mí y él se dio cuenta de que se había dejado las llaves dentro.

–Cuando no estás en tu casa, no eres tú la que cierra la puerta –gritó.

Me quedé hasta la fecha prevista. No tenía autonomía. Nadie con quien hablar. Ni un céntimo. Mucho tiempo después, me pregunté por qué no me marché antes. Por qué no salía del piso sin él. Podría haber ido a pasear. Podría haber salido. Tenía quince años. Puedes dar unos pasos por la calle cuando tienes quince años. Me pregunté si tenía las llaves. No tenía las llaves.

Me acompañó a la estación.

Yo había decidido contárselo todo a mi madre. Lo pensé durante todo el viaje. El cielo era azul. El campo desfilaba al otro lado de la ventanilla. Había tomado una decisión. Estaba decidida. El tren avanzaba por el campo. Pasamos por estaciones. Lo tenía muy claro. Nos acercamos a Reims. Los raíles se entrecruzaban. Los frenos chirriaron. El tren estaba a punto de detenerse. Me puse el abrigo. Pensé que mi madre estaba allí, no muy lejos, en el vestíbulo, en el andén. Dos sentimientos contradictorios luchaban dentro de mí. La alegría de saber que iba a decírselo. El miedo a no poder hacerlo.

Cogí mi bolsa de viaje. Estaba de pie frente a la puerta del vagón, a punto de bajar. El corazón me latía con fuerza. Vi a mi madre a lo lejos. Caminaba hacia mí. Yo estaba decidida. Puse un pie en el andén. Sabía que no sería fácil y que ella no se lo podía ni imaginar.

–¿Cómo te ha ido?

–Así así.

–¿Y eso?

–Ha sido difícil.

–¿Qué ha sido difícil?

–Él. Él es difícil.

–Pero ¿qué en particular?

–Su carácter.

–Ah, lo sé.

«Lo sé» lo arruinó todo.

Las palabras me volvieron a bajar por la garganta. El nudo se rehízo. No continué.

Me fui a mi habitación en silencio. Saqué mis cosas de la bolsa y las guardé. Mi madre me reprochó que fuera tan desagradable y que desapareciera nada más llegar.

–Perdona, mamá, no me encuentro bien.

Lloré.

–¿Ha ocurrido algo especial?

Le expliqué lo de las llaves.

–Me dijo que no cierras la puerta cuando no estás en tu casa. ¿Te das cuenta de la mala fe que hay que tener? ¿Para decirme eso? ¿A mí?

–¿Ha sido así toda la semana?

Le conté, con la esperanza de poder seguir con lo que realmente quería decir, la historia de una botella de leche, que había olvidado meter en la nevera después de desayunar, y cómo me gritó él a mediodía, cuando llegó a casa y la vio en la mesa.

Cuando el tren llegó a Reims, yo estaba decidida. Le había dado vueltas durante todo el camino. Estaba completamente decidida. Sabía que iba a ser difícil. No pensé que me iba a venir abajo tan deprisa. Apenas había transmitido el mensaje de que nada era tan maravilloso como había pretendido hasta entonces. Desvié la conversación. No fui capaz.

En las raras ocasiones en las que me decidía a hablar, el más mínimo obstáculo reprimía el impulso. El más mínimo freno, la menor interrupción, la más mínima pausa me impedían continuar.

Tenía dos métodos de supervivencia, con dos objetivos opuestos. Me desgarraba entre los dos.

Hablar. Romper el silencio. Para eso, había que ver las cosas. Saberlas. Hacer que existieran en la mente. Representárselas. Apoyar las imágenes. Vivir con ellas. Encontrar las palabras que les correspondían. Expresarlas.

Callar. No tener imágenes en la cabeza, seguir fingiendo. No saber del todo, no tener miedo, no darle cuerpo a la inquietud, no darle forma a la sensación de haber desperdiciado mi vida. Que existía en ambos casos, y me causaba una enorme ansiedad. Había que apoyarlo, gestionarlo y controlarlo. En la solución «callar», la angustia se manifestaba cuando estaba con mi padre, en las acciones y los detalles concretos. Había que vigilar los gestos, negociar límites. Era una

preocupación del momento. El resto del tiempo podía tener la mente vacía, no pensar, no saber, o solo de forma rápida y fugaz.

Podía elegir entre las dos soluciones. Hablar o callar. Así que, cuando tomaba impulso para hablar, no había que interrumpirme. Había que escucharme, dejarme llegar hasta el final. De lo contrario, cambiaba de método.

Mi madre conoció a un hombre que no me gustaba mucho, aunque mi desagrado no se debía a ninguna razón específica. Después de cenar, cuando ya se iba, ella me pidió que fuera a recoger un libro de su coche. En el ascensor, él me besó en la boca. Lo dije cuando volví a subir.

–¿Estás segura? Me sorprende... ¿No sería un besito cariñoso? ¿Estás segura? Ivan es de origen ruso... Voy a hablarlo con él.

Al día siguiente me contó su conversación:

–Bueno, no es para nada lo que pensabas. Es lo que me imaginaba, te ve como a una hija, y como es de origen ruso, a veces besa a sus hijos en la boca. No tenía mala intención. Siente muchísimo que te lo hayas tomado así. Y me pidió que te dijera que no le interesan en absoluto las niñas de tu edad.

–Aun así, no me gusta.

–Estás en tu perfecto derecho, pero a mí Ivan me levanta el ánimo.

Este episodio disminuyó mis ganas de hablar.

Tenía otras maneras de sobrevivir. Lo que sentía no era un bloque sólido.

Todavía me quedaba un porcentaje importante de esperanza. Pensaba que las relaciones con mi padre podían cambiar. Que podía conseguir tener con él una relación normal. Que la posibilidad de un acuerdo mutuo era real. Tuve esa esperanza durante mucho tiempo. Contra viento y marea. Creía en la perspectiva de conocer a mis hermanastros.

No me hacía ilusiones. Sabía que la voluntad de mi padre se imponía, que no podía luchar contra ella yo sola. Era consciente de eso. Lo había entendido. Yo no estaba a la altura. Era demasiado duro. No daba la talla. Tenía que lograr que él estuviera de acuerdo, tenía que convencerlo. Sabía que sería difícil. Lo intentaba.

Un porcentaje importante de esperanza. Ausencia de ilusiones, y tentativas de convencerlo. Si no conseguía un acuerdo mutuo, me quedaba una última opción: conformarme.

Es decir: renunciar a la persona que yo era, aceptar convertirme en otra. Era mi última posibilidad. Estaba en el fondo de mi mente, en caso de fracaso. Si todo lo demás fallaba. Si no había otra salida. Aceptar no tener vida, aceptar que mi vida era un fracaso, adaptarme a la idea. Me decía a mí misma que no era tan grave. Era una última posibilidad. Para seguir viviendo si las otras vías no funcionaban. No era mi solución preferida. Era la solución desesperada. Pero no era el suicidio. No era la muerte. Implicaba un cambio radical de concepción en lo que había imaginado sobre mi persona y mi futuro, pero no era

el final. Era algo que uno podía esperar.

La esperanza contra viento y marea. La conciencia de que no podía luchar sola contra la voluntad de mi padre. La solución desesperada.

Navegaba entre esos tres bloques.

A partir de segundo grado, Jean XXIII sustituyó a Notre-Dame. Los sábados, los chicos esperaban a las chicas sentados en los sillines de sus motos. En el fondo de mi corazón, tenía la vaga esperanza de que uno de ellos se fijara en mí. Me decía a mí misma, sin saber por qué, que era imposible. Véronique tenía una nueva amiga. Las oía reír y decir nombres de chicos. Yo no podía competir. Me hice a un lado y me conformé con Fabienne. Que seguía siendo el chivo expiatorio de la clase.

Me sentía inferior tanto a las chicas de mi edad que salían con chicos de su edad como a las mujeres adultas que tenían relaciones con hombres, en pie de igualdad, con las mismas capacidades que ellos, en todos los terrenos, incluido el sexual.

Tuve una relación con el ingeniero químico de origen hindú que formaba parte del grupo de amigos de mi madre. Él tenía treinta años, yo dieciséis.

Estábamos desnudos en la cama; la luz se filtraba entre las tablas horizontales de una persiana enrollable, formando una línea punteada.

–¿Has hecho el amor antes?

Mi respuesta no fue muy clara, cosa que le pareció divertida.

–¿No lo sabes?

–En cualquier caso, soy virgen.

Sus manos rozaban mi piel, de la cabeza a los pies. Se detenía en las nalgas, los senos, los amasaba.

–¿No te han penetrado?

–La vagina, no.

–¿Fue con un chico de tu edad?

–Más mayor.

–¿Y no te penetró?

–No. Le pedí que no lo hiciera.

–Voy a meterte el dedo, muy suavemente, no tengas miedo… Hmm… Estás muy apretada. ¿Te hago daño?

–No, para nada.

Metió su sexo. Me dolió apenas un instante.

Una chica de clase organizó una fiesta en un palacete. Había una banqueta acolchada alrededor de toda la habitación. Luces tamizadas. Uno o dos proyectores de color colocados en el suelo. Esperaba que alguien me invitase a bailar. Gustarle a un chico de mi edad era una hipótesis que me hacía soñar. En torno a aquellos años, los dieciséis o diecisiete, la idea de que quizá el incesto no era ajeno a la imposibilidad que sentía me empezó a rondar la cabeza.

El fin de semana siguiente, vi a mi padre en París. Vino a esperarme

a la Gare de l'Est. Subí al coche y le dije:

–¿Estarías de acuerdo en pasar un fin de semana normal? ¿Al menos una vez, para ver si es posible?

–Claro.

Ya no me hacía ilusiones sobre el valor de su palabra. Pero tampoco me quedaba otro recurso.

Almorzamos en un restaurante escandinavo de los Champs-Élysées. Él leía el diario, desplegando las páginas delante de mí. Supongo que a la gente yo le parecía una niña con poca conversación. O con la que uno vive desde hace mucho tiempo, que está segura de que la quieren y no tiene motivos para sentirse desatendida.

–Voy a tener que ponerme gafas, ¿sabes?

Dejó caer el diario, con una expresión desbordante de ternura.

–Oh, Christou... Es culpa mía... Eso es culpa mía...

–No es culpa tuya, mamá también lleva gafas.

De regreso en el coche, me plantó la mano en la entrepierna.

–No cumples tus promesas. Nunca hacemos nada de lo que yo quiero.

Retiró la mano con gesto airado, la puso en el volante y arrancó.

–Te llevo de vuelta a la estación.

–¿Que me llevas a la estación? ¡No me vas a llevar a la estación!

–No tengo que aguantar tus reproches.

–He dicho que no cumplías tus promesas. Es una constatación. Eso es todo. No he dicho nada más.

–Eres hiriente.

No gritaba. Controlaba sus emociones. Conducía con seguridad. Con gestos precisos. Coherentes. Los bulevares, la calle de Rome...

–No me lleves a la estación, por favor.

Yo estaba llorando.

–La gente tiene sensibilidad, y tú la pisoteas. Deja de llorar, pareces una niña pequeña.

Esperé el tren en la parte del vestíbulo que daba a la calle de Alsace. Frente a los andenes había hileras de sillas de plástico naranja. Me quedé allí, sentada. Perdida, desconectada de la realidad. Sola. Tenía que esperar cuatro horas hasta que llegase el siguiente tren. No tenía nada que leer. No tenía dinero. No podía llamar por teléfono. Una corriente de aire circulaba entre la entrada por la calle de Alsace y las puertas de la explanada principal. El único objeto familiar en toda la estación era mi bolsa de viaje, a mis pies. Le hablé como a un ser humano. Le agradecí que estuviera ahí. Le conté mi angustia. Le dije que no era feliz. No hablaba en voz alta. Miraba la bolsa. Y pensaba las palabras.

Ya no recuerdo cómo justifiqué ante mi madre el haber regresado antes de tiempo. Quizá por el carácter difícil de mi padre.

Él volvió a llamar cuando le encomendaron una nueva misión en la Unesco.

–Ya verás, voy a tener más tiempo. Y estar en París será más agradable que la última vez.

–He conocido a alguien. Me gustaría presentártelo.

–¿Has hecho el amor con él?

–Sí. Es de Madrás. Es ingeniero químico.

–¿Es negro?

–Sí.

–¿Eres consciente de que un negro vale menos que un blanco en el mercado de amantes?

Desarrolló el razonamiento con el tono indiferente de una persona lúcida que solo está informando acerca de la realidad.

Para ir a casa de Marc había que coger el autobús y andar por calles vacías. A lo largo de las aceras desiertas, la frase «voy a ver a mi amante» me daba vueltas en la cabeza. Él me esperaba en casa. Las persianas estaban bajadas, la luz era una línea de puntos. Yo estaba en el dormitorio, tumbada boca abajo. Su sexo se adentraba entre mis nalgas.

–No. Eso no.

Me tumbé boca arriba. Entró en mi vagina. Tuvimos un orgasmo.

–Marc, me gustaría contarte algo. Pero tendría que quedar entre tú y yo.

–Claro.

–Ya sabes que conocí a mi padre hace solo tres años...

–Sí.

–Desde hace tres años, tengo relaciones incestuosas con mi padre.

–¿Lo sabe Rachel? ¿Se lo has dicho?

–No me he atrevido.

–¿Era él el hombre «más mayor»?

–Sí.

–¿Por eso tienes miedo cuando me coloco detrás de ti? ¿Te sodomiza?

–Sí.

–Tu padre tiene que parar ya. ¿Qué vas a hacer cuando te veas en la consulta de un psiquiatra?

–¿Por qué dices eso?

–Porque es muy peligroso para ti.

–¿Podrías decírselo a mi padre? ¿Que es muy peligroso, y que tiene que parar?

–Si quieres.

–Y se lo tengo que decir a mi madre, ¿verdad?

–Sí.

Años más tarde supe que Marc había ido a esperar a mi madre el lunes, a la salida de la oficina, y que le contó lo que estaba haciendo mi padre.

Esa noche, ella no me dijo nada. Cenamos. Vimos la televisión. Nos acostamos.

Durante la noche tuvo una infección de trompas e ingresó en el hospital.

Avisé a mi padre de que no podía ir a París, pero le dije que cuando acabara su misión, si pasaba por Reims al volver a Estrasburgo, podíamos vernos.

–Te presentaré a Marc.

Estábamos en casa de Marc, sentados a la mesa. Mi padre le preguntó por su trabajo. Hablaron un poco en tamil. Y después:

–Es absolutamente necesario que deje de hacer lo que está haciendo con Christine, es muy peligroso para ella y usted lo sabe.

–¿Quién le da derecho a hablarme así? ¿Quién es usted? Si Christine quiere modificar nuestra relación, no necesita un intermediario. Puede decírmelo en persona. Si es capaz de tener una relación con un hombre de su edad es que es capaz de tomar sus propias decisiones, ¿no le parece? Vengo a su casa a conocerle, y me encuentro en el banquillo de los acusados.

–Soy yo… quien le pedí a Marc que hablase contigo.

–Siempre he hecho lo que tú querías.

–No. Deja de decir eso. No es verdad. Tú lo sabes. Sabes muy bien por qué me llevaste a la estación la última vez. Y estaba triste.

–Yo también. Por eso estoy aquí. Podría haber vuelto directamente a Estrasburgo.

Había un cine de arte y ensayo en la plaza JeanJaurès. Vimos una película con Charlton Heston, *Cuando el destino nos alcance*. Mi padre estaba sentado a mi izquierda. Marc, a mi derecha. Marc me había cogido la mano. Mi padre se dio cuenta, me cogió la otra mano y la metió en su pantalón. Marc lo vio. Se bajó la bragueta y colocó mi mano en torno a su sexo.

Lo que yo sentía, sobre todo, era vergüenza. Una impresión de degradación, de perdición, de final de la vida. La ausencia de la más mínima esperanza. Una sensación de fracaso total. Miedo. Pensé que, a pesar de todo, tenía que encontrar una manera de vivir. Distinta a la que había imaginado. Pero aun así sería mi vida, hasta que mi cuerpo desapareciera de la superficie de la tierra. No quería suicidarme. Tenía que encontrar el modo de pasar el tiempo que me quedara en este mundo. Sabiendo que había perdido el control de mi vida, que mi futuro se había malogrado, que mi destino era irreversible. Marc, a quien había elegido como salvador, formaba parte del dispositivo de

mi padre. Pensé que el único poder que me quedaba era tomar nota de mi impotencia, aceptar la realidad, intentando conservar una ínfima zona de libertad. Como alguien que reconoce que no puede luchar contra las autoridades y se doblega. Me dije que mucha gente tenía que haber vivido lo mismo que yo a lo largo de los siglos. Que había tocado fondo y que, en mi caso, la solución de la desesperación, que a veces había contemplado, tomaba esa forma.

Tenía una preocupación adicional. No enfadar ni a Marc ni a mi padre. Quería tratar con cuidado ambas sensibilidades.

Al salir del cine hablamos unos minutos en la acera. Después, mi padre se marchó a Estrasburgo.

Pasé la noche en casa de Marc. Me despertó la luz del día, filtrándose a través de las persianas. Me levanté. Él se reunió conmigo en la cocina. Se sentó frente a mí. Algo en la parte superior de su cara me había molestado siempre. La frente ancha, cuadrada, el corte de pelo que acentuaba el efecto de rigidez.

–¿Podrías hablar con mi madre esta noche, cuando me lleves a casa?

–Claro.

–Pero no quiero estar en la misma habitación que vosotros mientras hablas con ella.

Ambos fingieron. Ella, de enterarse. Él, de ponerla al corriente. Porque ella ya lo sabía. Montaron un teatro como el que se monta para que los niños crean que Papá Noel deja los juguetes al pie del árbol. Arreglaron la escena para hacerme creer que se desarrollaba según el guión que yo había imaginado, y que se ejecutaba siguiendo mis indicaciones.

Se habían encerrado en la cocina y abrieron la puerta después de un lapso de tiempo razonable. Mi madre se acercó a mí y me abrazó.

Le escribí a mi padre que no quería volver a verlo, y que le había dicho la verdad a mi madre.

«Christine:

»Siempre he respetado tu voluntad, y acataré esta nueva decisión. Lo que le has contado a tu madre es muy serio. Me das una puñalada en el corazón. Voy a tener que recuperarme de esta herida. Mi decepción está a la altura de la alegría que sentí al conocerte: nuestro encuentro me hizo muy feliz, y ahora tengo la impresión de haberme equivocado contigo. No me cabe duda de que, con el tiempo, te darás cuenta del daño que me has hecho y de lo injusta que has sido.

»Aun así, espero que seas feliz y que la vida se acomode a tus deseos.

Papá.»

Mi madre no recurrió a la justicia. Podría haber denunciado una violación por ascendiente.

Para ella todo se concentró en la infección de trompas, de la que fue operada la noche después de que Marc hablase con ella; en los diez días de hospitalización que siguieron; en el impedimento de reunirme con mi padre en París que constituía la estancia en el hospital, puesto que tenía que quedarme con ella. Unos años más tarde, mi madre interpretó la infección como una protección inconsciente que me había brindado.

La palabra «incesto» no estaba en las leyes. El código penal no hablaba del acto específicamente. Estaba unido a las medidas sobre la violación, como circunstancia agravante. El vínculo de parentesco no era una infracción distinta. La violación era un delito. La jurisdicción competente era el tribunal correccional. El delito prescribía a los diez años de los hechos, o tras la mayoría de edad de la víctima.

Durante mucho tiempo pensé que había una parte de orgullo en el hecho de no poner una denuncia, de no pedirle nada a nadie, de arreglárselas sola, y que, para ella, había sido una forma de colocarse por encima de quien ha hecho daño.

Después, mucho después, en diferentes ocasiones, a veces anodinas, me di cuenta de que mi madre se negaba a defenderse cuando ella misma sufría una injusticia, y que parecía encontrar sosiego en el hecho de pasar página, sin reclamarle nada a nadie. Pensé que quizá había una relación entre esa actitud y algo que sucedió durante la guerra, después de que una compañera de clase la llamara «sucia judía». Le preguntó a su madre qué quería decir eso. Mi abuela le dio una carta para la profesora. Al día siguiente, mientras mi madre le decía algo a su compañera de pupitre, o cogía un bolígrafo que se le había caído al suelo, algo trivial por el estilo, la profesora la llamó: «Rachel Schwarz. Castigada de cara a la pared. ¡Por intentar que castiguen a tus compañeras!» Observé que cuando yo me interponía si alguien le faltaba al respeto o abusaba de ella, si le recomendaba que protestara, le invadía una especie de nerviosismo, de pánico, incluso de locura; sobre todo si insistía diciéndole que, puesto que ella no reaccionaba, iba a intervenir yo, iba a llamar por teléfono, a enviar un correo; si multiplicaba ante ella las soluciones, las ideas, las vías de recurso, las maneras de sublevarse. Pensé que el nerviosismo que se apoderaba de mi madre en esos momentos no podía responder a un mero problema de orgullo mal entendido. Que, por fuerza, tenía que haber algo más.

Mi padre siguió enviándole los cheques que había empezado a mandarle tres años antes. Ese pago no tenía la validez legal de una

pensión alimenticia. Mi padre no tenía obligación jurídica alguna. Él mismo había decidido la suma. Un juez de familia la habría calculado según sus ingresos, y habría establecido que el pago era obligatorio hasta el final de mis estudios. Mi madre tenía hasta el día en que yo cumpliera dieciocho años para recurrir a la justicia, de modo que se volviese a evaluar la suma y, en adelante, el pago fuera obligatorio.

–Que no. Nunca le he pedido nada y no voy a empezar ahora. Siempre nos las hemos arreglado, ¿no?

Para ella, era inconcebible pedir nada, ya fuese a la administración o a él. El contacto no se rompió. El cheque llegaba, y algunas cartas. Mensajes breves, espaciados. A los que yo contestaba.

Al mes siguiente de cumplir los dieciocho, mi madre dejó de recibir el cheque. Ya no era posible exigirle a mi padre una pensión alimenticia. La posibilidad de acción legal había expirado.

Yo consideraba la relación con Marc como algo que solo existía a falta de algo mejor. Cuando venía a buscarme al instituto, le pedía que aparcara lejos, para que no me vieran con un hombre de su edad. No se me pasaba por la cabeza que eso le convenía, porque yo era menor de edad. Estuve con él dos años. Lo veía los fines de semana. Tenía mi lado en la cama. Dormía a la izquierda, él a la derecha. Un día, mientras me acariciaba los senos, dijo:

–Tengo la impresión de que uno es más grande que el otro, ¿no?

–Ni idea.

–Supongo que tu padre acariciaba el izquierdo más a menudo. ¿No? ¿En qué lado se ponía? Supongo que la mayoría de las veces a tu derecha…

El comentario surgió mientras charlábamos. Lo dijo sin ninguna entonación especial. No me hice preguntas sobre lo que quería decir, ni sobre la intención con la que lo había dicho, ni sobre el desagrado que sentí al oírlo.

Lo achaqué a la trivialidad.

En la biblioteca Carnegie, adonde iba a preparar mi examen de bachillerato, conocí a un chico que me parecía muy guapo. Se llamaba Pierre. Era profesor de deporte en el ejército del aire. Estaba destinado en Évreux. Había nacido en Argelia y acababa de comprar un estudio en Cannes. En julio, me reuní allí con él. Recorrimos juntos la Costa Azul, desde la frontera italiana hasta el Estérel. Una torre panorámica dominaba la bahía. Le hice una foto en lo alto de la torre. Los ángulos de su rostro se recortaban contra el cielo azul. El puente nasal, el mentón, la curva de las cejas, dibujados a la perfección. Mechones de pelo volaban al viento.

El apartamento estaba completamente vacío, aparte de un amplio colchón y un teléfono, ambos en el suelo. La primera noche, tuve una pesadilla. Tenía la pierna atrapada en las fauces de un cocodrilo. Temía que me devorase entera. Me desperté gritando y me apreté contra él.

–No pasa nada. Estoy aquí. Cálmate... Shhh.

–He vivido cosas duras, ¿sabes? Tuve relaciones incestuosas con mi padre. Ahora todo está bien, ya acabó, no lo he vuelto a ver. Y creo que mucha gente no consigue escapar como yo, pero...

–Tu padre es un cerdo.

La facultad de Derecho estaba en las afueras, en una ciudad universitaria como cualquier otra. El viento empujaba papeles por las aceras, las bolsas de basura estaban reventadas y las rayas de plástico amarillo de los pasos de peatones estaban despegadas y se enroscaban como zarcillos en la calzada. Iba en autobús y bajaba en la estación anterior para llegar a pie, atravesando las zonas verdes. Una senda recorría el camino entre una hilera de arbustos y la protección de una colina. Oí pasos cada vez más rápidos detrás de mí. Una mano me tocó las nalgas. Terminé el trayecto sin aliento. Sin atreverme ni a correr ni a pararme. Pensé que el que fuera podía estar todavía detrás de mí. Miré mi reloj de pulsera con cara de preocupación y apreté el paso para que el tipo pensara que llegaba tarde.

Hacía cosas así. Adoptaba actitudes. Comportamientos dedicados a ocultar lo que sentía. Fingía sentir algo o tener alguna preocupación. Cuando me invadía una emoción intensa, la contradecía gracias a alguna estrategia. No eran muy elaboradas. Se me ocurrían de manera instintiva. Era consciente de su ineficacia. Las usaba por reflejo. No era algo ni meditado ni controlado.

Algunos estudiantes discutían con los profesores de igual a igual. Sobre todo los chicos. Sobre temas de los que nunca había oído hablar. Estaba segura de que iba a suspender. Una compañera de trabajo de mi madre tenía un hijo en tercero. Si necesitaba alguna información, le podía preguntar. Lo veía en la biblioteca, lo saludaba con una sonrisa tímida. Una tarde me vio en la parada del autobús. Me llevó en su coche. Subimos a mi casa. Hicimos el amor. Nos preguntamos si volver a vernos o no.

–De verdad, nunca he visto a una chica desnudarse tan deprisa.

Me parecía imposible salvar la distancia entre la impresión que daba y la persona que era. Pensé que en el terreno sexual no sabía cómo comportarme, y que las explicaciones que tal vez se pudieran dar no estaban a mi alcance.

Después, me crucé con él varias veces en los pasillos de la facultad. Nos saludábamos con un movimiento de cabeza.

Yo me consideraba común y corriente, insignificante. Compraba ropa de manera frenética con el dinero que mi madre me daba todos los meses. Acababan de abrir una tienda al final de la calle de Vesles donde los precios eran especialmente bajos. Según mi madre, habría sido mejor que me comprase una sola cosa de mejor calidad.

Me gustaba leer. Ir al cine. Escuchar música. Sobre todo, canciones. No estaba muy al corriente de la actualidad política. No leía los diarios. No me interesaba nada en concreto. Cuando me preguntaban

si había algo que me apasionara, contestaba que no. No sabía qué quería hacer exactamente. Viajar. Quizá vivir en el extranjero. Soñaba con trabajar para alguna organización internacional. Quería presentarme a los exámenes de ingreso. Mi padre me había advertido de la dificultad. Si suspendía, contaba con aprobar los de la función pública. O trabajar en una empresa como jurista.

En los exámenes de final de año, quedé en el puesto dieciséis de setecientos. Recobré la confianza en mí misma. Siempre estaba con Pierre. Organicé la relación poco a poco. Hacíamos el amor por la mañana. Prefería que me viese con el vientre plano. No me gustaba desnudarme después de comer. Estuvimos juntos cuatro años. Poco antes del final, me reprochó:

–Has convertido nuestra relación sexual en algo aséptico.

Tenía ganas de conocer a alguien diferente. Alguien más cercano a mí y a mis intereses. Un estudiante.

En la cafetería veía a un chico que trabajaba en su tesis sobre derecho internacional. Su risa metálica traspasaba los ruidos de la sala. Con su pelo largo y sus ojos dorados, se parecía un poco a Clint Eastwood. Me sentía inferior a él en todos los aspectos. A veces me sentaba a su mesa. Teníamos una amiga en común que se llamaba Dominique. Organizó una fiesta en su casa. Cuando llegué, él me cogió de la mano para bailar conmigo. Me hizo girar, me apretó contra su cuerpo y me besó en la boca. Me aparté:

–Has bebido demasiado.

Y volví a mi casa.

Unos años antes, había llamado por teléfono al hijo del director de tesis de mi madre para que me informara sobre la carrera de Ciencias Políticas. Nos vimos en su casa. Tenía cientos de discos. Escuchamos música. La conversación fue apasionada. Después, le dije a mi madre:

–Qué pena que sea feo.

–Ah, no, a mí me gusta ese estilo de hombre, alto, delgado. Claude tiene presencia.

Sobre el aspecto físico de mi padre, ella siempre había dicho que no concordaba con los criterios de su época en materia de belleza masculina. Pensé que Claude entraba en la misma categoría, y empecé a mirarlo con otros ojos.

Todo se decidió antes de fin de año.

Por casualidad, durante una manifestación, entre la multitud que llenaba la plaza de Erlon, lo reconocí de espaldas y le di un golpecito en el hombro. Había dejado Ciencias Políticas. Estaba haciendo los exámenes para ejercer como profesor de inglés en la enseñanza secundaria. Empezamos a vernos. Íbamos al cine. Asistíamos a

espectáculos. Hablábamos durante horas sentados en algún café. No estaba segura de que me gustase. Pero su silueta, su manera de andar y su voz me parecían agradables. Me acompañaba a casa, y a veces subía. Una noche, se acercó a mí y dijo:

–Te quiero.

–No hay que decir cosas así.

Hicimos el amor.

Cuando una relación era importante, contaba lo que había pasado con mi padre. Nunca estuve mucho tiempo con nadie sin decírselo. Utilizaba las mismas palabras. Al haberlo dicho una vez, era capaz de repetirlo. Algunas personas lo sabían, otras no lo sabían. Eso no cambiaba mucho las cosas. Unos pensaban que yo estaba bien, porque no lo había contado, y otros, que estaba bien porque lo había contado. Contarlo nunca fue una meta. Al principio, fue una manera de ayudarme a no volver a ver a mi padre. Luego se convirtió en una transición forzosa.

Dominique presentó en la Sorbona su expediente para el diploma de posgrado. Yo también. Nos admitieron. También a dos amigos nuestros, Joël y Véronique. Las clases empezaban en octubre.

Claude y yo pasamos las vacaciones en Grecia. Me hizo una foto a la llegada del barco. Sonreía apoyada en un olivo, inclinando la cabeza a un lado. Llevaba una camiseta de color malva. Había adelgazado. Se me notaban los huesos del escote.

De regreso, caminamos sobre las hojas muertas hablando de nuestro futuro lejano. Nos dijimos que nos gustaría caminar así, una al lado del otro, toda la vida. Decidimos casarnos. El ayuntamiento publicó las amonestaciones. La fecha fijada era el 30 de enero.

Pensé: «Tengo que ser muy fuerte, muy equilibrada. He vivido un incesto, de acuerdo. Pero no me ha destruido. Llevo bien los estudios. He conocido a alguien. Le quiero. Nos vamos a casar. El incesto se acabó, se terminó. Caso cerrado. He conseguido escapar. He salido del atolladero. Tengo mucha suerte.»

Tenía veintidós años. Ya había sido varias personas. La niña sin padre de Châteauroux. La niña maravillada de haberlo conocido. La que no le decía a nadie lo que estaba viviendo en realidad. Un descarrilamiento. Mi vida se había detenido. Ahora volvía a empezar.

Mi vida volvía a empezar. ¿Cuál? ¿La de antes? ¿Antes de mis trece años? ¿La que tendría que haber vivido si no hubiera ocurrido eso? ¿Y dónde volvía a empezar? ¿Donde se había detenido? ¿Era posible? Me sentía bien. Me sentía libre. Ya no veía a mi padre. Eso era bueno para mí. Era bueno. ¿Era definitivo? ¿O pasaría el tiempo y volvería a verlo en otras circunstancias? ¿Había renunciado a volver a verlo? Yo

estaba bien. Respiraba. Pero ¿dónde estaba? ¿Quién era? ¿En qué vida me encontraba? Respiraba. Era libre. Estaba bien. Pero no había nada esencial. No hacía nada esencial.

Las clases empezaron a mediados de octubre. Llegábamos a la Gare de l'Est. Cogíamos el metro y el RER, o un autobús hasta la plaza de Luxembourg. Joël me dijo desde el asiento de detrás del mío:

–¿Cuál sería la profesión de tus sueños?

–No tengo ninguna. ¿Y tú?

–Crítico de cine. ¿Te das cuenta? Es increíble. Te pagan por ver películas. ¿Te imaginas?

–No lo veo muy realista. Las críticas le interesan a muy poca gente.

Durante la semana que precedió a la boda, no pude dormir. La víspera llamaron a un médico de urgencias. Me inyectó un somnífero. Dormí unas cuantas horas. Durante todo el día siguiente, me repetí que era el día más hermoso de mi vida.

Alguien nos hizo una foto cuando inauguramos el baile. Yo llevaba un vestido de seda blanca, con tirantes, con un estampado irregular, más o menos dorado, y zapatos de tacón blancos. Claude, un traje de Cerruti y pajarita.

La mayoría de los invitados eran amigos nuestros. Había algunos miembros de la familia. Los padres de Claude, mi madre y André, su marido; la más joven de mis primas, que era mi testigo, y mi abuelo.

Mi padre estaba al corriente. Creo. Supongo que pensé que debía saberlo. Supongo que le escribí para decírselo.

Poco tiempo después, empecé a sentirme mal. Sufría insomnio. Desórdenes de alimentación. Comía muy poco. A veces, una manzana en todo el día. Contaba el número de calorías en los paquetes. Miraba mi delgadez en el espejo. Ir a París en tren y aguantar hasta la noche me cansaba. Muchas veces, al llegar a la estación, me preguntaba por qué no cogía el tren en dirección contraria.

Una mañana me detuve al principio del andén.

–No voy con vosotros.

Joël se plantó delante de mí. Alto, recio.

–Te has levantado esta mañana, has subido al tren... Has hecho lo más difícil. Venga, vamos.

No me moví.

–¿Qué te falta? Un viaje corto en metro. Venga, ven. Vamos a pasar un buen día. Te vas a alegrar de haberte quedado. ¿Vienes?

–Estoy demasiado cansada.

Esperé el tren de vuelta en una de las sillas de color naranja, frente a los andenes, en la parte del vestíbulo que daba a la calle de Alsace. En el sitio donde, siete años antes, había hablado con mi bolsa de viaje.

La vez siguiente, fui a clase. Fui una o dos veces más. Unas semanas después, me sucedió lo mismo en los pasillos del metro.

–¿Te das cuenta de cuánta gente querría estar en tu lugar? Solo aceptan veinte expedientes al año. Y el tuyo es uno de ellos. No puedes dejarlo así. No puedes.

Joël estaba plantado delante de mí, con una mueca de desaprobación.

–Te lo advierto, si lo dejas ahora no te van a admitir el año que viene. ¿Qué vas a hacer? ¿Quedarte en casa? Solo te quedan marzo,

abril y mayo. Solo tienes que aguantar tres meses más. Eso no es nada. Venga. Vamos.

–No puedo dormir. Hace cuatro noches que no pego ojo.

–¿Y sabes por qué no duermes?

–Más o menos.

Al principio, estaba contenta de quedarme en casa. Había un cojín enorme en un rincón del salón. Leía hundida en él. Escuchaba letras de canciones con los ojos cerrados. Tenía la esperanza de quedarme dormida. La idea de que el teléfono pudiera despertarme me daba vueltas en la cabeza. Me levantaba. Lo desconectaba. Comprobaba que la puerta estuviera cerrada con llave. Adquirí la mayoría de mis hábitos en aquella época. Desconectar el teléfono. Comprobar que la puerta está bien cerrada. La hora de acostarme. Mis fobias alimentarias.

No hacía nada en la casa. No sabía poner la lavadora. Comprar la cena me angustiaba.

Leía. Iba de aquí para allá. Entraba en la cocina. Cogía una manzana. La mordía. Caminaba despacio por las habitaciones. Lloraba de vez en cuando, diciendo en voz alta:

–Estoy cansada... Estoy cansada...

Los días eran largos. Tenía un nudo en la garganta de la mañana a la noche. La puesta de sol era el momento más difícil. Temía la caída de la noche. Acechaba el regreso de Claude desde la ventana. Íbamos a comprar algo para cenar. Yo no sabía qué comprar. Dudaba. Quería que fuera bueno. No quería engordar. Salmón, huevos, verduras, pescado. Postre. No sabía qué quería. Cuando estaba sola, no me lo preguntaba. O bien comía cualquier cosa, o bien no comía nada. Una manzana en todo el día. Dos huevos duros. Llegué a pesar cuarenta y un kilos.

Tenía reacciones incontrolables. Una vez, en la plaza de Erlon, tiré al suelo las lonchas de jamón cocido, envueltas en su papel, que acabábamos de comprar. Me dolía el vientre. Me quedaba petrificada en la acera. No podía caminar. Me escondía detrás de una columna para llorar. O me tumbaba en el suelo bajo las arcadas. Ya no comía. Ya no dormía. Ya no podía hacer el amor. Ya no podía vivir.

Una vez, cuando Claude se estaba despidiendo de mí en la puerta porque iba a pasar unos días fuera de Reims, me dijo mirándome a los ojos y cogiéndome las manos:

–Si me pasa algo, quiero que sepas que mi último pensamiento habrá sido para ti.

Años más tarde me confesó que, cada vez que volvía a casa, se preguntaba si me iba a encontrar viva. Yo nunca pensé en suicidarme.

Si la idea me venía a la cabeza, sabía que no iba a hacerlo. Quería vivir. Estaba cansada. Triste. No tenía ganas de nada. Nada me interesaba ya. Había perdido las ganas de hacer el amor. Cuando Claude me penetraba, mi vagina se contraía. Me dolía. Parábamos. A veces llorábamos. Pensaba que nadie, salvo él, podría quererme ni soportarme. La mayoría de las chicas que conocía seguían buscando al hombre de su vida. Yo me decía que lo había encontrado. Me sentía privilegiada. Pero pensaba que quizá habría preferido que él fuese diferente, más atractivo.

Íbamos a casa de mi madre y de André para que nos mimaran. Las sobremesas se eternizaban. En la mesa había toda una serie de platitos. Purés, pasteles, galletas, queso. Tras un postre venía otro. Chocolate con el café, más tabletas de chocolate, un resto de mermelada, frutos secos. Una caja de pastelitos de la que no se habían acordado. Yo me atiborraba. Íbamos a sentarnos al salón. Ellos en una esquina, yo en la otra. Jugaban a las cartas. No me gustaban los juegos de mesa. Los miraba sentada en un sofá, hojeando periódicos. Seguía picoteando. Iba y venía entre el salón y la cocina. Después, tenía la impresión de haberlo pasado bien.

Al día siguiente, mi madre me llamaba por teléfono:

–¿Has dormido mejor esta noche?

–Mamá. Deja de preguntarme lo mismo. No. Claro que no.

–Qué lata.

–Sí, eso.

Un médico que me gustaba y en quien tenía confianza me hacía preguntas sobre la estructura de mis noches y me recetaba medicamentos. Iba a la farmacia que había debajo de mi casa. Un día me despachó la propietaria. Leyó la receta y alzó los ojos hacia mí.

–¿Qué edad tiene?

–Veintitrés años.

–La voy a mandar a trabajar en mi jardín. Verá qué bien duerme después.

Sentí un chorro de fuego que subía por mi garganta. Me dije: «Ah. Esto es el odio.»

Lo único que me levantaba el ánimo era ir de tiendas. No pensaba en nada. Me probaba vestidos. A veces, Claude me acompañaba. Los comentaba con las vendedoras mientras yo me cambiaba. Ellas lo encontraban atento y paciente. Formaban parte de nuestra vida cotidiana; eran para nosotros una bocanada de oxígeno. Había una tienda donde uno podía comprar o no comprar, probarse ropa y quedarse allí durante horas. La gerente se interesaba por mí:

–¿Cómo va la búsqueda de empleo? ¿Ha encontrado algo?
–Todavía no.
–Pero con sus diplomas…
–Lo malo es que no tengo experiencia.
–¿No le interesaría Air France? La formación corre a cargo de la empresa…
Yo estaba inscrita en la oficina de empleo. Leía las ofertas. Enviaba mi currículo. Me citaron en Berck para un puesto de gestión en un hospital. Di un paseo por el malecón preguntándome cómo sería vivir allí. El cielo estaba gris. Pero había mar. Y horizonte. El viento de frente me ceñía la falda a los muslos. El hospital estaba delante de la playa. Me recibió una mujer. Luego me volvió a acompañar al vestíbulo:
–Necesita más experiencia…
Me presenté a los exámenes de Hacienda, de la Seguridad Social, de la Dirección Regional de Cultura. Cuando solo contrataban a una persona, quedaba segunda. Y cuando contrataban a varias, quedaba justo por debajo del límite.

No sabía juzgar ni los acontecimientos de mi vida, ni mis sentimientos, ni los de los demás. No entendía lo que estaba viviendo. Veía lo que me faltaba. Lo que no vivía. Sabía que tenía que solucionar un problema. No sabía cómo solucionarlo. Me preguntaba si podría ocurrir algo que cambiara el curso de mi existencia. No me sentía viva. No sentía que estuviera viviendo. Estaba como dormida. Como anestesiada. Me preocupaba mi salud, con la que más o menos me las arreglaba, siempre con un nudo en la garganta. Me daba pena la joven que era. Me parecía que mis veintitrés años no lograban salir a la luz.
Mi médico sabía que había tenido relaciones incestuosas. Unas semanas más tarde, durante una consulta, le pregunté:
–¿Cree que debería ver a un psicoanalista?
–Sería muy buena idea.
Escribió rápidamente un nombre en un papel y me lo tendió.
–Tome, es un excelente profesional, me ha resuelto situaciones terribles.

Un domingo por la mañana, poco después de empezar el psicoanálisis, tras una noche difícil, llamé a mi padre. Contestó una voz femenina.

–Angot. Dígame.

–¿Está Pierre, por favor?

La voz gritó:

–Papá...

Era la primera vez que llamaba a su casa.

–Sí, dígame.

–Soy Christine.

–¿Cómo estás?

–Con ganas de matarme.

–No digas cosas horribles. ¿Qué pasa?

–Pasa que ya no consigo vivir, que no duermo, que me gustaría que me dieran un martillazo en la cabeza; así, por lo menos, dormiría. No puedo más. Estoy agotada. No lo consigo... He tenido que dejar de estudiar. Ya no consigo hacer nada. Nada...

–No sé qué estudiabas, nunca me consultaste...

–Un diploma de posgrado en Derecho social, en la Sorbona. Muy difícil de obtener. Ya no lograba estudiar. Estaba todo el tiempo agotada. Estoy muy mal. He perdido quince kilos.

–Deberías ver a un médico.

–¿Qué crees que hago? Voy de médico en médico. Y a ti, ¿te ha ido bien durante todo este tiempo? ¿Qué tal va tu familia, tu domingo? ¿Estás pasando un buen domingo con tu querida familia? ¿Están contentos? ¿Están bien? ¿Cómo les va la vida?

–Cálmate, por favor. ¿Cómo te va con tu marido? Porque te casaste...

–Menos mal que lo tengo a él. Es la única persona que me alegra el día.

–No puedo seguir hablando por teléfono. Todos empiezan a preguntarse qué ocurre. ¿Me puedes llamar mañana al despacho?

–Te llamo hoy porque he pasado una noche horrible, una más, para que sepas las consecuencias de lo que hiciste. Eso es todo.

–No digas tonterías...

–¿Tonterías? ¿Tonterías? ¿Cómo te atreves? He tenido que empezar a hacer psicoanálisis. Voy tres veces por semana. Es duro, muy duro. Y caro. Me has hecho mucho daño. Mucho. Eso es lo que quería decirte. Para que lo sepas. Me quiero morir. Y quiero que lo sepas. Que es culpa tuya.

–Deberías tener cuidado, ese tipo de tratamiento no le va bien a

todo el mundo, y puede perjudicar mucho a algunas personas.

–Oh, claro, ahora resulta que lo malo es el psicoanálisis.

Colgué de golpe, estrellando el auricular contra la base.

Por esa misma época, Dominique y su compañero nos invitaron a su casa. También vino un amigo de ellos, que estudiaba veterinaria en Maisons-Alfort.

Al llegar, Claude dijo:

–No nos quedaremos hasta muy tarde, Christine se acuesta temprano estos días.

–¿Sigues con problemas para dormir?

–Sí.

–Oh, verás como se arregla con las vacaciones... Bañarse, pasear, comer, hacer el amor, todo eso... te va a sentar bien.

Aparenté con una sonrisa la complicidad requerida. Me sentía proscrita en el grupo de las mujeres cuando una de ellas mencionaba la sexualidad. Tenía la impresión de ser una niña pequeña. Pensaba que en el aspecto sexual no tenía nada que ofrecer. Que me habían arrebatado una parte de mi vida. Muy en el fondo, tenía la vaga esperanza de que no fuera algo definitivo.

Dominique había hecho una fondue saboyana. Llegó de la cocina con una cacerola que colocó en la mesa. El amigo que estudiaba veterinaria estaba sentado frente a mí. No sé cómo empezó. No fui yo quien sacó el tema. Pero él la emprendió con violencia contra el psicoanálisis.

–Menuda broma... Y pensar que hay gente que se lo cree...

–Hay personas a las que les va bien...

–Los psicoanalistas no tienen una formación reconocida. Cualquiera puede colgar una placa. En realidad, los que lo hacen son individuos con problemas.

–Algunos son médicos.

–En las oposiciones de medicina, psiquiatría está al final de la clasificación. Y los psicoanalistas son el poso de la botella.

–¿Y qué solución hay para la gente que no está bien?

–Encuentros. Trabajo. Amor.

–¿Y si eso no basta?

–Bueno, entonces... No es culpa mía que su vida sea una mierda. Si necesitan a un psicoanalista para arreglarla, no la arreglarán nunca.

–Yo empecé mis sesiones la semana pasada.

–Pues si necesitas eso para salir de apuros, no saldrás jamás.

–¿Te has acostado alguna vez con tu madre?

–No, ¿por qué?

–Ah, es por eso. Por eso no lo entiendes. Porque yo sí. Yo me he acostado con mi padre.

Se sentó en el suelo del pasillo, con la cabeza entre las manos. El compañero de Dominique se sentó con él. Hablamos unos minutos con ella y nos fuimos.

Bajamos la escalera entre risas.

–El ambiente se ha ido al cuerno, desde luego.

Ya en casa, pusimos música y vimos la película que habíamos grabado esa noche. Charlábamos. Reíamos. De pronto tuve una visión retrospectiva de la escena, de las palabras que había dicho. Me eché a llorar.

–En realidad, es horrible hablarle así a la gente.

Al cabo de unos meses de psicoanálisis, me matriculé en los cursos de posgrado en la facultad de Reims. Mi tesis trataba sobre la imputabilidad de los crímenes contra la humanidad en derecho internacional. Me enamoré de un estudiante. Tuve una breve aventura con él. Vivía con alguien. Yo también, pero, a mi entender, era cosa de mi inferioridad, mi incapacidad de estar con alguien que no fuese Claude. Soñaba con separarme de él. Me decía que me tenía enjaulada, que podía desplegar las alas, vivir, echar a volar. Estar con alguien que me gustara. Intentaba poner en marcha mi vida. Hacía listas de lo que cada uno se quedaría cuando nos divorciásemos. Renunciaba a la idea, como uno renuncia a los sueños. Tenía tanto miedo de quedarme a su lado como de perderle. Llevaba unos meses escribiendo. Había empezado una novela. El título era *Mélodrague*.[1]

Estábamos desnudos en la cama un domingo por la mañana cuando Claude me dijo:

–La verdad es que tenemos un problema de pareja, y ya no podemos hacer el amor.

–Estás exagerando. Ayer me acariciaste, me tocaste. ¿Eso no cuenta? ¿Eso no es nada para ti? ¡Si no me penetras, no cuenta!

–No te estoy acusando. Sé que hay momentos en los que no puedes. Pero yo no consigo dejar de repetirme que a lo mejor es culpa mía. Y que si estuvieras con otra persona no te pasaría.

–Claude, tienes razón en que tenemos un problema de pareja, pero no estoy de acuerdo en achacarlo todo al sexo.

–Hace semanas que no soportas que te penetre. Por suerte me dejas tocarte, lamerte, me dejas hacerte caricias superficiales, pero cada vez que intento penetrarte, te pones tensa. Rígida. Lo noto. Tengo la impresión de que hay señales de «prohibido el paso» parpadeando por todo tu cuerpo.

–En este momento es así, perdóname. Si no lo soportas, ¿para qué ha servido que me acompañaras al médico el otro día? Lo explicó con claridad, ¿no? Que tengo una irritación en la entrada de la vagina, y que duele. ¿Perdió el tiempo explicándolo? Te dijo que era temporal.

Te dijo que era un problema nervioso, que yo estaba estresada en este momento, pero que nervioso no quiere decir irreal, te dijo que el dolor era real.

–Siempre estás estresada. ¿Para esto nos conocimos? ¿Para vivir así? ¿Para resolver problemas, sin sentirnos nunca felices, sin reír, sin estar nunca a gusto el uno con el otro?

–¿Cómo puedes decir eso? Estamos bien el uno con el otro. Me siento a gusto contigo.

–Yo también estoy bien contigo. Y sé que a lo mejor las cosas cambian. Sé que puedo reírme contigo. Sé que puedo ser feliz. Sentirme tranquilo. En este momento, o bien estás irritada, o bien estás cansada. Cada vez que doy un paso por el parqué tengo miedo de despertarte y de estropearte el día, porque no habrás dormido lo suficiente. Siempre tengo miedo de decir o de cometer una torpeza.

–No es culpa tuya que yo no pueda vivir con nadie, Claude. No tiene nada que ver contigo. No es culpa tuya que cuando tenía trece años mi padre me despertase por la noche, porque...

–Si nada puede hacerte feliz, no sé cómo seguir. Me pone demasiado triste. Ya no puedo soportarlo.

–Sé que los dos nos sentimos desgraciados. Cada vez que empezamos a besarnos y acariciarnos, y que hablamos, terminamos llorando. Yo también estoy harta. Toda mi vida sexual es así, pero para ti puede ser diferente.

En el siguiente curso académico, Claude consiguió un puesto en la Universidad de Niza. A mí me admitieron en el Colegio de Europa de Brujas. Quise aprovechar la distancia para separarme de él. Pasé las vacaciones en España. Sola. Me acosté con un profesor de vela. Pensé que mi vida sexual iba muy bien.

Después llegué a Brujas. Ciento treinta estudiantes de veinte nacionalidades distintas preparaban los exámenes de acceso a las administraciones europeas. Había fiestas todos los fines de semana. Se formaban parejas. Un italiano venía a buscarme los domingos. Íbamos a pasear a Ostende o a Zeebrugge. Los días laborables, la biblioteca estaba llena. Todo el mundo trabajaba mucho.

Yo releía mi manuscrito. Empecé a sentirme desfasada. A llamar a Claude todas las noches. Vino a verme en febrero. Completamos la lista de lo que cada uno se llevaría tras la separación. Cuando Claude estaba en la puerta, con el abrigo puesto y la bolsa al hombro, para regresar a Niza, le dije:

–Espera. Voy contigo. De todos modos no trabajo lo suficiente, voy a suspender los exámenes. ¿Puedes dejarme en Reims?

–Tengo doce horas de carretera por delante.

–Pero está de camino...

–Date prisa.

Recogí los enseres de todo un año en unos minutos. Escribí una carta para el director del Colegio. Se la di a una estudiante canadiense con la que me había cruzado en la sala del desayuno.

–¿Le puedes dar esto al director? Me voy. Vuelvo a Francia. He escrito un libro. Me gustaría que lo publicaran.

Claude me dejó en Reims. Mi madre pasó a máquina mi manuscrito. Lo envié a varias editoriales.

Hacía diez años que no había visto a mi padre. Le escribí. En la carta le decía que estaba mejor, que era mi padre, que me importaba, y que me gustaría que tuviéramos, por fin, una relación de padre e hija. Contestó. Estaba de acuerdo. Nos citamos a medio camino entre Reims y Estrasburgo. Les dije a Claude y a mi madre que mi padre aceptaba la idea de tener una relación normal conmigo, y que iba a Nancy a verlo. Ambos expresaron sus dudas. Contesté que me sentía fuerte.

El café estaba en una calle angosta, que descendía hacia la plaza Stanislas. Para acceder a la sala había que bajar unos escalones. Me senté frente a la puerta. Le vi entrar.

–¿Cómo estás?

–Muy bien. He hecho un curso en el Colegio de Europa...

–Es una escuela excelente, en el Consejo tenemos muchos administradores que vienen de allí.

–Lo he dejado. Porque he escrito una novela.

–Eso es fantástico. ¿Se la vas a enviar a algunos editores?

–Ya lo he hecho.

–Ah, entonces estás esperando respuestas...

–Sí.

Mi padre había reservado dos habitaciones en un hotel. Puso mi bolsa de viaje en el asiento trasero de un Peugeot 604 azul, me abrió la puerta delantera y se sentó al volante.

–¿Qué tal estás con tu marido?

Conducía con seguridad. Como de costumbre.

–Ahora vive en Niza. Nos hemos separado. Pero sigue siendo la persona de la que más cerca me siento. Tengo una confianza absoluta en él.

–Eso es poco frecuente en una pareja. ¿Por qué os separáis? Es una pena...

–Pasamos momentos difíciles cuando estuve enferma. Nuestra relación se estropeó. Y como no soy muy sensual, nuestra relación física se volvió complicada.

Él volvió la cabeza para mirarme.

–Entonces uno es menos sensual a los veinticinco que a los quince...

No contesté. Tenía miedo. Me daba cuenta de lo ingenua que había sido, de que no tendría que haber ido a Nancy, de que él me recordaba la función sexual que me había atribuido y que siempre había sido una hija de segunda categoría.

Mi padre recogió las llaves en la recepción. Me acompañó a mi habitación. Estaba muy excitado. Me rozaba los labios, los oprimía con los suyos. Me decía palabras de amor, acariciándome los muslos y las nalgas. Me introdujo el extremo de su sexo en el ano.

–No tengas miedo. Relájate. Estás demasiado tensa.

–Espera –le dije.

Me tumbé boca arriba. Con los brazos abiertos, sin resistencia. Pensé: «¡Mala suerte! Estoy harta de intentar discutir. No sirve de nada.» Me vine abajo. Ya no creía en nada. Me sometí a la realidad. Quería que fuera claro y definitivo. Que ya no hubiera nada que

proteger, ningún límite que vigilar. No tener que enfrentarme otra vez a mi fracaso. Mi vida amorosa estaba echada a perder. Lo sabía. No había nada más que hacer. Un poco más o un poco menos no era otra cosa que una diferencia de grado. Ya no sentía interés por mí misma. A mi parecer, yo ya no tenía importancia. Estaba tumbada de espaldas. Ya no tenía nada que perder. Ya no tenía miedo. Participando en mi propia negación, tenía la impresión de participar en mi vida. Mi vida tal como era, no en mis sueños, sino en realidad. Tal y como se imponía a mí, con los hechos. Pensé que más valía tomar nota de ellos con lucidez, que asistir al fracaso repetido de los medios de los que me valía para intentar escapar de ellos. Sentía indiferencia hacia mí misma, hacia mi vida, hacia mi futuro. Eso me entristecía. Estaba triste. Pero ya no tenía importancia. Puesto que cualquier otra cosa era imposible. Puesto que aquello era inexorable. Ya no tenía argumentos que oponerle a mi padre. No los buscaba. Tenía veintiséis años. El argumento de la virginidad, pertinente trece años antes, ya no lo era.

–Lo prefiero así. No mucho rato, por favor.

–Eres maravillosa, Christou... No voy a eyacular. Entro y salgo.

Apoyando la rodilla en el colchón, cogió su sexo y lo introdujo en mi vagina. Hasta el fondo. Duró unos segundos. Sentí una especie de corriente eléctrica, o la hoja de una espada entrando en mi cuerpo. Ya no tenía la impresión de ser yo. Tenía la impresión de estar en una especie de vacío. De haber dejado atrás mi persona. Me sentía muerta. Ya no necesitaba buscar energía para vivir. No era desagradable. Estaba triste. Por dentro, lloraba. Pero, por lo menos, mi fracaso era algo claro e indiscutible. Me había librado de la obligación de hacerme respetar. No tenía ni que respetarme a mí misma. No tenía que proteger mi persona, mi ser, mi integridad, mi cuerpo. Todo eso. Mi futuro. Mis oportunidades.

–Quiero que salgas ya, me da miedo que eyacules.

–Déjame un poquito más.

Tras unos cuantos vaivenes adicionales, sacó la hoja de la espada.

Su cuerpo rodó de lado.

–Te he echado de menos. Estaba triste.

–Quería unas relaciones normales. ¿Qué otra cosa podía hacer, salvo no verte? Aquí tienes la prueba.

–Me traicionaste. Me clavaste un puñal en el corazón.

–No tenía otra solución.

–Pero nos hemos vuelto a encontrar. Ya no vamos a separarnos. Dime, ¿te sigue gustando París?

–Me encanta París.

–Estaba harto de alojarme en hoteles, así que compré un apartamento pequeño en el distrito XVII. Puedes quedarte en él

cuando quieras, a condición de que me avises con tiempo. A los niños también les gusta ir allí con sus amigos. Y yo también voy muy a menudo. Por ejemplo, la semana que viene estaré allí para la Feria del Libro.

Era un apartamento de setenta metros cuadrados, en el sexto y último piso de un edificio de estilo Haussmann, en la esquina de la calle de Courcelles y la calle Cardinet.

La Feria del Libro se celebraba en el Grand Palais. Mi madre y André estaban en París ese fin de semana. Nos cruzamos con ellos entre dos stands por casualidad. Nos enseñaron lo que habían comprado. Hicimos lo mismo. Mi madre parecía contenta de que la vieran con André, su marido, profesor de universidad. La conversación fue fluida. Las sonrisas, amables. Mi padre con la cabeza erguida, los hombros echados hacia atrás. Hablamos unos minutos. En la intersección de dos pasillos, mi madre y André se fueron por uno, y nosotros por el otro.

–El compañero de tu madre es muy simpático.

–Su marido. Sí, es muy agradable.

–¿Sabe lo que pasó entre tú y yo?

–Sí.

–Para mí es muy incómodo encontrarme con ellos así y saber que conocen nuestra relación.

–Tenía que decírselo. De todos modos, no saben que hemos vuelto a empezar.

Durante la primera época, la de las violaciones entre los trece y los dieciséis años, siempre quise contarlo. Pero durante esta época, la de ahora, era diferente. Me reprochaba a mí misma haber escrito la carta y haber ido a Nancy. Me sentía responsable. Y me avergonzaba no haber conseguido que tuviéramos una relación normal. No quería que Claude o mi madre me acusaran de ingenuidad. O peor aún, que pensaran que la decisión había sido mía. Era un fracaso definitivo. Todo había terminado. Ya no veía un motivo para decir algo. Ya no tenía la más mínima esperanza. Consideraba la situación como si fuera una muerte. Lo que había sucedido en Nancy, y que continuaba en París, como un final.

Al día siguiente, mi padre regresó a Estrasburgo.

Yo podía quedarme en París unos días más. Al marcharme, tenía que darle las llaves a la portera. Consideraba el apartamento como un buen botín. Y mi capacidad para sacarle provecho, un talento. Me gustaba ver mi nombre en el timbre y en el buzón, y mi cara reflejada en el espejo del ascensor. Me sentía orgullosa de mi habilidad para explotar los aspectos materiales de la situación. Por la noche, llamaba

a Claude por teléfono. No tener que pagar la llamada me parecía una forma de compensación, o de venganza, que me permitía a mí misma. Nuestras conversaciones siempre giraban en torno a la posibilidad de que me reuniera con él en Niza, aunque siguiéramos separados.

Había una panadería en la esquina. Compraba pan y dulces. Suficientes para que no me faltaran. Me costaba mucho dejar de comerlos. Cuando no me quedaban, me angustiaba.

Al atardecer, me acodaba en el balcón que daba a la calle de Courcelles y miraba con ojos de propietaria los apartamentos de enfrente, las calles de los alrededores y el sol que se ponía al oeste.

Cuando llegué a Niza, decidí llevar un diario íntimo. Compré un cuaderno de formato escolar. Mi madre y André vinieron a vernos en abril.

Domingo 7 de abril

Decisión de llevar un diario. Porque el año pasado me resultó muy difícil acordarme de Semana Santa. Almuerzo con mamá y André en L'Assiette Champenoise. Claude y yo acabamos de poner fin a nuestra primera separación. El reencuentro no está claro. No sabemos si es provisional, transitorio, o definitivo.

Hoy ha sido un día fantástico. Almuerzo en SaintJean-Cap-Ferrat. Visita al paseo marítimo. Después vamos a Beaulieu en el Talbot negro. Veintisiete años antes, había sido el último destino en la historia de amor entre Pierre y mamá. En la capilla de Villefranche, me siento rara pensando que habían estado allí juntos, y que ella estaba embarazada.

Miramos los barcos que entran y salen del puerto desde el apartamento que mamá y André han alquilado, frente al mar. André prepara algo para picar a pesar de que no tenemos hambre. Luego nos despedimos. No nos vamos a ver en mucho tiempo. Un tiempo indefinido. Les doy un beso, les sonrío. En la calle, grito. Lloro. Sensación de asfixia. Es la primera vez que me separo por completo de mamá. Nunca más viviremos en la misma ciudad. Me digo que se va a morir, que ya es un hecho, que ya la he perdido. La adoro. Pienso en mi padre, a quien adoro de una manera diferente. Esta noche, él me parece menos esencial. Otros días, lo es todo.

Regresamos bordeando la costa en el Talbot negro. Claude me consuela. Por la noche, hacemos el amor. La sensación de haber roto con mi madre me da un impulso de vida. Hacemos el amor como si Claude y yo estuviéramos juntos, hombre y mujer, por primera vez.

Lunes 8 de abril

Día festivo. Lo pasamos en la cama. Intervalos de amor y de pereza. Descubrimiento del juego. Importancia de los dedos de Claude en mis pechos. Sus dedos largos, tan bellos.

Abstinencia de alimentos, como penitencia por haber dejado que mamá se fuera. Por la noche, me muero de hambre. Paseo del brazo de Claude por las calles peatonales. Pizza. En el camino de vuelta, helado y galleta de mantequilla.

Miércoles 10 de abril

Muchos días sin mi padre. Mi querido Pierre.

Cena en casa de Maryse, una compañera de Claude. Me crispa todos los nervios. Esa falsa manera de interesarse por mí, de decirme que los editores se van a rifar mi primer libro, solo es un modo de atraer burlas, ridículo y dudas sobre mí misma. Durante una conversación, digo que sería capaz de cometer un crimen pasional. Se quedan sorprendidos. En el amor hay odio, ¿no? Maryse contesta que cada uno ama a su manera.

Por la noche, tengo una pesadilla. Al día siguiente, me siento encerrada en mi vida.

Jueves 11 de abril

Estoy convencida de mi mediocridad. Más valdría que buscara un trabajo parecido al de los demás. ¿Escritora? ¿A quién espero convencer? Soy una nulidad de mujer. Para colmo, ni siquiera soy feliz. Quiero ser normal. Hijos, pasteles los domingos, casa limpia y agradable, familia. Se lo propongo a Claude. Contesta: «No. Tienes talento, eres una artista, así que sigue. Yo no soy un creador, soy un mero consumidor de arte, la frustración me vuelve loco.»

Quiere que disponga de los medios para publicar, para convertirme en escritora o continuar siéndolo, sin preocupaciones materiales. Estudia de lo lindo para conseguir una cátedra; se acercan los exámenes de las oposiciones.

Vivimos en una casita en Mont-Boron. Un dúplex, por mi necesidad de libertad. Yo en el primer piso, vistas al mar, techos altos, paredes blancas. Él en la planta baja, jardín verde. Es la casa de una escritora, comprada con sus derechos de autor. Nos la alquila su hijo, escultor.

Viernes 12 de abril

El mundo es mío. He empezado este diario. Euforia.

Bajo a pie de Mont-Boron. Doy un rodeo por el puerto, con el Estérel anclado a lo lejos.

Velada genial. Claude me enseña las fotos que hizo en Villefranche. Hay una que me gusta mucho: camino entre los barcos riendo, con aspecto feliz. He ganado peso. Pero mi cara está bien.

Me presta dos francos para llamar por teléfono a Pierre, a quien dejé por él hace cinco años. Una cabina en la plaza Garibaldi. Marco el número. Quedamos para el día siguiente en Nice-Étoile, en la librería de la Fnac.

Me cuesta trabajo dormir. Me aprieto contra Claude. Paso frío por la noche.

Sábado 13 de abril

Claude me lleva en coche a Nice-Étoile. Subo a la Fnac, pido el *Diario* del abate Mugnier, que presentaron ayer en el programa

Apostrophes. Veo llegar a Pierre. No ha cambiado. Pelo muy corto. Atractivo. Un rostro que se hace notar, que llama la atención. Salimos. Buscamos un restaurante.

–Vamos a Cours Saleya.

Mi ensalada exótica es bastante mala, pero tengo que perder un par de kilos. Me gustaría abrocharme la falda sin contener la respiración.

Almuerzo distendido. Paseo de los Ingleses, cuerpos bronceándose en la playa. Una adolescente con un traje de baño de una pieza, de espalda abierta, de color negro, corre por la playa. La sigo con la mirada.

Pierre me lleva en coche a Cannes. ¿Me va a llevar de vuelta esta noche, o mañana?

En Juan-les-Pins, pasamos por delante de restaurantes llenos de recuerdos. No sé calificar lo que siento. ¿Turbación? ¿Indiferencia? ¿Regreso del amor?

La Croisette, plaza de Noailles. Cenamos en La Torche. Él no ha vuelto aquí con nadie más. Es un poco como nuestra casa. En la calle de Antibes, me coge del brazo. Me habla mucho de su novia. Parece ser una relación difícil, complicada. «No tengo suerte con el amor», dice. Con la mano en torno a mi cintura. La mía en su brazo. Reímos como antes. Música, recuerdos, palabras. La boca. El beso.

Hacemos el amor muy bien. Sin embargo, no me siento hermosa. Me penetra, y me siento trastornada. No duermo en toda la noche. Dice que siempre me ha querido, y supongo que yo también a él. Es feliz. Mi primer amor verdadero. Pero Claude...

Domingo 14 de abril

Desayuno en Cannes, tocando el cielo. Amor. Preguntas no expresadas. Miro el mar desde el balcón de su nuevo apartamento.

Lágrimas cálidas. Me rodean.

En el coche de regreso a Niza: saber que él tiene una erección permanente cuando está conmigo, ¿es una prueba? ¿Una prueba de amor? Según él, sí. ¿Vivir juntos? ¿Un hijo? Me deja delante de la verja de la casa. Quedamos en que yo le llamaré.

En mi tumbona, bajo el sol, pienso en él. Me emociono. Me siento atravesada de parte a parte.

Las cinco de la tarde, Claude vuelve de la playa. Su cara triste. Triste y solitaria. Lo contrario del deseo. Hago comparaciones. Con él puedo tener discusiones intelectuales. Tengo miedo de que me deje, auténtico terror. Quedarme sin trabajo, sin dinero, mis manuscritos sin mérito bajo el brazo.

Avergonzada, me quedo dormida a su lado, con los pies sobre sus piernas. Sin sexo, por compasión.

Lunes 15 de abril

Un baño casi frío. Ganas de escribir. Sol en el jardín.

Me obligo a levantarme de la tumbona para ver si hay correo. Nada.

Bajo al piso de Claude para recoger mis discos y demostrarle que, incluso de un piso a otro, ya no tenemos nada que compartir. Según él, me ama con pasión. Eternidad asegurada. Para mí, un lastre.

Pienso en Pierre todo el día. Un poco en Claude. En mi padre. En otros hombres. En Christophe, un momento. En Patrick, relegado. En Michel, de quien no queda rastro.

Martes 16 de abril

Claude tiene unos días de vacaciones antes de los exámenes. Me pesa su presencia. Se ha afeitado la barba. Hago como si no lo notase. Simplemente, es feo. Más tarde, le aconsejo que se la deje crecer otra vez.

Con el correo, una carta de mi padre: dice que soy incapaz de asumir nuestro amor. Qué feliz se debe de haber sentido cuando ha recibido mi carta. Ha sido un retraso de correos, llegó a pensar que me había muerto. El único con quien la renuncia no contaría, el único a quien debo renunciar. Momentos de intensa desesperación me han hecho pensar en vivir con él.

Fin de los enamoramientos, de todas formas ya previsto.

Sola en mi dúplex con vistas al mar. ¿Una vejez solitaria? Todo eso acabará atrapándome.

Al final del día, película con Romy Schneider en la tele.

Al acabar la tele, crisis nerviosa, lágrimas. Claude, su cara. Ambiente insoportable.

Les ha hablado de mí a sus alumnos de la Escuela Técnica Superior. Les entusiasma la idea de conocerme, de conocer a la escritora, aunque no haya publicado mis libros.

Me siento rara. La mujer (o exmujer) del profe.

Miércoles 17 de abril

Despertar tenso al lado de Claude. Sufre. Siente una pena terrible. Lo mantengo alejado de este diario. No quiero hacerle revivir por escrito lo que está siendo tan duro para él.

Telegrama de mi padre: quiere que nos encontremos en Tende. Prefiero Niza a esas montañas hostiles. Le llamo. Llega el viernes.

Ojalá conociera a su copia exacta. Sin lazos familiares conmigo. La felicidad tiene derecho a existir. ¿Qué le cierra el paso?

Jueves 18 de abril

Claude hace el primer examen de sus oposiciones.

Sola en casa. Tareas domésticas.

Viernes 19 de abril

Limpieza del cuarto de baño. Me lavo el pelo. Lectura interrumpida por golpes en la puerta de madera a las dos de la tarde. La casa le parece «muy meridional». Apenas llega, me hace el amor. Dice que he sonreído. No me siento bien. Algo no funciona. Solo me interesan las conversaciones. No encuentro su cuerpo deseable. No como el de Pierre, o el de Claude. Temo decepcionarlo.

Le hago escuchar una canción. La letra es mía; la música, de Claude. Salimos a la caída de la tarde. Necesita una bullabesa.

En la planta baja, la luz se filtra entre las contraventanas. Saludo muy cálido por parte de mi padre. Mano tendida por parte de Claude. Es la primera vez que se encuentran. ¿Quiénes son? Cada uno en un sofá, yo en el sillón, entre ambos. No cuento. Claude está a la altura. ¿Por qué lo trato como si estuviera por debajo de los demás? Siento vergüenza. No sabe lo que pasó en Nancy.

Subo al coche de mi padre, aparcado delante de la verja. Un paseo a pie por el centro antiguo de Niza. Cena en Los Caracoles, tres estrellas Michelin. Mi padre ha tenido una idea: su familia tiene un edificio pequeño en Laval, en la Mayenne. Hay un local en el bajo. Yo podría abrir allí una librería.

A la vuelta, luz en el piso de Claude. Doy unos golpecitos en la ventana. Nos abre. Pone un disco de los Stranglers. Conversación. Familiaridad. Hablamos de impugnaciones. Por la tarde habíamos hablado de vidas rotas.

Sábado 20 de abril

De espaldas a la colina, en lo alto de la ciudad, con el mar a lo lejos y un muro bajo bordeando la carretera, digo que no puedo continuar así. Después de Brujas le había escrito para tener, de una vez por todas, una relación normal con él. Veo que no es posible. No quiero seguir en esta situación. Tengo relaciones falsas con todo el mundo. No le digo la verdad a nadie. Ya no puedo más. Estamos de pie, junto al murete.

–O bien dejamos de vernos definitivamente, o, si así son las cosas, si es cierto que no puedes evitarlo, nos vamos a vivir juntos. Donde sea. Puesto que dices que no puedes hacer otra cosa que...

–No es tan sencillo.

Almuerzo rápido en Cours Saleya. En otras mesas, chicos con los que no puedo estar.

Domingo 21 de abril

Por la mañana, al despertar, se acerca a mí. La cama cruje. Yo no me siento bien. Lloro. Me lo reprocha. De repente, en un flash, lo veo como un monstruo. Se lo digo.

No le hace gracia. Ninguna. Se enfada. Quiere que me calle. No

admite la visión del monstruo. Se va a Carcasona sin mí. No me da dinero. Coge su bolsa de viaje y dice que volverá la semana que viene.

Temo que me abandone si ya no me «entrego».

Bajo al piso de Claude, deshecha en lágrimas.

–Tenía que llevarme a Carcasona. Pero se va.

Claude sale de la casa.

Mi padre mete su bolsa en el maletero. Le dice a Claude que le decepciona que yo no olvide mis problemas de trabajo ni siquiera tres días. Claude grita. Le lee la cartilla. Desde donde estoy, no lo oigo todo.

Mi padre sube al coche y se va.

Almuerzo con Claude en el jardín.

Le hablo de Laval, de la idea de la librería. Lloro. Lo miro:

–Todo ha vuelto a empezar, ¿sabes?

–Lo sé.

Bisagra vital.

–Os he oído. La cama crujía.

–Cerdo. Ahora tienes un derecho sobre mí. Si lo oíste, ¿por qué no subiste?

Lunes 22 de abril

La noche de insomnio amenaza con estropear el año de estudios. Claude hace el examen de redacción. Tema: Woolf. Los mundos interiores.

Dormimos en el piso de arriba. Los dos. En mi cama. Hacemos el amor fingiendo suciedad: yo, puta ficticia; él, instrumento. Fantasías, somos tres, somos cuatro, hay una chica de pechos grandes. Me quedo dormida.

Tengo que decirle a mi padre que Claude lo sabe, para que esto acabe de una vez. Temo que me abandone.

Martes 23 de abril

En la cama hasta las dos de la tarde. Me siento inútil. Me siento mal.

Miércoles 24 de abril

Tardo en levantarme de la cama. Me siento gorda e inútil. Me digo que la sociedad ha cometido un error al no ponerme a su servicio. Resultado, camino individual, la escritura. El aislamiento. Es duro.

No puedo hablar con nadie. La compañía telefónica retrasa la instalación de la línea desde hace semanas. Le digo a la empleada que es una pared. Una pared que me dice «porque es así».

Jueves 25 de abril

Me peso. En la balanza, dos soluciones: dieta o régimen razonable.

Por la noche: dos yogures, dos manzanas, una naranja.

Viernes 26 de abril

El tren a Tende sale a las 16.30. No tengo ganas de ir.

Mañana productiva con Claude.

Llevamos muebles de un piso al otro. Objetivo: que el mío sea más agradable, porque él se pasa la vida allí; y anular su solicitud de un teléfono, porque nunca está en la planta baja.

Un paseo por las calles peatonales. Un anuncio en un escaparate: Néréides busca vendedora. Entro. La gerente estará allí el lunes o el martes. Hay pocas posibilidades. De todos modos, acortaré la estancia en Tende para ir a la entrevista.

Claude me acompaña a la estación. Estoy nerviosa. No quiero ir.

18.24: llegada a Tende.

Mi padre me recibe con una luminosa sonrisa. He decidido no volver a hacer el amor con él, nunca más, le digo. Está claro, es definitivo. ¿Lo resistirá su amor por mí?

Después de dejar mis cosas en el Hotel Impérial, paseo por las calles del pueblo.

Cena en el restaurante, ambiente familiar de montaña. Regreso al hotel. Intento no marcar demasiado la diferencia con cómo ha sido hasta ahora. Enciendo la tele mientras me quito la ropa delante de él. Me meto en su cama para ver la tele. Él no quiere ver nada. Sus caricias me molestan, tengo la impresión de que prueba, tantea en busca del límite para cruzarlo. La rodilla, el muslo, la ingle, un gesto lleva a otro. Le digo que pare. Está triste. Se siente desgraciado. No grita. Tengo la impresión de descubrir a un ser frágil, que carece de valentía, ingenuo en el ámbito de la vida.

Domingo 28 de abril

Despertar desagradable. No voy a su habitación. Está disgustado. Y pensar que en Niza solo habrá una cama. Tengo miedo de las caricias soportadas. Prisa por reunirme con Claude.

Volvemos por carreteras de montaña. Odio las montañas. Él se empeña en visitar La Brigue y Saorge. Digo que no. Tengo náuseas. Vamos de todos modos. Le dejo dar sus paseos.

Regresamos a Niza pasando por Italia.

–Es para darte una alegría, yo estuve en Italia la semana pasada –dice.

La costa azul y verde. Quiere ir a un restaurante junto al mar. Voy a sitios elegantes. Saboreo platos deliciosos. Me cuesta disfrutar de esos momentos. Si tuviese dinero, todo esto lo haría con Claude.

Llegamos. Claude está en su tumbona.

Lunes 29 de abril

Entrevista humillante en Néréides. No hago más que entrar y salir. Paseo de los Ingleses en busca de empleo en un hotel. Mi padre quiere que sea experta en el sector inmobiliario. Todo lo que digo es forzado. Todo.

Por la noche, los tres en el restaurante. Él, Claude y yo.

De regreso, me acuesto haciendo un esfuerzo junto a mi padre. Quiero dormir sola. Acaricia mi sexo con el suyo. No aguanto más. Crisis nerviosa. Para mi padre, debe de ser la primera. Estoy demasiado mal, no puedo quedarme. Me parece muy amable por su parte que me dé permiso para ir a dormir al piso de Claude, en su cama individual.

Bajo la escalera.

Claude me hace pasar. Es tierno. Me aprieto contra él.

Martes 30 de abril

Mi padre se va. Abandono. ¿No ha podido soportar la crisis nocturna? ¿No me sirve de nada, como él dice? ¿O es por no haber hecho el amor, como yo creo?

Miércoles 1 de mayo

Pongo una bonita mesa en el jardín, al sol. Me visto con una blusa grande y blanca. Claude está maravillado. Por la tarde, vienen de visita unos alumnos suyos. La idea me gustaba. Al final, me aburro.

Jueves 2 de mayo

Un día espantoso. Bulimia gigantesca. Ganas de suicidarme. Pero ¿cómo? ¿Huelga de hambre para protestar contra todo lo que no va bien?

Situación desesperada.

Echo de menos a mamá.

Salgo.

Viernes 3 de mayo

Estoy fuera de juego en la búsqueda de empleo. Incluso tengo miedo de que me ofrezcan un trabajo. Me considero inútil. Las circunstancias han acabado con mi confianza.

Acostumbrada a los primeros puestos desde primaria, ahora simplemente pienso en dejarme morir.

En el programa del día, dieta y esperar al técnico de la compañía telefónica. De momento, atribuyo a la falta de teléfono las citas profesionales que no se producen, el aburrimiento, los nervios de punta, la soledad. El tipo llega por fin.

–Ya es la tercera cita, ¿sabe?

Hago una mueca. No sabe que todos los días no consigo suicidarme.

Me hace fumar marihuana. Es la primera vez que lo hago. Vamos a mi habitación. Me acuesto con él. Es ridículo. No me gusta. Mucho músculo, un rostro bastante delicado.

Llego a la conclusión de que, si estoy obligada a vivir, necesito un motivo. El mejor sería la publicación de *Mélodrague*. Pero no creo que ocurra. Es como un sueño de niña un poco tonta.

Quiero a Claude. El amor debería ser una razón suficiente para vivir. ¿Creo en mi amor?

Vuelve cansado. Velada agradable.

Tenemos el fin de semana por delante.

Sábado 4 de mayo

Sigo mi dieta con éxito. Nos quedamos mucho tiempo en la cama. Hoy no aprecio mucho las caricias. Estoy preocupada.

Me levanta el ánimo con respecto a la literatura. Cree en mí.

Salimos. Llueve. En la Fnac, hablo con el responsable de la librería. Simpático. Me da algunos nombres de editores para que les envíe mi novela. Compro tres libros. Claude hojea ejemplares discretamente en un rincón.

Me pruebo anillos y alianzas. He perdido la mía.

Por la noche viene Maryse a casa. No saco nada de la conversación. Qué aburrimiento. La alegría de acostarnos juntos, y de poder despertar juntos el domingo.

Domingo 5 de mayo

Tras algunas caricias, y de un «pues claro que te van a publicar», hacemos el amor.

Invito a Claude a almorzar en Villefranche. Llevo un kimono rojo que compré ayer, y que me ilumina. Hoy estoy guapa. La gente me mira. Claude se siente orgulloso.

Lunes 6 de mayo

El día se presenta largo. Doce horas sola. Fuera, llueve.

Martes 7 de mayo

Amor al despertar. El pantalón de Claude, hecho una pelota en el suelo, recuerda los primeros tiempos. ¡No, son nuevos tiempos! Se lo pone para llegar a tiempo a la facultad.

Todo había empezado bien. Yo había tenido un orgasmo, él había

comenzado a acariciarme otra vez. Entonces se dio cuenta de que me estaba tocando el clítoris, y levantó la sábana diciendo:

–¿Qué haces, te estás masturbando?

Me habla de su madre, una mujer castrante. Se salió con la suya, él sigue fuera de lugar. Pero saldremos adelante.

Miércoles 8 de mayo

Pelea por teléfono con mi padre. Dice que la distancia física le incomoda, pero que no me echa tanto de menos desde que ha vuelto a sus estudios.

Viernes 10 de mayo

Al despertar, me siento rara. Algo no funciona. Tengo la impresión de que vuelvo a hundirme en la vida de pareja, con un empleo de vendedora como perspectiva. ¿Qué espero?

Martes 14 de mayo

Crisis nerviosa por la noche. Le reprocho a Claude su inmovilismo, y la rutina con la que carga. Lo echo de la cama. Se va. Y vuelve.

Por la mañana, no lo oigo levantarse. Solo el ruido del coche, alejándose.

Sábado 18 de mayo

Noche breve. Amor perfecto.

Domingo 19 de mayo

Otro día maravilloso. Vamos a estar juntos toda la vida. No nos cabe duda.

Lunes 20 de mayo

Las cosas se estropean.

El tipo de la compañía telefónica viene de visita. Se lía un porro. Me pasa el humo, pegando su boca a la mía. Me siento débil. Hacemos el amor. No tengo un orgasmo. Quiere volver a verme, parece enamorado.

Cuando regresa Claude, me alegro de verlo. Había decidido ocultarle lo ocurrido, pero le digo la verdad. ¿Por qué? Porque es más práctico. Por incapacidad. O para sentirme libre. Me trata de chica fácil.

–Yo creo en la fidelidad –dice.

Llamo a mi padre para preguntarle si está mal ser infiel. Somos seres cercanos, semejantes, a veces idénticos. Sé que va a decir que no.

Mamá, por teléfono:

–Estás evolucionando, deja que el tiempo haga su trabajo.

Le paso a Claude, para que lo tranquilice.

Miércoles 22 de mayo

Primer día de trabajo. En Cagnes-sur-Mer, en una empresa de formación. Con calma, me aburro. Con calma, no hago nada. A mediodía, playa. Vuelta a la oficina. Luego, por fin, Claude viene a recogerme.

Viernes 24 de mayo

Mala noche. Y estaba tan contenta de que llegara el fin de semana.

Llantos, crisis, desánimo. Soy asocial. Por eso el trabajo no me hace feliz. Quería ser escritora.

Miércoles 29 de mayo

Dirección en el muelle Deux-Emmanuel. Llamo a la puerta de Le Clézio. Una voz de mujer pregunta:

–¿Quién es?

–Vengo a dejar un manuscrito para el señor Le Clézio.

Entreabre apenas la puerta, veo un poco su cara. Pálida, mayor, sosa, piel blanca.

–No sé si tendrá tiempo para leerlo.

–De todas formas, lo dejo.

Envío otras tres copias por correo a tres editores. ¿Cuándo tendré respuesta?

Viernes 31 de mayo

Fuera, un día cálido y hermoso.

Por la noche, *Apostrophes* en la tele.

Sábado 1 de junio

Entrevista con la señora Bosc, abogada, que me ofrece un puesto si trabajo mucho por un salario miserable. Perspectiva de certificado de aptitud profesional como abogada. Acepto.

A las 12.45, en el correo, una carta de Niza. No puede ser Le Clézio, no tan pronto. Controla tu orgullo.

La abro. J. M. G. Le Clézio. No la leo de inmediato. Me siento primero.

Gritos, júbilo.

Es el día más hermoso de mi vida. Paseo por Cannes, en las nubes. Orilla del mar. Salgo del coche gritando de alegría.

Domingo 2 de junio

Despertar maravillado junto a Claude. Soy escritora. Ahora lo sabemos los dos. Él creyó en mí desde la primera página. Hacemos el amor en la cama. Como ayer. Etapa feliz. Tiempos prósperos.

Escribo a Le Clézio para expresarle mi agradecimiento. Le digo que, por supuesto, puede llevar mi novela a Mercure de France, como

propone.

Martes 4 de junio

La Fnac necesita empleados temporales para el verano. Podría trabajar ahí.

Miércoles 5 de junio

Escribí la fecha, pero la página está en blanco. El diario acaba ahí.

He llevado este cuaderno a todos los sitios donde he vivido. A veces lo releía. Sentía vergüenza y compasión por la persona que había sido. Guardaba el cuaderno en el sótano, o en lo alto de un armario.

Mucho tiempo después, cuando habían pasado los años y Claude y yo estábamos separados, ya no lograba dar con la coherencia que guardaban entre sí algunos acontecimientos. Me perdía con las fechas. Ya no sabía qué había ocurrido antes de qué. Me preguntaba si él se acordaba de detalles que yo había olvidado. Ya no teníamos contacto. Yo me había mudado a París. Él vivía con otra persona. Yo también. Le volví a ver en un entierro. Llovía. Sostenía un paraguas abierto sobre la cabeza. Iba todo de negro. Con una mascarilla quirúrgica. Solo se le veían los ojos. En los que me había abismado tantas veces. Cuando regresé, le dejé un mensaje diciéndole que me alegraba de haberle vuelto a ver. Y, unas semanas después, que me gustaría mucho hablar con él. Quedamos en llamarnos por teléfono una tarde, a eso de las siete.

–¿Puedo preguntarte una o dos cosas sobre la época de Niza? Niza, mi padre, etcétera. Vino dos veces, ¿no?

–Eso creo.

–¿Qué recuerdas tú?

–Uh...

–No te preocupes. Es solo para comparar mis recuerdos y los tuyos. Las fechas, la lógica de los hechos, la secuencia. La cronología. Nada más. No quiero hablar de cosas complicadas ahora mismo. No te preocupes. Fechas, cronología, eso es todo. Hay algo que no entiendo entre dos acontecimientos. O bien me equivoco de fecha, o pasó algo que he olvidado. Vino dos veces a Niza, ahí estamos de acuerdo...

–Eso creo. Tengo un punto de referencia porque la primera vez que vino, yo me presentaba a las oposiciones. Sí. Lo recuerdo. Volví de los exámenes y tu padre estaba allí. Desde uno o dos días antes. No sé. Vivíamos en la casa de la calle Urbain-Bosio. En la casita. Tú, en el piso de arriba. Yo, abajo. Vinisteis los dos a verme. Creo que fue la primera vez que nos encontramos. Sí, eso es. Me lo presentaste. Hablamos del examen de traducción. Y creo que hablamos de una palabra en concreto...

–¿Era el examen que acababas de hacer?

–Sí. Hablamos de una palabra, *hopscotch*. Que quiere decir «rayuela». No sabría decirte más sobre la conversación en este momento. Te puedo hablar de mi sensación, eso sí. Pero no de otros elementos de la conversación.

–¿Cuál era tu sensación?

–¿Mi sensación?

–Sí.

–Me sentía como un niño. Intimidado. En varios aspectos. Primero,

intelectualmente. Yo era un lingüista modesto e insignificante comparado con él. Que hablaba treinta idiomas. Algo así. Pero también como hombre. Me sentía menos masculino que él. Me hizo una pregunta. Que cómo pronunciaba yo *dance*.

–Sí, recuerdo muy bien que te preguntó eso.

–Dije «dains». Se echó a reír y dijo «ah, estos americanistas...». Y pronunció «dans».

–Lo recuerdo a la perfección. Muy muy bien.

–Y me di cuenta de dos cosas sobre ti. Una, que te habías puesto unos zapatos de tacón. Unos zapatos... elegantes. Dos, que llevabas maquillaje. Lápiz de labios y sombra de ojos. Cosa muy rara en ti. Me dije: «Se ha puesto más femenina para su padre.» Tres, vi una clase de mirada entre vosotros que me pareció cargada de significado. Una clase de mirada que nunca había visto en ti, que noté entonces. Duró muy poco. De todos modos, después salisteis a cenar.

–Te acuerdas muy bien.

–Me acuerdo de pocas cosas. Pero sí de las cosas intensas, violentas. Sí. No lo recuerdo todo, pero sí algunas cosas violentas y...

–Quizá deberías hablarme de ellas otro día. No hoy. No puedo oír hablar de cosas violentas en este momento. Voy a acostarme pronto, me voy a la cama temprano, y no quiero tener eso en la cabeza.

–Lo entiendo.

–Háblame solo de la sucesión de las cosas, por el momento. En Niza yo tenía veintiséis años..., ¿él vino en abril?

–Sí, y unos quince días después vino por segunda vez.

–Eso es. Fuimos a Tende.

–Puede ser.

–Sí, Tende. Luego volvimos a Niza. Se marchó desde allí. Y tú le dijiste algo, ¿no? ¿Fue esa vez, o la anterior?

–No le dije lo que tendría que haberle dicho. Pero hablé con él. Iba hacia el coche y lo pillé abriendo la puerta.

–¿Recuerdas qué coche tenía?

–¿Uno azul? ¿O negro? ¿Un Peugeot azul grande?

–¿Qué le dijiste?

–Estaba enfadado. Le hablé con violencia. Aunque no le dije lo que tendría que haberle dicho. Le dije cosas violentas. Ya no recuerdo qué.

–¿No recuerdas nada de nada?

–Le dije que te hacía sufrir.

–Vale. Gracias, Claude. De verdad. ¿Podemos volver a hablar, llamarnos otra vez? ¿No te molesta?

–Cuando quieras.

–Me alegro de haber hablado contigo. Gracias. ¿Te va todo bien? ¿Qué tal en la facultad?

Hablamos unos instantes más. Luego colgamos.

Tras la visita de mi padre a Niza, el contacto entre ambos se redujo a llamadas telefónicas. Hablábamos de sus investigaciones de lingüística, de mis envíos a editores y de la calle Cardinet. Me había dado un juego de llaves. Tenía la impresión de disfrutar de las mismas prerrogativas que sus otros dos hijos. Las guardé mucho tiempo. Incluso después de que se vendiera el apartamento y se cambiase la cerradura.

Yo seguía sin publicar. Mi último manuscrito contenía una alusión al incesto. Una frase breve. En la última página. No desarrollé el tema. Le envié el texto a mi padre. Me habló de él por teléfono, un día que yo estaba en la calle Cardinet.

–Tienes estilo propio. Eso es bueno. He notado una o dos cosas...

–Sí.

–En la escena en Ámsterdam, escribes «Uno vive, elige, se va». Puedes elidir el sujeto: «Vivimos, elegimos, nos vamos.»

–Por qué no.

–Y deberías escribir sobre lo que viviste conmigo... Es interesante. Es una experiencia que no todo el mundo tiene.

–¿Has leído la última página?

–Claro.

–¿No te molesta?

–En absoluto. Es una cuestión de estilo. Habría que conseguir que el lector se pregunte si está frente a un sueño o frente a la realidad, que sea un poco incierto, un poco a lo Robbe-Grillet. ¿Has leído *Djinn*, su última novela?

Al colgar, solté la carcajada. Caminé por el apartamento, a lo largo y a lo ancho, de una pared a otra, de la puerta a la ventana, hablando sola. «Te equivocas de medio a medio, amigo mío. Nooo. No va a ser así. No lo voy a escribir a lo Robbe-Grillet. Ni hablar.» Alzaba los hombros. Abría los brazos. «¿De verdad has pensado que iba a seguir obedeciéndote hasta ese punto? Eres un poco... imbécil, de verdad. Sí, imbécil. Idiota. ¡Que no se sepa si es sueño o realidad! El que está soñando eres tú. ¿Crees que escribo para que me humilles? Esa época se acabó. Pobre idiota. Crees que te necesito para que me sugieras que escriba lo que he vivido. ¿Por quién me tomas? De verdad, te desprecio. No eres más que un pequeñoburgués literario de mierda. A lo RobbeGrillet..., ¿estás mal de la cabeza, o qué? Si algún día consigo escribir sobre eso, no va a ser así. Con toda seguridad. Al contrario, será claro como el agua. Espero. Si un día lo consigo. Pobre idiota.»

Leí *Djinn* en el avión que me llevó de regreso a Niza.

Ya no hablábamos de apartamentos separados, Claude y yo. Vivíamos en un piso muy amplio de un dormitorio. Un salón en el que yo había instalado mi escritorio. Dos terrazas. La más grande prolongaba la cocina y daba a la calle Blacas. La segunda comunicaba

con el dormitorio.

Hacíamos el amor sin deseo por mi parte. Aun así, disfrutaba. Había un componente mecánico que el orgasmo atenuaba y justificaba. No pensaba en tener otra relación. Ocultaba mi cuerpo. Llevaba ropa larga, jerséis grandes. Ropa de deporte. Chalecos que me llegaban a medio muslo. La idea de tener un hijo había quedado en suspenso. No me sentía capaz de dar hasta que no me publicaran. Si era niña, temía estar celosa, porque tendría un buen padre. Temía hacerle pagar mi resentimiento.

Un sueño de Claude se repetía con frecuencia. Nos veía en un apartamento que daba al Sena. Un apartamento con un gran mirador acristalado. Yo iba por las habitaciones con un vestido de seda verde bronce, fluido, mientras él contemplaba el Sena desde el mirador. Me describía lo que veía. El paso de las barcazas, la caída de mi vestido de seda, la ductilidad del tejido, mi belleza resplandeciente.

Tenía veintiocho años. Mi hermanastro, veintidós. Mi hermanastra, veinte. Sus padres consideraron que ya tenían edad para enterarse de mi existencia. Mi padre me llamó por teléfono para decirme que estaban encantados de tener una hermana mayor y que querían conocerme. Ya no tenía el mismo sentido que a mis trece años, cuando le pedía a mi padre que me los presentara. Pero estaba contenta.

–Les hemos dicho que vives en Niza y, claro, a Loulou le gustaría mucho ir a verte en vacaciones…

–¿Podría venir en julio? Me iría bien, estaré sola.

Claude dirigía cursos de lingüística en Inglaterra todos los veranos.

–¿Y cuándo podré ver a Antoine?

–Estará en Estrasburgo a partir del 15 de agosto… Su hermana no estará con él, pero puedes venir con Claude. Podemos alojaros… Tendréis vuestra propia habitación…

Conocí a la mujer de mi padre en junio. Almorzamos en la calle Cardinet. Los pliegues del mantel blanco llegaban hasta el suelo. La mantelería. Las cortinas. Los sofás. La vajilla. Todo era blanco en el apartamento.

Me habló del primer almuerzo con sus suegros. Sirvieron ostras. Encontró una perla en la primera que se llevó a la boca.

–Fue un presagio magnífico. ¿Verdad? No hay que decir «¿Verdad?» delante de Pierre. No le gusta. ¿Verdad, cariño? Pero fue increíble. Una perla. Una perla gris. La guardé; te la enseñaré cuando vengas, si quieres.

Era rubia, voluble y de aspecto deportivo. Organizaba encuentros culturales en su club de tenis. Hablando del físico de un filósofo que

solía aparecer en televisión en aquellos años, y que había ido a uno de sus encuentros, alzó los ojos al cielo con cara de éxtasis. Tenía un poco de acento.

–¿Sabes lo que dijeron los niños cuando les contamos que tenían una hermana mayor? «Qué bien, así no somos una familia como las demás.»

Se echó a reír a carcajadas. Yo también.

Mi hermana vino a Niza en julio. Se quedó tres semanas. Hizo fotos en la playa. En una de ellas yo estaba saliendo del agua, con un bikini gris y negro, a rayas. Había adelgazado. Ella elogió mi silueta.

–De todos modos, físicamente, Antoine es el que más se le parece. En el terreno intelectual eres tú, él mismo lo dice. Yo también me parezco a él, pero por otros motivos.

–¿Cuáles?

–Él adora el sexo. Y yo soy igual. Sé muy bien que tiene amantes, aunque me da pena por mi madre. El sexo es muy importante para él. Para mí también. Me encanta hacer el amor. Me gusta tanto que sería capaz de prostituirme. A veces eso me da miedo, y solo la falta de valor me impide hacerlo.

–Hazlo.

–No digas eso. Sería capaz.

–Aprovecha que estás aquí. Nadie te conoce. Ya verás.

–Puede que algún día lo haga, pero de momento prefiero imaginarlo solamente.

–Hay un malentendido entre nosotras. Tú me hablas con libertad. Pero hay una cosa que no te he dicho.

–Si tiene que ver con papá, adelante, ya sé cómo es.

–Esto no lo sabes.

Yo estaba en la cama. Ella, en una butaca sin brazos que se podía plegar. La penumbra de la noche entraba en la habitación por la ventana abierta.

–Me da miedo tu reacción.

–Puedes hablar con franqueza.

–¿Sabes lo que es el incesto?

–Sí.

–Eso es lo que hizo conmigo.

–Es asqueroso. No lo creía capaz de algo así.

–¿Me guardas rencor por habértelo dicho?

–No. Pero me siento rara.

–¿Preferirías que no te lo hubiera dicho?

–No. Aunque sea duro. Así sé a quién me enfrento. Pensaré en eso cuando haya un problema. Lo sabré, en mi cabeza. Y si intenta hacerse pasar por lo que no es, tendré un medio para presionarlo. Aunque no

se lo diga.

Unos días después, fuimos a la playa.

–Lo que me contaste me dejó conmocionada. Me va a costar trabajo reponerme. Creo que lo voy a decir. ¿Te molestaría?

–No.

Claude y yo llegamos a Estrasburgo en agosto. Astrid se iba a Túnez al día siguiente. Había hecho una quiche lorraine. Cenamos en la cocina.

–Servíos vosotros mismos, no os considero de la familia.

Se dio cuenta del lapsus y se corrigió.

Antoine era alto, rubio, ancho de espaldas. Acababa de sacarse el carné de conducir y estaba pensando en comprar una radio para el coche. Cantó las alabanzas de Blaupunkt.

–Mi hermana y yo nos alegramos muchísimo de saber de tu existencia. Así no somos una familia como las demás...

–Sí, tu madre me lo dijo...

Cuando terminamos de comer, ella trajo fotos de mi padre de niño, y de mujeres que había conocido. Puso una foto de mi madre junto a mi plato. Y observó lo guapa que era.

El apartamento era un dúplex. Claude y yo dormimos en una habitación abuhardillada. Una ventana de techo dejaba ver el cielo.

Al día siguiente, Claude propuso que fuésemos a hacer la compra. Mi padre nos indicó un supermercado.

–Comprad lo que queráis. Y en caja decid que lo pongan en la cuenta de Angot.

–¿Basta con decir eso, en la cuenta de Angot?

–Sí.

Llenamos un carrito y colocamos los productos sobre la cinta transportadora.

–Cárguelo en la cuenta de Angot, por favor.

Una mujer que hacía cola detrás de nosotros dijo:

–Ustedes no son de la familia. ¿Quiénes son?

–Soy la hija de Pierre Angot.

–¿Ah, sí? Pues yo soy amiga de Astrid Angot, y conozco muy bien a sus hijos. Usted no es hija suya.

Yo seguí llenando las bolsas. Me latía el corazón, me temblaban las piernas.

–Claude. Venga. Date prisa.

Corrimos a la acera con las bolsas. El gerente nos persiguió.

Subimos al coche.

El gerente golpeó las ventanillas.

Claude bloqueó las puertas.

–Date prisa, Claude, arranca. Date prisa. Venga, venga.

Sollozaba.

–Date prisa, te lo suplico. Venga.

El coche salió disparado a toda velocidad.

En el apartamento, me derrumbé llorando en el sofá del salón.

Mi padre estaba al teléfono.

–Todo está bien. (...) No se preocupe...

Comprendí, gracias a algunos fragmentos de la conversación, que mi padre estaba hablando con el gerente.

–No se preocupe. (...) Sí. Conozco a esa señora... Ella no conoce a toda la familia...

Me sentí protegida por lo de «no conoce a toda la familia».

–No. (...) Todo está bien. (...) De nada, señor.

Antoine había salido esa noche. Cenamos los tres solos.

–Esa gente es horrible.

–Cualquier vendedor habría hecho lo mismo...

–Sí, pero esa mujer no tenía por qué decir eso.

–Creía que estaba haciendo lo correcto. Es una amiga de Astrid. La conozco. Es muy simpática. La gente no tiene por qué saberlo todo.

–Si nos hubieras visto, agarrando las bolsas y corriendo como ladrones...

Por la noche, Claude y yo nos quedamos hablando. Tendidos en la cama, bajo el cuadrado de cielo negro que se recortaba en la ventana.

El día que nos fuimos, Antoine dijo:

–No nos hemos visto mucho, espero que volvamos a encontrarnos y que tengamos ocasión de hablar más.

–Yo también, Antoine.

Imaginaba que a lo mejor podíamos crear un vínculo, desarrollarlo, hacerlo durar.

Claude metió la maleta en el maletero. Alcé la mirada hacia el apartamento. Antoine estaba en la ventana. Tuve la impresión de que le entristecía que nos fuésemos. Le hice una seña con la mano.

Tenía veintiocho años. Estaba en el límite de la prescripción del delito por violación de menores, diez años. Las relaciones sexuales más recientes habían ocurrido en Nancy, en Niza y en Tende. Todavía estaban cubiertas unos años más. Pero si quería denunciarlo por violación de menores, tenía que ser ahora.

Fui a una comisaría de Niza, que estaba en la parte alta de la ciudad. Claude me acompañó. Entré en un edificio blanco, moderno. Me recibió un comisario. Me tomó en serio. Me escuchó. La habitación tenía buena iluminación. Por el mirador acristalado se veía el mar, que se confundía con el cielo.

–Puedo citarlo en una comisaría de Estrasburgo.

–Siempre ha dicho que lo negaría, lo va a negar.

–Nuestros agentes no se dejan impresionar, ¿sabe? Están acostumbrados. Puedo citarlo perfectamente.

–Bueno... De acuerdo.

–En vista de la antigüedad de los hechos, sin duda va a ser complicado establecerlos, y lo más probable es que su padre no sea condenado...

–Lo que digo es verdad.

–No pongo en duda su palabra, señora. Pero habrá un proceso. Una investigación. Un investigador instruirá el caso para que los hechos puedan ser establecidos de manera legal. La justicia se apoya en elementos materiales, precisamente para que su padre no pueda negar o refutar los hechos. Por eso hay que demostrarlos. Cuando son antiguos, puede resultar complicado. ¿Recuerda usted las ciudades en las que ocurrió?

–Sí. Y los hoteles también, a veces.

–Eso es buena cosa. Habrá que ir a ver a los empleados de hotel, preguntarles si se acuerdan de un hombre con una niña hace... doce, trece años... Si notaron algún comportamiento que les intrigara...

–No creo que ningún comportamiento les haya podido intrigar.

–Voy a citar a su padre. Nunca es agradable recibir una citación policial. Sobre todo, si lo he entendido bien, si nadie conoce su existencia en el entorno de su padre. Sus colegas, sus amigos...

–Nadie. Aparte de su mujer y, desde hace muy poco, sus hijos. Mi hermana está al corriente de lo que pasó, se lo conté. Hace dos meses.

–Tal vez se lo dijera a su madre.

–Me sorprendería. Vi a su madre hace tres semanas y estaba de lo más tranquila.

–Voy a citarlo. Los vecinos lo verán marcharse con la policía, y eso nunca es agradable. Y puedo decirles a mis compañeros que no lo traten con indulgencia durante el interrogatorio. En vista de la antigüedad de los hechos, me veo obligado a decirle que lo más probable es que nunca lo condenen, a menos que los admita de manera espontánea.

–Bueno, hay hechos más recientes, que ocurrieron en Nancy, Niza, París y Tende, hace dos años. Quizá sería más fácil establecerlos...

–Por supuesto.

–Pero yo era mayor de edad.

–Siguen siendo violaciones por ascendiente, señora. Y que comenzaron cuando usted era menor. Lo voy a citar en una comisaría de Estrasburgo. Se va a llevar un susto mayúsculo. Será difícil aportar pruebas. Sin duda habrá un sobreseimiento...

–Mire, entonces mejor me voy. Porque si para colmo tengo que soportar un sobreseimiento... No. No es posible. Un no ha lugar. No ha

lugar. Algo que no ha ocurrido. No podría. No podría recibir en el buzón un documento de la justicia, un documento oficial, en el que esté escrito «no ha lugar». No tengo valor para ello. No. No ha lugar. No ha lugar. En un documento oficial. No podría recibir eso, con membrete de la República Francesa. No ha lugar. Discúlpeme. Lo siento mucho. No puedo.

–¿Está segura?

–No quiero ver un no ha lugar en mi buzón.

–No puedo mentirle, el riesgo existe. Entonces, ¿no le tomo declaración? ¿Está segura?

–Sí. Qué le vamos a hacer.

Salí de la comisaría.

Me reuní con Claude, que me esperaba en el coche.

Mucho tiempo después me arrepentí. Pensé que debería haber puesto la denuncia. Habría tenido la satisfacción de saber que lo había citado la policía, de imaginarlo frente a un investigador, contestando preguntas. Me dije: «Habrías soportado ver escrito "no ha lugar" si antes hubieras tenido esa satisfacción.»

Así que el año que cumplí los veintiocho, los acontecimientos se sucedieron de esta manera:

– Mi cumpleaños en febrero.

– Mis hermanos se enteran de mi existencia en primavera.

– Conozco a Astrid en París en junio.

– Mi hermana viene a Niza en julio.

– Claude y yo vamos a Estrasburgo en agosto. Conocemos a Antoine. Episodio del supermercado.

– Decido poner una denuncia en una comisaría de Niza en septiembre.

Más tarde, con el paso del tiempo, ya no vería la lógica de los acontecimientos, no comprendía el modo en que se habían encadenado. Se me escapaba. Había cosas que no entendía. Le escribí a Claude para preguntarle si podíamos hablar. Quedamos en llamarnos durante la semana, a la caída de la tarde. Yo estaba en mi habitación, en un silloncito de imitación cuero de color negro:

–Hay algo que no me explico. Tengo veintiséis años, mi padre viene a Niza, sale todo muy mal. La segunda vez todavía peor, lo que ocurre es muy violento, tengo lo que en aquella época llamaba «una crisis nerviosa», grito, lloro, tengo una visión de él como un monstruo. Etcétera. La primera vez, o la segunda, no importa. En cualquier caso, él no lo soporta y se marcha. Y nosotros vamos a Estrasburgo dos años después. El año en que cumplo los veintiocho. Eso no lo entiendo. Ah, sí. Sí, claro. Perdona. Sí. Lo entiendo. Vamos porque mi padre les dice a mi hermano y a mi hermana que existo. Sí, eso es. Voy para conocer

a Antoine. Por eso vamos a Estrasburgo el verano siguiente. De acuerdo, es lógico.

–Y ocurre la historia del supermercado, sí.

–Eso es. No tengo ninguna pregunta sobre lo del supermercado. Para mí, eso está claro. Lo que no entiendo es cómo es que vamos a Estrasburgo el año en que cumplo los veintiocho, en verano, unos días, en el mes de agosto, cuando hace dos años que no he visto a mi padre; y todo sale bastante bien, aparte de lo del supermercado, pero no veo lo que provocó que al regresar a Niza fuera a la comisaría.

–De eso no me acuerdo en lo más mínimo.

–¿De verdad? ¿No te acuerdas de que fui a una comisaría? Tú me acompañaste. Aparcaste en el arcén. Entré sola. Me esperaste en el coche. Me atendió un comisario. Pero no entiendo por qué fui a poner una denuncia al volver de Estrasburgo, cuando todo había ido relativamente bien y mi padre llegó incluso a protegerme tras el incidente del supermercado. Ahí tiene que haber una lógica, y lo la entiendo.

–Proteger, proteger. Eso no. No.

–Sí, eso creo.

–Es lo que creíste cuando ocurrió. Pero no después. Cuando volvimos del supermercado tú estabas muy mal...

–Y él me tranquilizó.

–Hmm. Al principio. Pero luego, durante la cena... No. Para nada. Al contrario. Lo minimizó. Lo relativizó. Inventó excusas para la vecina, para el gerente. No se puso de tu lado. En absoluto. A la vecina no había que reprocharle nada, era encantadora. El gerente había hecho lo que tenía que hacer. Etcétera. Tú y yo, por la noche, en nuestra habitación, hablamos de eso. Y lo que prevaleció sobre todo lo demás fue ESO.

–¿ESO? ¿Qué? ¿Que minimizara?

–Sí. Tú estabas furiosa. Por lo que él había dicho del gerente, de la vecina, las excusas que encontraba para ellos. Él no estaba enfadado. Lo único que le preocupaba era explicarlo. Estaba siendo demasiado conciliador. Por la noche, entre tú y yo, aquello cobró toda su importancia y no nos pareció aceptable.

–¿El qué?

–El hecho de que no te defendiera.

–Sí, porque no le dijo al gerente por teléfono en ningún momento «es mi hija». Es verdad. Nunca. En ningún momento. Tienes razón. La frase que más se acercó fue que la vecina «no conoce a toda la familia». Y a mí, en aquel momento, me pareció el colmo del reconocimiento. Con tan poca cosa me conformaba. Así de idiota era. Tenía tan poco, que me conformaba con poco. Podría haber sido cualquiera, una prima lejana, un pariente político. Cualquier migaja

me bastaba. En aquel momento.

–Cuando llegamos a su casa desde el supermercado y lo encontramos hablando por teléfono, tú estabas muy mal. Y tuviste la impresión de que te estaba protegiendo. Pero enseguida, durante la cena, cuando volvimos a hablar del tema, lo relativizó. Lo minimizó. Durante la cena lo dejó claro. Decía: «Tenéis que entenderla… la vecina… pensó que estaba haciendo lo correcto… no lo sabe todo…» Estaba relativizando.

–Sí, es eso. Y me angustió. Por fuerza. Me angustió porque era el mismo relativismo por el que se permitía cometer un incesto. Ella forma parte de la familia, es mi hija, no todo el mundo está obligado a saberlo. Uno puede saberlo, o no saberlo, o haberlo olvidado, o no tenerlo en cuenta. No es concreto. No es rígido. No es estricto. Es algo que se pacta. Que se negocia, a fin de cuentas, a cambio de favores sexuales. Es relativo, es accesorio. Es él quien decide. Es él quien tiene la última palabra según lo que le convenga. Hay grados de parentesco, así que puede haber grados de filiación… Formo parte de la familia, sí, pero soy su hija pública, no puedo ser su hija en público, está en la misma línea que la gente del supermercado, ¿lo ves? La clienta no lo sabe todo, no está obligada a saberlo todo. Imagina si lo supiera todo. Tiene un conocimiento relativo. Por fortuna para él. ¿Lo ves? Y por eso, está claro, me decido a poner una denuncia. Porque ya no podía soportarlo. Creo. Toda aquella relatividad.

–Sí. Eso es.

–Él relativizaba. Y yo, ¿estaba furiosa?

–Al principio no. Después, por la noche. Cuando estuvimos solos, y decidimos marcharnos.

–¿Decidimos marcharnos aunque habíamos pensado quedarnos toda la semana? ¿Es así?

–Íbamos a quedarnos unos días más, en cualquier caso.

–¿Nos despedimos de él?

–Supongo que sí.

–Eso explicaría que no haya vuelto a ver a Antoine. Desde entonces. O que haya sido un visto y no visto. Y con Loulou lo mismo. No quise volver a oír hablar de ellos. Seguramente. No podía. O… o habría hecho falta que tuvieran su propio punto de vista. Que hubieran dicho algo claro. Antoine estaba allí, ¿te acuerdas?

–No, no me acuerdo.

–Sí. Fuimos a Estrasburgo para conocerlo. Estaba allí. Lo recuerdo en la ventana cuando nos fuimos… Parecía triste.

–No, yo de Antoine no…

–Estoy segura, completamente segura. Los hitos serían así, entonces. Tengo veintiséis años, mi padre viene a Niza dos veces. Todo sale muy mal, la cama cruje, etcétera, tú lo oyes, yo tengo una crisis nerviosa

por la noche, él se marcha, y dos años más tarde, a pesar de todo, voy a Estrasburgo porque mi hermano y mi hermana por fin se han enterado de mi existencia, para conocer a Antoine. Las cosas van más o menos bien. Ocurre el problema en el supermercado. Me dicen que no soy su hija. Mi padre minimiza, relativiza. No lo soporto. Porque relativizar eso es relativizar el tabú del incesto. Y... cuando vuelvo a Niza voy a poner una denuncia.

–Creo que es eso, sí.

–Claude. Hay una cosa que no entiendo. No es un problema de cronología. Más bien de... presencia de ánimo, o de claridad mental. Salgo de la comisaría. Te digo que no voy a poner una denuncia, que renuncio, porque no soportaría un no ha lugar. Ahora bien, como no hay testigos..., el riesgo existe. Habría que ir a buscar a los empleados de hotel, etcétera. Pero estás tú. Tú oíste lo que pasó en el piso de arriba. Tú, Claude. Oíste crujir la cama encima de tu cabeza, mi crisis nerviosa, todo eso. Etcétera. Podrías haber sido testigo. Podrías habérmelo propuesto, y decirme en aquel momento que lo denunciara. Cuando salí de la comisaría, cuando me reuní contigo en el coche y te dije que renunciaba a la denuncia porque no había testigos y que se corría el riesgo de no poder establecer los hechos. Porque tú podías declarar. Podrías haberlo hecho. No se te ocurrió. Sé que no se te ocurrió. Porque a mí tampoco. Pero tengo que preguntártelo, aquí, ahora. Claude. ¿No se te ocurrió?

–No.

–Podrías haber declarado. Porque habías sido testigo. Puesto que, precisamente, hacían falta testigos para evitar un sobreseimiento. Podría habértelo pedido. No se me ocurrió. A ti tampoco. Es extraño. Podríamos haber pensado en eso. Tú. O yo. Cuando todavía había tiempo. Cuando todavía no había prescrito.

Tras una pausa, contestó:

–Entonces, algo concreto, material, que no demuestra nada...

–Sí.

–Fui testigo, pero no testigo ocular. *Oí* cosas, ruidos. Quizá fue por eso, quizá fue uno de los motivos. No lo sé. No me acuerdo de nada. Tal vez sea mera suposición. Pero quizá fuera eso. No lo sé. Desconfío mucho de las reconstrucciones *a posteriori*. Pero puede que sea eso. El motivo por el que no lo hice..., ni siquiera se me ocurrió que podía declarar como testigo.

–Cuando oíste aquellos ruidos, la cama que crujía, sabías el problema que yo había tenido con mi padre, no sabías que había vuelto a empezar, pero sabías lo que había pasado cuando tenía trece años.

–Quizá no lo consideré exactamente de la misma índole. Al contrario...

–No de la misma índole..., ¿qué quieres decir?

–¿Es de la misma índole? ¿Es de la misma índole un acto con una persona adulta, que tiene más de dieciocho años?

–Es una violación. Una violación por ascendiente.

–¿Hasta qué punto no se puede rebatir? ¿O aceptar?

–Te recuerdo que el incesto está prohibido. Es tabú. Es incluso el tabú fundamental y universal. Es así en el mundo entero. Desde la noche de los tiempos. En todas las sociedades. Para encontrar excepciones hay que remontarse a los faraones, mil trescientos años antes de Cristo, que además estaban justificadas, suponemos, por su estatuto casi divino. Hoy en día, en Francia, es un delito.

–Sí, pero, de todos modos, ¿no se puede alegar en estos casos, cuando se trata de dos adultos? Porque la víctima ha consentido.

–Vale. Pongamos que soy adulta. Tengo treinta, treinta y cinco años, estoy harta de la vida, me quiero morir. Compro un arma, te la doy. Te digo: «Toma, yo no tengo valor para hacerlo, pero ya me he hartado de vivir, mátame.» ¿Crees que no te condenarían?

–Sí. Claro... Es toda la ambigüedad de la palabra «consentimiento».

–Eso es.

–Entonces...

Hizo otra pausa, y luego dijo:

–Mi actitud general con respecto a todo aquello era decirme que mi papel no era..., que no era cosa mía que..., que no era cosa mía... *hacer* algo. Que yo estaba a tu lado en lo que hacías, pero que no tenía que sugerirlo. O iniciarlo. Me decía... hay que..., me decía..., me dije que... Me dije: la iniciativa tiene que venir de ella. Es ella quien tiene que decidirlo, que ella quiera que sea así, que la iniciativa sea suya. Estaba íntimamente convencido de que si era el primero en hacer algo, si te decía «vamos a hacer esto, vamos a hacer lo otro», nuestra vida de pareja se terminaría.

–Hacer esto o hacer lo otro habría sido llamar a la puerta, pararle los pies a mi padre e ir a la policía. No querías arriesgarte a hacer algo, pero te arriesgaste a no hacer nada, y así protegiste una situación delictiva.

–En mi opinión, yo tenía que estar un paso atrás. Tú harías lo que creías correcto. Y yo no te juzgaría. Nunca. Eso era lo que me decía a mí mismo.

–Claude, mi padre me violó. Cuando tú y yo nos volvimos a encontrar después de Brujas, tuve el deseo, porque estaba mejor, y la imprudencia, y la ingenuidad, de volver a verlo, y como de costumbre me dejé engañar. Bueno. Entonces, después, esa noche en Niza oíste lo que oíste. La cama que crujía, la crisis nerviosa, mi padre que se marchaba. Yo estaba muy muy mal. Fui a verte y te dije: «Ha vuelto a empezar.» Me contestaste: «Lo sé. Os he oído esta noche.»

Me interrumpió alzando la voz, en un tono más duro:

–Espera. En realidad, no es así como ocurrió. Él se fue. Tú estabas muy mal. Te dije: «Os he oído.» Y tú me contestaste: «Cerdo. Ahora tienes un derecho sobre mí.»

–Sí. Eso quería decir: «Cerdo, lo has oído. Y no has subido a llamar a la puerta, ni has llamado a la policía. No me liberaste. No me sacaste de mi cárcel.»

–Cárcel, cárcel...

–¿Qué, cárcel cárcel...? Sí, cárcel.

–Después de Brujas... tú fuiste a buscar a tu padre, y yo...

–¿Cómo? ¿Que fui *a buscar* a mi padre? ¿A *buscarlo*? Después de Brujas le escribí una carta, para que por fin tuviéramos una relación normal. Así de ingenua era. Vosotros no os dais cuenta de lo que es tener un padre que se niega a que seas su hija. Para vosotros, el incesto es solo una cosa sexual. No lo entendéis. No lo entendéis. Es el poder supremo del patriarcado. Es el cetro. El adminículo por excelencia. El signo absoluto de un poder privado que se ejerce sobre un círculo, y que todos aquellos fuera del círculo que se inclinan ante la relación de autoridad respetan. Estoy en mi casa. Hago lo que me da la gana. Tengo derecho a no reconocer la realidad. Niego lo que es. Incluso tengo derecho a no reconocer a mi hija como hija mía. Me lo concedo, tengo derecho a eso. Firmo los documentos de reconocimiento para la galería. Para los demás. A quienes desprecio. Los desprecio en secreto. Lo hago todo en secreto. Me lo paso bien en secreto. En secreto, estoy por encima de la ley. Porque tengo teorías. Soy el faraón. Así ella sabe que es un hombre que la quiere. Hay que tener experiencias. Etcétera. Para él no hay leyes, hay normas. Degrado al nivel de la moral todos los tabúes existentes desde la noche de los tiempos. Los trato como normas burguesas. Él se negaba a que yo fuera su hija. A mí lo que me interesaba era serlo. Eso es lo que iba buscando. Lo que seguí buscando en Nancy. Y me dejé engañar otra vez. Luego él vino a Niza. Nos oíste, y te lo callaste. Te guardaste los hechos para ti, Claude, en lugar de compartirlos. Con la policía, por ejemplo.

–Pero es que estaba convencido de que eso era lo último que tú querías...

–Si lo hubieras hecho, habría cambiado todo. ¡Imagínalo! Probablemente habríamos seguido juntos.

–No. No creo. Dado el adolescente, el joven que yo era, nunca te habría parecido atractivo.

–Oh, sí. Claro que sí.

Se me estaba haciendo un nudo en la garganta. Él se dio cuenta. Tenía ganas de llorar. Me estaba controlando. Se notaba. Los dos estábamos emocionados. Recuperé el control de la voz. No quería

despedirme de él en mitad de unas emociones que tal vez nos habrían llevado demasiado lejos.

–Imagínate, Claude… Imagina, si yo hubiera vuelto a la comisaría. Podría haberle dicho al comisario que no había necesidad de buscar empleados de hotel, que mi marido lo había oído, que tenía un testigo. Podrías haber declarado. ¿No se te ocurrió?

–No.

–A mí tampoco. A mí tampoco se me pasó por la cabeza. Habría sido una buena idea. Es una pena.

Nos dijimos adiós con calma, y colgamos.

Yo estaba sentada en el silloncito de imitación cuero. Tenía un brazo apoyado en el reposabrazos. Miraba la pared de enfrente. Sin moverme. De súbito, dije en voz alta: «¿Por qué no se me ocurrió a mí?» Lo repetí. «¿Por qué no se me ocurrió a mí?» Lo repetí. «¿Por qué no se me ocurrió a mí?» Lo repetí, lo repetí, lo repetí. Lo repetí otra vez. «¿Por qué no se me ocurrió a mí?» Lo repetí. Grité: «¿Por qué no se me ocurrió a mí?» Me cogí la cabeza entre las manos. Entre los dedos, para ser más exactos. La punta helada de mis dedos. Las lágrimas me corrían por la cara. Me levanté. Salí de la habitación. No estaba sola en el apartamento. Vivía con Charly. Desde hacía quince años.

Él estaba en el salón.

–¿Con quién hablabas?

–Con Claude. Tenía preguntas que hacerle.

–¿Las ha contestado?

–Sí.

Seguí yendo a la calle Cardinet después de la visita a la comisaría. Me aferraba a la ventaja material que representaba el apartamento. Lo veía como una forma de reparación, de sustituto de los daños y perjuicios por los que nunca recibiría nada. Reservaba las fechas. Tenía las llaves. Acababa de llegar. Mi padre me llamó por teléfono para decirme que Antoine y su novia tomaban un avión al día siguiente en Roissy, que estaban en el tren de camino a París y querían dormir esa noche en el apartamento.

–¿Van a venir aquí?

–Llegan dentro de dos horas. Les vendría bien pasar la noche ahí. Si te molesta, peor para ellos. Antoine tenía que haberse organizado mejor.

Hablamos de pie en el pasillo. Con las maletas a los pies.

–Nos vamos por la mañana temprano. Y ahora salimos a cenar. No nos vas a ver.

–Sí, dicho así, parece simple.

–¿No lo es?

–No. No lo es. Hay cosas que no sabes. Que no te puedo explicar ahora, que hacen que no podamos dormir bajo el mismo techo como si no pasara nada. Todo lo que puedo decirte es que un día lo entenderás.

Antoine tenía amigos en Niza. Vino a pasar unos días con ellos. Me llamó por teléfono, quedamos en vernos. Habíamos acordado el día y la hora.

Yo daba vueltas por el apartamento, enloquecida. Sonó el portero automático. Me entró el pánico. Claude me miró:

–¿Qué hacemos?

–No puedo.

–Ven a decírselo por el interfono.

–Lo único que tenemos que hacer es fingir que no estamos en casa.

Antoine llamó una y otra vez al timbre de la puerta. Alguien le debía de haber abierto abajo. Subió. Golpeó la puerta.

–¡Abrid! ¡Venga, abrid! Sé que estáis ahí. Dejad de esconderos. Os he visto en la ventana. Lo que estáis haciendo es despreciable.

Unos días después llegó una carta de Estrasburgo. Hablaba de mi mala educación, de su decepción y de su rabia.

Mi primera novela iba a publicarse el 23 de enero. Le di la noticia a mi padre. Estaba orgulloso de mí, le había dado una alegría. Me reservó el apartamento de la calle Cardinet del 23 al 30.

–He empezado a hablar de ti aquí, en el Consejo, ¿sabes?

La distribución en las librerías del este se retrasó. Mi padre pasaba por la Fnac todos los días. Me llamaba por teléfono a menudo. Para saber cómo iba el reparto de ejemplares.

–¿Quieres que te envíe uno?

–No, será un placer comprarlo.

Me habían invitado a un programa de radio y retrasaron la grabación. Llamé a mi padre para cambiar las fechas.

–No puede ser.

–¿Y la semana siguiente?

–Tampoco puede ser.

–¿Por qué?

–Ya no es posible.

–¿Hay obras?

–No.

–¿Cuándo podré ir?

–Ya no va a ser posible.

–¿Has leído mi libro?

–Sí. Es muy bueno.

Colgó.

La idea de tener un hijo se planteó de nuevo después de la publicación. Di a luz en Niza, en la clínica Mozart.

–Venga... Venga... Venga, señora. Haga como cuando va al lavabo... Venga, empuje. Venga, empuje más, señora, no es suficiente... Venga. Empuje, señora. Venga... Venga, señora, abra. Abra, abra. Como cuando va al lavabo. No, está cerrando.

Una matrona le dijo a la otra:

–Qué raro. Es como si tuviera el reflejo inverso.

–Sí. Cierra en vez de abrir.

–Abra, abra. No, señora, está reteniendo. Relájese un poco. Relájese, señora. No se ponga tensa. Está demasiado tensa, señora. Relájese. Venga. Otra vez.

La cabeza del bebé apareció entre mis piernas. El médico dijo:

–Es un niño de pelo oscuro. O una niña.

En la ecografía, había pedido que no me dijeran si era niño o niña.

Oí:

–Es una niña.

Sentí una felicidad cuya intensidad superaba, de lejos, todo lo que había imaginado. La matrona la colocó en el hueco de mi hombro. Yo llevaba una camiseta blanca. Tenía la cara vuelta hacia ella. La acaricié y la besé.

Claude consiguió un puesto en la Universidad de Montpellier. Nos mudamos a un piso muy amplio. Nuestra habitación daba al patio. La de Léonore a la calle. Yo acariciaba su puerta. Olía el aroma de su

moisés. La cambiaba hablándole y besándola. Le pasaba un paño por la piel, las nalgas, la hendidura del ano, los repliegues del sexo. Me vino a la cabeza una idea: «Mi padre nunca me ha querido. ¿Hacer daño a los seres que uno tanto quiere? ¿Poner en peligro su porvenir? ¿Su vida amorosa futura?»

Yo tenía problemas de sueño y de alimentación. Otra vez a empezar con todo eso. Pedí cita con un médico. Al final de la consulta, le dije:

–¿Me podría recomendar un psicoanalista?

–Depende de lo que esté buscando, conozco a muchos.

–Hice un año y medio de psicoanálisis hace diez años, y creo que ahora necesito reanudarlo. Quizá porque acabo de tener una hija.

–¿Cómo le va con ella?

–Es maravilloso. Es increíble... Es... Soy muy feliz. Pero a veces me siento un poco... perdida. Es así de intenso, de hecho. Y vuelvo a tener problemas que no había tenido en mucho tiempo, de insomnio, de alimentación, y tengo ideas, reacciones, que me gustaría poder expresar. Preocupaciones. A veces me bloqueo. Incluso en el aspecto sexual. Como tuve relaciones incestuosas con mi padre, es como si me cerrara por completo. Me ocurrió lo mismo durante el parto. En realidad, todo lo que ocurre en esa parte de mi cuerpo me da miedo. Mi padre me sodomizó, y creo que tengo un reflejo inverso, de cierre. En lugar de abrir, retengo.

–Si retiene en lugar de abrir, es que desea usted guardarlo dentro de sí, si me permite la opinión.

–No creo, no.

–Tal vez no lo crea, pero es lo que está ocurriendo, señora. Es usted quien me lo ha descrito, no he sido yo. Si dice que retiene, es que quiere guardarlo dentro.

–Le digo que no.

–Le daré el nombre de un colega, a unas pocas calles de aquí... ¿Sabe dónde está la calle AncienCourrier?

Publiqué un segundo libro. Trataba de una madre y de su hija. La madre había vivido una relación incestuosa. Una periodista le preguntó a mi editor si ese era mi caso, y si le concedería una entrevista. El editor me llamó:

–No tenemos ninguna prensa. Nadie habla del libro. Las ventas no despegan. Hemos vendido sesenta ejemplares. Comprendo que no es lo ideal, pero Isabelle Lefranc es la responsable de la sección de libros en *Marie Claire*.

–¿Solo tenemos eso? ¿Nada más?

–Nada.

–Lo que ella quiere es un testimonio. No escribo literatura de

testimonio. Me van a reducir a eso. Es peligroso para mí. No quiero convertirme en carne de cañón de los periódicos. No quiero acabar en las páginas de sociedad de las revistas...

–Escuche, he hecho un trato con ella. Si usted acepta, se ha comprometido a hablar también del libro y de literatura.

La periodista vivía en el distrito V, y grababa en casetes.

–... Y, sin ser demasiado íntimos, pero estamos hablando de cosas muy íntimas... Desde el punto de vista sexual, ¿solo era desagradable? ¿O había una mezcla?

–¿Quiere decir placer?

–Sí.

–¿Alguien le pregunta a un niño maltratado si le han hecho daño? ¿Por qué le preguntan a un niño violado si ha sentido placer? A un niño maltratado le humillan los golpes, a un niño violado, las caricias. En ambos casos son estrategias de humillación. El incesto es una negación de la filiación, que pasa por el sometimiento del niño a la satisfacción sexual del padre. O de un personaje poderoso de la familia. ¿Qué placer puede encontrar un niño en saber que está sometido, humillado y degradado, que su vida se ha ido al cuerno y su futuro está en peligro? ¿Qué placer puede sentir?

–La semana pasada emitieron un programa en televisión, no sé si lo vio...

–De Jean-Luc Delarue. Sí, en parte.

–Más de una víctima reconoce haber sentido placer...

–Ah, vale... Hay que participar un poco en el bla bla bla y en la vulgaridad de la mayoría de las conversaciones sexuales, sobre todo en televisión, al estilo de «no vamos a engañarnos», «hay que decir las cosas como son» y todo eso. Se considera a las víctimas como si fueran apestados, ¿cree que les quedan ganas de añadir esa vergüenza a su palmarés? ¿Cree que podían hacer otra cosa, en su situación, que intentar parecer tranquilos con la sexualidad, como todo el mundo, como quien les hacía preguntas, como los espectadores del programa? Para sentirse un poco integrados. Lo obsceno es la pregunta. Me revolvió el estómago. El incesto convierte a la víctima en esclavo. Arrambla con las relaciones sociales, el lenguaje, el pensamiento..., uno ya no sabe quién es, ni quién es el otro: ¿tu padre, tu compañero, tu amante, el de tu madre, el padre de tu hermana? El incesto arremete contra las primeras palabras del bebé que está aprendiendo a situarse, papá, mamá, y destruye de inmediato toda la verdad del lenguaje.

–En su novela, dice usted que no quería que su padre la desflorase, aunque lo hizo de otra manera, es evidente en el libro. Y, además, con violencia física. ¿Qué se siente? En esos momentos, ¿se sintió sucia?

–No es un problema de suciedad, ni de deshonra. El incesto es un destierro. Es una pérdida de categoría en el seno de la familia que después cala en la sociedad y se propaga con una misma lógica.

–¿Cuánto tiempo hace que no lo ve?

–La última vez yo tenía veintiocho años. Ahora tengo treinta y cinco.

–¿Ha vuelto usted al este, a su región?

–No puedo, de momento. Es un lugar demasiado hostil para mí.

Regresé a Montpellier esa noche. Me sentía ultrajada. Tenía la impresión de que habían pisoteado mi libro. Lloré durante toda la velada en el sofá del salón, vestida con un chaleco holgado de color gris que me llegaba a medio muslo.

La periodista me llamó por teléfono al día siguiente.

–He transcrito la entrevista, es extraordinaria.

–¿De verdad?

–Es fantástica. La redactora jefe está encantada. Por lo general, las jóvenes que han vivido algo así no tienen el nivel que tiene usted, y eso es lo apasionante de su testimonio. Aun así, hay un problema en el que no había pensado, y que la redactora jefe ha visto enseguida. ¿Lleva usted el apellido de su padre?

–Sí.

–¿Lo ha condenado la justicia?

–No.

–Ah. Entonces nos arriesgamos a una demanda. No podemos publicarlo con su nombre.

–¿No?

–Pero quiero proponerle algo. Publicar la entrevista bajo seudónimo, o utilizar una perífrasis del tipo «la joven» o algo así. Y a la vez, como todavía no he escrito nada sobre su libro, podría hacer una reseña en la sección literaria. Una buena crítica, obviamente. ¿Qué le parece?

–No lo sé. Pero me parece un poco duro que se publique sin mi nombre. No..., no voy a aceptar.

–Es una pena.

–Si no publican la entrevista con seudónimo, supongo que tampoco publicarán una crítica del libro.

–Bueno, no.

–Entonces no me quedará ni rastro del tiempo que estuvimos juntas. Y en este momento, eso es muy importante para mí. Quería decírselo. ¿Podría enviarme en algún momento la grabación, para que pueda conservarla?

–Por supuesto.

Volví a transcribir yo misma sus preguntas, el tono, el ritmo, las

palabras, para demostrar que no se puede hablar con gente así de igual a igual, que uno se ve forzado a contestar como si fueran confidentes, que no saben escuchar, solo lo fingen, que integran las palabras dichas en el discurso general, de modo que el nombre no importa, no hace falta inventar una forma, uno está obligado a utilizar la que existe, el testimonio, y todo lo que uno diga está al servicio de un discurso indiferenciado que lleva a la indiferencia. Mientras tanto, desde su elevada posición, ellos siguen disfrutando de la compasión que sienten. Escribí una novela sobre el tema que mi editor rechazó, y empecé a buscar una nueva editorial.

Unos meses después, cuando Claude y yo estábamos desnudos, el uno contra el otro, él desapareció bajo las sábanas y dijo con tono firme:

–Relaja los muslos.

–Mírame. ¿Me quieres?

–Relájate, estás demasiado contraída ahí abajo. Si te contraes así, es lógico que te duela.

–Dime si me quieres.

–Claro que sí. ¿Y tú, me quieres?

–Sí, pero me gustaría hacerte más feliz.

–Quizá sea yo quien no sabe hacerte más feliz.

Apoyó la mejilla en mi muslo, con una mano bajo mis nalgas y la otra sobre mi vientre; rocé sus dedos largos y delgados. Me abrió las piernas y me llevó al orgasmo con la boca. Besó mi pelo y mi cara, con la boca húmeda, y luego me penetró, acariciando mi clítoris con la palma de la mano. Tuve otro orgasmo. Con un tono de autoridad que me ayudó, porque ya no tenía preguntas que hacerme, dijo:

–Chúpame.

Yo quería aguantar el tiempo que hiciera falta. Esperaba que no fuera mucho. Tenía la intención de llegar hasta el final. Me dolía un poco el cuello. Aguantaba. Me vino una imagen a la cabeza y no conseguí ahuyentarla. No podía librarme de ella. Vino acompañada de un recuerdo. Cuando hacía esto con mi padre, aguantar ni se planteaba, y cuidado con que sintiera los dientes. Estaba con Claude, y tenía eso en la cabeza. Aguantaba. Pensé que no era grave, que tenía que seguir. Porque Claude no tenía que pagar las consecuencias de lo que había hecho aquel hombre, que de todas maneras no tardaría mucho en morirse. Lamía en torno al sexo de Claude. Después, por encima. Despacio. Claude gemía de placer. Yo estaba furiosa conmigo misma por desear que acabara pronto en lugar de apreciar el momento. Tragué una pequeña gota de semen. Paré un momento para descansar. Seguí. Me dolía el cuello. Me quedé tendida de lado un instante, con la mejilla contra su muslo. Seguí. Hice otra breve pausa.

Tenía la nuca dolorida. Subí hacia su ombligo, lamí el hueco. Aspiré su aroma. Volví a bajar a su sexo, empecé otra vez.

–Déjalo. No pasa nada.

–¿Por qué? No has tenido un orgasmo.

–No importa. Venga, déjalo. Te estás forzando. Lo noto. No estás a gusto, se nota. Te duele la nuca, te duele el brazo, o sea, déjalo.

–No es culpa mía si tengo calambres en la nuca. Pero puedo seguir. No es nada, es soportable.

–Te digo que no importa. No estás bien y no es agradable para mí. Lo haremos en otro momento. Ven que te abrace.

–Hemos perdido una hora de sueño para nada, si hubiera conseguido que tuvieses un orgasmo me habría sentido feliz. Pero ahora... Lo siento mucho, Claude. Me gustaría tanto darte más de lo que te doy.

Estábamos pegados como un par de cucharas en una caja, con el edredón subido hasta los hombros; apretaba su mano con la mía. Me penetró en esa posición, y tuve otro orgasmo.

Yo había quedado con una amiga. Fui a ducharme. Veía mi imagen en el espejo del cuarto de baño. Tenía ganas de cortarme los pechos, o de azotarlos. Me di un bofetón, me dije que era una pena de mujer.

No escribía lo que sentía en el terreno sexual, físico, amoroso. Tenía miedo de que Claude no lo soportara, y de perder a la única persona capaz de vivir conmigo.

Pasé la tarde con mi amiga. Cuando volví a casa, Claude me dijo:

–He llamado por teléfono a Astrid.

–¿Cuándo?

–Hace un momento.

–¿Por qué la has llamado?

–Porque sí. Ha sido un impulso. Me he encerrado en la habitación y me he dicho a mí mismo: «Voy a llamarla.» Y lo he hecho.

–Pero ¿cómo es que has tenido ese impulso? ¿De dónde ha venido?

–Había un lado..., ¿cómo decirlo? No de venganza..., no creo que sea eso... Es..., a ver. No es... No, es...

Miraba a la calle, como buscando las palabras. Se volvió hacia mí.

–A ti te pasó todo aquello. Es durísimo. Así que es más bien... No venganza, no. Ni tampoco reparación. Algo como..., en inglés se diría *«get some retribution for it».* ¿Tiene sentido?

–¿Compensación? ¿Justo reparto?

–Quizá. Algo como «Joder, pues tú también». No hay motivos para que sea «Joder, soy el único que se come el marrón». No. Pero ella es respecto a tu padre como yo respecto a ti. Ella y yo estamos empatados. Con respecto a tu padre y a ti. Quería ponerla al mismo nivel que yo, y tener una conversación con ella. No hay motivos para que no reciba su parte. Tiene que comerse el marrón también. ¿Por

qué solo ella iba a estar estupendamente?

–¿Habéis hablado mucho rato?

–Dos horas. Mucho tiempo, pero ha sido fácil. Era obvio. Yo no estaba enfadado. Nada por el estilo. Era solo: «Tienes que saber esto.» La imaginaba al otro lado de la línea telefónica. Solo la vi una vez, pero me acuerdo. Con su silueta, deportista, tonificada, rubia, una pizca de acento. Nos tratamos de igual a igual, mientras que con tu padre ese nunca ha sido el caso. Con ella no me sentía inferior, en ningún aspecto. Le he dicho: «Quizá estás al corriente... No sé si sabes... En cualquier caso, te lo voy a decir.» Y se lo he dicho. Me ha contestado: «No me sorprende. Lo sospechaba.»

–Supongo que mi hermanastra se lo dijo. Se lo conté cuando vino a Niza.

–Sí, de hecho Astrid añadió: «Christine no debería habérselo dicho a Loulou, que solo tenía veinte años.» En cualquier caso, puedo decirte que durante toda la conversación he sentido una especie de júbilo. De excitación. Incluso ahora. Estoy eufórico. Eufórico. Le he dicho lo que tenía que decirle. Ya no puede hacer caso omiso. Lo sabe. Le he confirmado lo que ya sabía gracias a Loulou.

–Sí, pero como la fuente es la misma, es decir, yo, puede pensar que estoy mintiendo.

–No lo parecía.

–Me alegro.

–En cualquier caso, estoy realmente contento. Encantado de haberlo hecho.

–¿Cómo se lo ha tomado?

–«Sí, no me sorprende.» Así se lo ha tomado. No he oído que tirase el teléfono por la ventana. Al contrario.

–¿No se ha venido abajo? ¿No ha llorado?

–No.

–¿Y tú, ahora?

–¿Qué?

–¿Tienes ganas de ir a Estrasburgo a darle una bofetada?

–Para nada. La violencia que quiero infligir para hacerle daño a alguien es decirlo, haberlo dicho. Informar, poner al corriente.

–¿Y qué esperas de eso?

–Espero sembrar cizaña. Que su matrimonio se vaya a la puta mierda. Su vida. El final de su vida. Bueno... El único problema es que... es probable que no haya sido tan fuerte como esperaba. Poco antes de que terminase la conversación, me ha dicho: «Yo también tengo algo que contarte, Claude. Pierre tiene alzhéimer.»

–Con la memoria que tenía, y lo orgulloso que estaba de ella. ¿Sabes en qué etapa está?

–No exactamente. Astrid me ha puesto un ejemplo: se come el

jabón.

–Eso es serio.

–Me jode que tenga alzhéimer.

–¿Por qué?

–Porque él se ha sumido en el olvido. Entre ellos no puede haber ni arreglo de cuentas ni sufrimiento. Astrid no le va a decir: «Pierre, acabo de hablar por teléfono con el marido de tu hija, ¿qué coño ha pasado aquí?» Así que en ese aspecto me siento frustrado. Y ella ha marcado un punto. Como cuando juega al tenis. Me ha cortado el efecto.

–¿Y el tono? ¿En qué tono hablaba?

–El tono de Chabrol. El tono de la burguesía que lo encaja todo. Bueno. Gracias. Control de clase. La emoción y la rabia son para los demás. Ellos minimizan. Ni una palabra más alta que otra. Entendido. He tomado buena nota. Ese es el tono. Ahora tengo que darte una noticia: Pierre tiene alzhéimer. De hecho, ni siquiera me acuerdo de cómo ha terminado la conversación.

–¿No ha dicho en ningún momento «No me des más detalles, es horrible, no quiero oír más, ¿qué podemos hacer?»?

–No. Se controlaba. Y se sacó un as de la manga con lo del alzhéimer, que minimizaba mi revelación. Se ha anotado ese tanto. Pero, en cualquier caso, la he obligado a compartir la revelación con alguien del campo contrario. Ya es algo. Yo no estaba furioso. Me sentía lo bastante fuerte como para hacer todo el numerito. Creo que forma parte de los momentos que me hacen madurar.

Uno o dos años después, a principios de la primavera, al atardecer, volvió de la facultad con la cara muy seria.

–Tengo que hablar contigo.

Nos sentamos cada uno en un sofá, en las dos esquinas opuestas del salón.

–Me he perdido.

–¿Qué quieres decir?

–Tengo que encontrarme a mí mismo. Tengo que recobrar la perspectiva. Ya no sé dónde estoy. Ya ni siquiera sé lo que pienso de ti. Tengo que alejarme. Tú no dejas de hacerte preguntas sobre tu cuerpo, no soy atractiva, me veo fea. Después de diecisiete años de vida en común, ya no sé dónde estoy en mi relación contigo. Ya ni siquiera sé si te quiero. Sé que me gustas, pero eso no prueba nada. A lo mejor ya no te quiero. Quizá estaría mejor solo. O con alguien diferente. Con alguien con quien llevara una vida más satisfactoria, sobre todo en el aspecto sexual. Desde hace cierto tiempo, no me siento tan a gusto contigo. Ya estemos solos o con más gente.

–¿Y qué hacemos con Léonore?

–Me seguiré ocupando de ella igual que antes. Estaré ahí.

–Te lo advierto, no voy a ser yo quien le diga que te vas.

–Yo hablaré con ella.

–¿Va a ser mucho tiempo?

–Algún tiempo. O para siempre. No lo sé.

–¿Y yo cómo me las voy a arreglar?

–Te las arreglarás. Yo te ayudaré.

–Me voy a morir. No sé vivir sin ti.

–No te voy a fallar nunca. En ningún aspecto. Te voy a ayudar, incluso económicamente.

–No puedo vivir sola.

–Me voy.

–¿Ahora?

–He alquilado una habitación.

–No te vayas.

–Volveré mañana por la mañana. Y hablaremos.

Se levantó.

En la entrada, puso la mano en el pomo de la puerta.

–No hagas esto.

Me aferré a él, a su ropa. Llorando.

–Suéltame. Deja que me vaya. No te preocupes. Mi intención es volver. Si puedo, volveré. Todo irá bien. Te llamo mañana. Espero que volvamos a vivir juntos. Pero antes tengo que encontrarme a mí mismo. Lo hago para que las cosas vayan mejor. Tengo que recobrar la perspectiva. No puedo seguir así. Te lo aseguro. Deja que me vaya.

Tuve una relación con un profesor de Letras. Nos veíamos en mi casa. Luego metía las sábanas manchadas de esperma en la lavadora. Era capaz de ponerla en marcha. Me ocupaba de Léonore. Yo había adelgazado. Me cuidaba. Había reanudado el psicoanálisis. Claude quiso volver. Yo no quise que volviera. Me puse en contacto con un abogado. Los aspectos materiales se estaban resolviendo.

Conocí a una mujer. Se llamaba Victoire, porque a su padre lo habían elegido diputado el día en que nació. Llevaba su nombre con una distancia despreocupada, que ponía de relieve su conciencia de pertenecer a la clase alta y el desprecio que su entorno le inspiraba.

El día de la ruptura, cenamos en su casa.

–¿Puedo encender esta lámpara?

Había una lámpara china entre dos sillones.

–Claro. Siéntate.

–Me voy. No vamos a repetir la conversación de la cena.

–No.

Ella llevaba sueltos los botones superiores de la blusa. Apreté sus pechos, sentí su elasticidad, y le puse la palma de la mano en el escote.

–¿Me llamas un taxi?

Se abotonó la blusa y cogió el teléfono de una estantería.

–Llegará en cinco minutos.

Me miraba fijamente a través de la ventanilla del taxi al que yo acababa de subir. El vehículo arrancó. Volví la cara hacia el parabrisas pensando: «Ser hombre debe de ser así. Tener una sensación de independencia, de indiferencia, de libertad, y decirse que por fuerza hay algo delante de ti, algo que te espera.»

Tuve una aventura con un periodista. Vivía en París. Estábamos en su habitación. Me miraba con una sonrisa ambigua, quitándose el cinturón de los pantalones; se lo enrolló en torno a la muñeca como si fuera a pegarme. Yo estaba aterrorizada y excitada a la vez. Me eché a llorar. Él soltó la carcajada y dejó el cinturón.

–Date la vuelta.

Me dio fuertes cachetes en las nalgas con la palma de la mano. Pensé que, incluso como juego, la sumisión no estaba hecha para mí, y que como la había vivido realmente, no era capaz de distinguir el juego sexual de la realidad.

Pasaba el tiempo. Creía que la maldición que pesaba sobre mi vida amorosa no se rompería nunca.

Claude venía a casa para recoger a Léonore, y la traía de vuelta. Un domingo por la noche se acercó a mí con lágrimas en los ojos y me

abrazó.

–Te quiero.

–Yo también.

–No soy feliz. Te echo de menos. ¿Sabes lo que me digo a veces... para consolarme?

–No.

–Me digo que quizá un día, cuando seamos muy viejos, nos volveremos a encontrar.

La editorial Stock estaba en la calle Cassette, en un palacete que ocupaba el número 27. Tenía cita con el editor. Acababa de publicar un libro titulado *El incesto*. Atravesé el patio, sembrado de grava, subí la escalinata en la esquina del edificio y empujé la puerta de hierro forjado.

–Buenos días, Margaret.

Me tendió un papel con un número de teléfono apuntado.

–Ha llamado varias veces. Y dice que es tu hermano.

Me acompañó a un despacho pequeño que daba al patio. El único objeto de toda la habitación era un teléfono.

–Hola. Soy Christine.

–Perdona que haya llamado a tu editorial. No tenía tu número en Montpellier.

–Has hecho bien.

–Nuestro padre ha muerto.

–¿Cuándo?

–Esta mañana, a las cinco. El entierro será el viernes. Si quieres venir...

–Gracias por decírmelo.

–Es normal. Intenta venir. Estaría bien. Y sería una ocasión para vernos. Nunca hemos hablado de verdad.

–¿Crees que es posible?

–Claro.

–Ya sabes que me pasaron cosas muy graves con mi padre.

–Eso es lo que tú dices. Él siempre dijo que te lo estabas inventando.

–Si eso es lo que piensas, Antoine, no podemos volver a vernos.

No fui al entierro. No tuve valor para ir sola. Y no encontré a nadie que me acompañase.

Al contrario de lo que uno podría pensar, la muerte de mi padre me entristeció. El amor que una vez sentí por él se había esfumado. El recuerdo de lo que sentí al principio de conocernos, entre Estrasburgo y Gérardmer, no había desaparecido. Aún tenía en la memoria jirones de sueños.

Unos meses después, llegó a mi cuenta una suma de dinero. Pensé que se trataba de mi parte de la herencia, que era poca cosa en comparación con el patrimonio de mi padre, y que quizá él me había estafado mediante un sistema de donación, de servicio transfronterizo, o cualquier otro.

Recibí una carta del notario acompañada por el desglose que

confirmaba que la suma correspondía a mi parte. También documentos sobre un inmueble en Laval que debía firmar, rubricar y enviar a vuelta de correo, certificando que renunciaba a mi propiedad sobre ese bien, a cambio de una suma incluida en el pago.

Firmé, rubriqué y envié el documento.

Unos años después, una carta certificada me informó de que la familia deseaba vender el inmueble de Laval, y que la venta estaba bloqueada. Se me había olvidado rubricar la página sobre el sótano. El notario me enviaba la original. Tenía que reenviarla tras escribir mis iniciales, abajo a la derecha.

Preferí conservar el ínfimo poder que me quedaba, encarnado en mi capacidad para causar perjuicios.

Más tarde me enteré de que vendieron el inmueble a pesar de la ausencia de rúbrica en la página que concernía al sótano.

Me mudé a París al año siguiente de la muerte de mi padre. Viví sola con Léonore hasta que conocí a Charly. Hace unos años, entró en mi estudio con el portátil abierto en las manos, y lo puso en mi mesa.

–Tienes un mensaje en Facebook. Alguien de Estrasburgo.

–¿Hombre, mujer?

–Mujer.

–¿Mi hermana?

–Creo que no.

«Conozco muy bien a la familia Angot, y a todo el medio intelectual de la ciudad. La información que puedo facilitarle da para escribir una novela. Astrid Angot llegó a la familia Colet como niñera. El señor Colet enviudó muy joven y quería una niñera alemana para que su hija aprendiera el idioma, porque su difunta esposa era alemana. Pertenecía a la familia Krupp, la que fabricaba los tanques y todo el material militar alemán durante la guerra. Tenían muchos enemigos. En cualquier caso, los amigos de su padre ni se imaginaban que había existido otra mujer, y una hija. Yo también pertenezco a una conocida familia de Estrasburgo. Astrid era amiga íntima de mi madre. Le hacía confidencias. Le había pedido consejo, porque Pierre Angot la incitaba a tener amantes.

»Conocí personalmente a ese señor. Yo iba allí a jugar al tenis. También conozco a los otros dos hijos. Jugábamos juntos con frecuencia.

»Solía verlo en la Orangerie, con Astrid, cuando aún vivía y yo llevaba allí a mis dos hijos, todavía pequeños. Él tenía alzhéimer. Estaba muy enfermo. Ya no reconocía a nadie. Pero mi madre me dijo que, incluso antes, tenía actitudes muy muy desagradables. Según quienes lo conocían, parece que no era muy apreciado en el Consejo de Europa por ser tan despreciativo con sus colaboradores.

»A veces veo a Antoine. Loulou se casó con un arquitecto de buena reputación. Son informaciones personales que le transmito a usted, porque se trata de personas que conocí y conozco, porque crecí en el mismo entorno y todo esto podría darle ideas para escribir un libro sobre los orígenes de Astrid, sobre cómo llegó a Estrasburgo. Y después, podría usted añadir cosas de cosecha propia.»

La noche siguiente tuve un sueño del que apenas me quedó ninguna imagen. Al despertar, acostada en la cama, busqué en mi memoria de quién era la boca de labios sinuosos que me había besado en el sueño; me recordaba a alguien que había conocido en la vida real. Sentía una mezcla de deseo y temor de descubrir quién era.

Recibí una invitación del Teatro Nacional de Estrasburgo. Habían programado quince representaciones de una obra mía, y me proponían un encuentro con el público para terminar. Una joven alzó la mano en la primera fila.

–¿Ha vivido personalmente lo que sucede en la obra?

–¿Qué impresión tiene usted? ¿Cuál es su opinión?

–Yo creo que sí.

–Sí, he vivido lo mismo que la joven de la obra... Bueno... Vivir... Vivir las cosas... ¿Las vivimos? ¿Estamos ahí? Sí, estamos ahí. Preferiríamos no estar. Pero estamos. En realidad, no es vivir. No son cosas que se viven. No realmente. Asistimos a ellas. Miramos. Oh, está pasando eso.

El encuentro terminó con una firma de ejemplares. Busqué con la mirada por si alguno de mis hermanastros estaba entre el público. Por la tarde, en la ciudad, me había preguntado si me cruzaría por casualidad con un adulto que podría haber sido uno de los dos, y trataba de imaginar su aspecto físico transformado por los años.

Tras la firma de ejemplares, el equipo del espectáculo me esperaba en un restaurante. Me reuní con ellos.

Al día siguiente, en el tren que me llevaba de regreso a París, volví a pensar en la cena. Final de jornada. Final de las representaciones de la obra. Atmósfera distendida. Los actores me contaban cómo había ido el espectáculo en Estrasburgo. Me hablaban de los espectadores que los esperaban al terminar la obra. Algunos habían conocido a mi padre. Un grupo de mujeres había trabajado con él en el Consejo de Europa. Una de las actrices, tras cruzar una mirada con otra, dudó un instante y me sonrió:

–Mucha gente nos ha dicho que tu padre era un hombre muy seductor...

Me sentí sola. En medio de todos. Sola. Y traicionada. Pensé que había que haber sufrido la esclavitud de una o de otra forma, haber estado oprimido, para entender lo que era el incesto. Y que cuando el padre demostraba, mediante ese acto, que no consideraba a su hija como hija suya, sino como algo diferente, sin nombre, toda la sociedad seguía sus pasos, tomaba el relevo, lo confirmaba. Podía ser un periodista hablando de uno de mis libros: «Teníamos a Madame du Deffand, ahora tenemos a Madame du Derrière.»[2] Otro decía: «Habrá que crear un comité de defensa del Agujero de Christine.» O podía ser un presentador de televisión, que reía burlón leyendo en voz alta un fragmento en el que la narradora, que llevaba mi nombre, intentaba coger con la boca gajos de naranja colocados sobre el sexo de mi padre, que estaba sentado en la taza del váter. Podía ser una mujer entre el público invitado, que se reía a carcajadas porque se llamaba Clémentine. O quizá otro presentador, que ponía cara de

circunstancias en un programa de debate, y preguntaba a las víctimas de incesto, que estaban en el plató contando sus experiencias, si habían sentido placer durante los actos sexuales. Y también podían ser los actores, que acababan de defender mi texto en escena, que compartían conmigo el punto de vista de los espectadores que habían conocido a mi padre y lo encontraban atractivo, que me miraban con un brillo interrogante en los ojos, como si yo fuese una de sus conquistas. O un escritor, ya fallecido, reeditado, comentado, admirado, que conocí en vida, y que me explicó, en el primer piso del Café Beaubourg, mirándome directamente a los ojos con cara de desafío, que una de sus amigas había tenido relaciones incestuosas con su padre, y que todo había ido muy bien. O un abogado, que defendía en el tribunal el incesto consentido, que conseguía que el acusado fuera absuelto, que un magistrado le estrechara la mano al salir, diciendo: «Que le vaya muy bien, señor.» Pasaban dos años, la hija escapaba con el hijo que había tenido de su padre y se refugiaba en casa de su jefe. El padre mataba a la hija y al jefe. Podía ser el abogado que había defendido el incesto consentido, sabiendo que los hechos habían comenzado cuando ella tenía diez años, quien, convertido en ministro unos años más tarde, llevaba al Parlamento una ley que establecía el umbral de consentimiento en los dieciocho años. Antes de los dieciocho años, el consentimiento al incesto es imposible, clamaba en los medios de comunicación. Según el razonamiento opuesto, el consentimiento era posible a partir de los dieciocho años. Y podía ser todo un gabinete de gobierno, que corría así el riesgo de legitimar el principio del incesto entre adultos, y luego los diputados, que aprobaban el texto por unanimidad. El tren estaba llegando a la Gare de l'Est. Miraba por la ventanilla los raíles que se entrecruzaban. Llevaba una bolsa pequeña al hombro. Bajé al andén. Había quedado con Charly en la salida que daba a la calle de Faubourg-Saint-Martin. Yo estaba en el otro extremo. Cerca de la que daba a la calle de Alsace. Cerca de las vías 3 y 4. En el lugar exacto del vestíbulo donde solían estar los asientos de color naranja, donde le había hablado a mi bolsa de viaje. Ya ni siquiera recordaba cuántos años antes. Pasaba gente. Mucha gente. Arrastrando maletas. Cada cual en su burbuja. Comiendo bocadillos. Eché la cabeza atrás para mirar la amplia vidriera que dejaba pasar la luz del día. Un hombre se dio la vuelta para mirarme, supongo que sorprendido por el movimiento. En un estanco se leía «Descubrir París». Yo caminaba, avanzaba entre el gentío. Había muchos agentes de seguridad, de la compañía de transportes, de la RATP,[3] de la SNCF.[4] Un tablón luminoso indicaba la hora de salida de las grandes líneas. Estaba anunciado el tren a Reims, que salía a las 18.18. Pasé por delante de las arcadas que daban a la explanada principal. Después, por delante

de una gran escalera de piedra. Había viajeros sentados en los escalones, comiendo. O en asientos de color azul oscuro colocados en U delante de la parte lateral. El flanco de la escalera. En el que había una placa conmemorativa, en letras mayúsculas: «De esta estación salieron miles de patriotas franceses en el trágico viaje que los condujo a las prisiones, los campos de concentración y de muerte de la Alemania nazi. Franceses, no los olvidéis.» Pasó una pareja con maletas enormes. Miraba a la gente y me preguntaba qué habría hecho ahora si hubiera tenido trece años y me hubiese encontrado en la misma situación que en la época de los asientos de color naranja, si algún rostro me habría inspirado, animado a encontrar el valor que necesitaba para pedir ayuda, si me habría dirigido a alguien. Había llegado al acceso de los pasillos del metro. La gente cruzaba el vestíbulo a lo ancho para bajar a los andenes, para volver a casa en los trenes de cercanías.

Casi todo el mundo iba solo. Muchos hombres. Algunas mujeres. Una de ellas corría empujando un carrito. Había una tienda tras otra. Relay. Estanco. Starbucks. Maletas. Teléfonos. Un continuo ir y venir. Como en la época en la que iba a la Sorbona, y corría para coger el autobús de la línea 38, o la línea 4 del metro y luego el RER hasta Luxembourg. Atravesé el mar de gente. Llegué al otro extremo del vestíbulo. El último tramo estaba más tranquilo. Fuera, en la calle de Faubourg-Saint-Martin, vi a Charly esperándome. Llevaba un gorro de color rosa. Parecía muerto de frío. Con las manos en los bolsillos, los hombros encogidos, el pecho hundido, daba pataditas en la acera para calentarse. Me vio, sonrió:

–¿Ha ido todo bien?

–Muy bien.

[←1]

Juego de palabras fonético entre *mélodrame* (melodrama) y el término inventado *mélodrague* (literalmente, melo-ligue). *(N. de la T.)*

[←2]
Señora del Trasero. *(N. de la T.)*

[←2]
Señora del Trasero. *(N. de la T.)*

[←3]
Compañía Autónoma de Transportes Parisinos. *(N. de la T.)*

[←4]
Sociedad Nacional de Ferrocarriles de Francia. *(N. de la T.)*

Título de la edición original:
Le Voyage dans l’Est

Edición en formato digital: agosto de 2022

Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3894-7

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es